

**Santo Tomás de Aquino**

# **MEDITACIONES**

**Cuaresma  
Semana Santa  
Tiempo Pascual**



**Santo Tomás de Aquino**

**MEDITACIONES**

ENTRESACADAS DE SUS OBRAS

CUARESMA  
SEMANA SANTA  
TIEMPO PASCUAL

Título de la obra en latín  
MEDULLA S. THOMAE AQUITATIS PER OMNES ANNI LITURGICI  
DIES DISTRBUITA,  
SEU MEDITATIONES EX OPERIBUS S. THOMAE DEPROMPTAE

Recopilación, ordenación y prólogo de  
FR. Z. MÉZARD O. P.

Traducción del latín por  
LUIS M. DE CÁDIZ

## PREFACIO

Todo este libro, tanto en los conceptos como en las mismas palabras, es, en verdad, obra del piadosísimo Doctor Angélico, Santo Tomás de Aquino.

Una sola cosa puede atribuirse el recopilador como suya, a saber: haber buscado en todas las obras del gran Maestro todo lo más suave, piadoso y apropiado para fomentar la edificación, y haberlo distribuido por todos los días del año litúrgico<sup>1</sup>, con el fin de que se tuviese así reunida la esencia dulcísima de este admirable Cedro del Líbano, para poder tomarla y saborearla cada día, ya por medio de la lectura, ya por el esfuerzo mas atento de la meditación.

No deben buscarse aquí, ciertamente, las meditaciones que tantas veces se publican para uso de los fieles, meditaciones enteramente acabadas, muy solícitas en indicar, a veces con excesiva prolijidad, no solamente las ideas para la inteligencia, sino también los afectos para el corazón y hasta los propósitos prácticos que deben sacarse, de suerte que apenas queda al que medita nada que hacer o investigar.

Aquí, sin duda, sólo las ideas se presentan al espíritu, ideas breves, en estilo elevado, claras, firmes, pero ¡cuán llenas y fecundas, cuán saturadas de piedad y de verdadero amor de Dios!

No son, ciertamente, raros los que, cansados del lenguaje excesivamente difuso de los libros, desean encontrar dentro de un estilo conciso de pocas palabras el pan de vida y entendimiento.

Vayan al Doctor Angélico, que les dará no solamente amplia materia para meditar, sino también la más apta para reformar las costumbres, y también para nutrir y acrecentar el amor a nuestro Salvador.

FR. MÉZARD, O. P.

---

<sup>1</sup> Esta edición digital sólo incluye una parte del libro original, sólo abarca la Cuaresma, Semana Santa y Tiempo Pascual.

# ÍNDICE

<b>TIEMPO DE CUARESMA.....</b>	<b>12</b>
MIÉRCOLES DE CENIZA.....	12
LA MUERTE.....	12
JUEVES DESPUÉS DE CENIZA.....	13
EL AYUNO.....	13
VIERNES DESPUÉS DE CENIZA.....	14
LA CORONA DE ESPINAS.....	14
SÁBADO DESPUÉS DE CENIZA.....	15
EL GRANO DE TRIGO.....	15
PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.....	17
FUE CONVENIENTE QUE CRISTO FUERA TENTADO.....	17
LUNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.....	18
CRISTO DEBIÓ SER TENTADO EN EL DESIERTO.....	18
MARTES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.....	19
CÓMO SOBRELLEVÓ CRISTO TODOS LOS SUFRIMIENTOS.....	19
MIÉRCOLES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.....	20
INTENSIDAD DEL DOLOR DE CRISTO EN LA PASIÓN.....	20
JUEVES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.....	21
FUE CONVENIENTE QUE CRISTO FUERA CRUCIFICADO ENTRE DOS LADRONES.....	21
VIERNES DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.....	23
LA LANZA Y LOS CLAVOS DE NUESTRO SEÑOR.....	23
SÁBADO DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA.....	23
CARIDAD DE DIOS EN LA PASIÓN DE CRISTO.....	23
SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.....	25
DIOS PADRE ENTREGÓ A CRISTO A LA PASIÓN.....	25
LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.....	26
FUE CONVENIENTE QUE CRISTO PADECIESE DE PARTE DE LOS GENTILES .....	26
MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.....	27
LA PASIÓN DE CRISTO CAUSÓ NUESTRA SALVACIÓN POR MODO DE MERECEIMIENTO.....	27
MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.....	28
LA PASIÓN DE CRISTO CAUSÓ NUESTRA SALVACIÓN POR MODO DE SATISFACCIÓN.....	28
JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.....	29
LA PASIÓN DE CRISTO OBRÓ A MODO DE SACRIFICIO.....	29
VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.....	31
FIESTA DE LA SÁBANA SANTA.....	31
SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA.....	32

LA PASIÓN DE CRISTO OBRÓ NUESTRA SALVACIÓN POR MODO DE REDENCIÓN.....	32
TERCER DOMINGO DE CUARESMA.....	33
LA PASIÓN DE CRISTO NOS LIBRÓ DEL PECADO.....	33
LUNES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.....	34
LA PASIÓN DE CRISTO NOS LIBRÓ DEL PODER DEL DIABLO.....	34
MARTES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.....	36
CRISTO, VERDADERO REDENTOR.....	36
MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.....	37
PRECIO DE NUESTRO RESCATE.....	37
JUEVES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.....	38
PREDICACIÓN DE LA SAMARITANA.....	38
VIERNES DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.....	40
POR LA PASIÓN DE CRISTO FUIMOS LIBRADOS DE LA PENA DEL PECADO.....	40
SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA.....	41
POR LA PASIÓN DE CRISTO FUIMOS RECONCILIADOS CON DIOS.....	41
CUARTO DOMINGO DE CUARESMA.....	42
CRISTO CON SU PASIÓN NOS ABRIÓ LA PUERTA DEL CIELO.....	42
LUNES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.....	43
CRISTO MERECIÓ, POR SU PASIÓN, SER ENSALZADO.....	43
MARTES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.....	45
EJEMPLO DE CRISTO CRUCIFICADO.....	45
MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.....	46
EL AMIGO DIVINO.....	46
JUEVES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.....	47
MUERTE DE LÁZARO.....	47
VIERNES DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.....	48
LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DEL SEÑOR.....	48
SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA.....	50
NO EXISTIÓ OTRO MODO MÁS CONVENIENTE QUE LA PASIÓN DE CRISTO PARA LIBRAR AL GÉNERO HUMANO.....	50
QUINTO DOMINGO DE CUARESMA.....	51
LA PASIÓN DE CRISTO.....	51
LUNES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA.....	52
LA PASIÓN DE CRISTO ES REMEDIO CONTRA LOS PECADOS.....	52
MARTES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA.....	54
SEPULTURA DE CRISTO.....	54
MIÉRCOLES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA.....	55
SEPULTURA ESPIRITUAL.....	55

JUEVES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA.....	56
LA MAYOR SEÑAL DEL AMOR DE CRISTO.....	56
VIERNES DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA.....	57
COMPASIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA.....	57
SÁBADO DE LA QUINTA SEMANA DE CUARESMA.....	58
CÓMO DEBEMOS LAVARNOS LOS PIES LOS UNOS A LOS OTROS.....	58
<b>SEMANA SANTA.....</b>	<b>60</b>
DOMINGO DE RAMOS.....	60
UTILIDAD EJEMPLAR DE LA PASIÓN DE CRISTO.....	60
LUNES SANTO.....	61
NECESIDAD DE LA PERFECTA PURIFICACIÓN.....	61
MARTES SANTO.....	62
PREPARACIÓN DE CRISTO AL LAVATORIO DE LOS PIES.....	62
MIÉRCOLES SANTO.....	63
TRES CONSIDERACIONES MÍSTICAS EN TORNO AL LAVATORIO DE LOS PIES.....	63
JUEVES SANTO.....	65
LA CENA DEL SEÑOR.....	65
VIERNES SANTO.....	66
MUERTE DE CRISTO.....	66
SÁBADO SANTO.....	67
UTILIDAD DEL DESCENDIMIENTO DE CRISTO A LOS INFIERNOS.....	67
<b>TIEMPO PASCUAL.....</b>	<b>69</b>
DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.....	69
NECESIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO.....	69
LUNES DE LA OCTAVA DE PASCUA.....	70
UTILIDADES DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR.....	70
MARTES DE LA OCTAVA DE PASCUA.....	71
LAS LLAGAS DE CRISTO RESUCITADO.....	71
MIÉRCOLES DE LA OCTAVA DE PASCUA.....	72
CRISTO, RESURRECCIÓN Y VIDA.....	72
JUEVES DE LA OCTAVA DE PASCUA.....	73
TRES MUERTOS RESUCITADOS POR CRISTO.....	73
VIERNES DE LA OCTAVA DE PASCUA.....	74
LA NUEVA VIDA.....	74
SÁBADO DE LA OCTAVA DE PASCUA.....	75
PRUEBAS DE LA RESURRECCIÓN ESPIRITUAL.....	75
SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA.....	77
FIESTA DE LA DIVINA MISERICORDIA.....	77
LUNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE PASCUA.....	78
LA PAZ DE CRISTO.....	78
MARTES DE LA SEGUNDA SEMANA DE PASCUA.....	80

LA SABIDURÍA DE LO CELESTIAL.....	80
MIÉRCOLES DE LA SEGUNDA SEMANA DE PASCUA.....	81
LA GRACIA O PRINCIPIO DE LA NUEVA VIDA.....	81
JUEVES DE LA SEGUNDA SEMANA DE PASCUA.....	83
EL AGUA VIVA.....	83
VIERNES DE LA SEGUNDA SEMANA DE PASCUA.....	84
DESEO DEL AGUA VIVA.....	84
SÁBADO DE LA SEGUNDA SEMANA DE PASCUA.....	85
LA SED DEL AGUA VIVA.....	85
TERCER DOMINGO DE PASCUA.....	86
ADOPCIÓN DIVINA.....	86
LUNES DE LA TERCERA SEMANA DE PASCUA.....	87
MORADA DE LAS DIVINAS PERSONAS EN EL ALMA.....	87
MARTES DE LA TERCERA SEMANA DE PASCUA.....	89
LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL.....	89
MIÉRCOLES DE LA TERCERA SEMANA DE PASCUA.....	90
EL HOMBRE ESPIRITUAL.....	90
JUEVES DE LA TERCERA SEMANA DE PASCUA.....	92
REGENERACIÓN ESPIRITUAL POR MEDIO DEL BAUTISMO.....	92
VIERNES DE LA TERCERA SEMANA DE PASCUA.....	93
PENALIDADES DE LA VIDA PRESENTE.....	93
SÁBADO DE LA TERCERA SEMANA DE PASCUA.....	95
EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN.....	95
CUARTO DOMINGO DE PASCUA.....	96
POR QUE SE ADMINISTRA EN LA FRENTE EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN.....	96
LUNES DE LA CUARTA SEMANA DE PASCUA.....	97
EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.....	97
MARTES DE LA CUARTA SEMANA DE PASCUA.....	98
ATRACCIÓN DE DIOS Y RESPUESTA DEL HOMBRE.....	98
MIÉRCOLES DE LA CUARTA SEMANA DE PASCUA.....	100
¿PUEDE SABER EL HOMBRE SI ESTÁ EN GRACIA?.....	100
JUEVES DE LA CUARTA SEMANA DE PASCUA.....	101
LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO.....	101
VIERNES DE LA CUARTA SEMANA DE PASCUA.....	103
EL DON DE LA PIEDAD.....	103
SÁBADO DE LA CUARTA SEMANA DE PASCUA.....	104
NÚMERO DE LAS BIENAVENTURANZAS.....	104
QUINTO DOMINGO DE PASCUA.....	106
LOS PREMIOS DE LAS BIENAVENTURANZAS.....	106
LUNES DE LA QUINTA SEMANA DE PASCUA.....	107
FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.....	107
MARTES DE LA QUINTA SEMANA DE PASCUA.....	109
NÚMERO DE LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO.....	109

MIÉRCOLES DE LA QUINTA SEMANA DE PASCUA.....	110
EL HOMBRE EN ESTADO DE GRACIA PUEDE MERECE DE CONDIGNO LA VIDA ETERNA.....	110
JUEVES DE LA QUINTA SEMANA DE PASCUA.....	111
MÁS PRINCIPALMENTE MERECEMOS POR LA CARIDAD QUE POR LAS OTRAS VIRTUDES.....	111
VIERNES DE LA QUINTA SEMANA DE PASCUA.....	113
LAS OBRAS DEL PRIMER HOMBRE EN EL ESTADO DEI INOCENCIA ¿FUERON MENOS EFICACES PARA MERECE NUESTRAS?.....	113
SÁBADO DE LA QUINTA SEMANA DE PASCUA.....	114
EL HOMBRE PUEDE MERECE AUMENTO DE GRACIA.....	114
SEXTO DOMINGO DE PASCUA.....	115
LA ORACIÓN.....	115
LUNES DE LA SEXTA SEMANA DE PASCUA.....	116
BIENES DE LA ORACIÓN.....	116
MARTES DE LA SEXTA SEMANA DE PASCUA.....	117
LA ORACIÓN DOMINICAL.....	117
MIÉRCOLES DE LA SEXTA SEMANA DE PASCUA.....	119
POR QUÉ LAS ORACIONES NO SON ESCUCHADAS ALGUNAS VECES.....	119
JUEVES DE LA SEXTA SEMANA DE PASCUA.....	120
ASCENSIÓN DE CRISTO.....	120
VIERNES DE LA SEXTA SEMANA DE PASCUA.....	121
UTILIDADES DE LA ASCENSIÓN DE CRISTO.....	121
SÁBADO DE LA SEXTA SEMANA DE PASCUA.....	123
LA ASCENSIÓN DE CRISTO ES CAUSA DE NUESTRA SALVACIÓN.....	123
SÉPTIMO DOMINGO DE PASCUA.....	124
LA VIDA EN EL CIELO.....	124
LUNES DE LA SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA.....	125
EL PADRE CELESTIAL.....	125
MARTES DE LA SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA.....	126
LA CONFIANZA EN EL PADRE CELESTIAL.....	126
MIÉRCOLES DE LA SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA.....	128
LA FUENTE DE TODO CONSUELO.....	128
JUEVES DE LA SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA.....	129
PREPARACIÓN PARA RECIBIR AL ESPÍRITU SANTO.....	129
VIERNES DE LA SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA.....	130
EL ESPÍRITU SANTO NO SE DA AL MUNDO.....	130
SÁBADO DE LA SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA.....	131
DIVERSAS OPERACIONES DEL ESPÍRITU SANTO.....	131
DOMINGO DE PENTECOSTÉS.....	133
EL DON DE DIOS ALTÍSIMO.....	133
LUNES DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	134

CÓMO NOS MUEVE EL ESPÍRITU SANTO HACIA DIOS.....	134
MARTES DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	135
PROPIEDADES DEL ESPÍRITU SANTO.....	135
MIÉRCOLES DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	137
MULTIPLICIDAD DE FRUTOS QUE DIMANAN DEL ESPÍRITU SANTO.....	137
JUEVES DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	138
JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE.....	138
VIERNES DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	139
DESCENSO Y PERMANENCIA DEL ESPÍRITU SANTO.....	139
SÁBADO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	141
EFFECTOS ATRIBUIDOS AL ESPÍRITU SANTO CON RELACIÓN A LAS DÁDIVAS QUE DIOS NOS DA.....	141
DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	142
LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	142
LUNES DESPUÉS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	143
LA IMAGEN DE DIOS EN EL HOMBRE.....	143
MARTES DESPUÉS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	145
EL AMOR Y CULTO DE LATRIA DEBIDOS A DIOS, SOBERANO E INFINITAMENTE BUENO.....	145
MIÉRCOLES DESPUÉS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	146
PECADO CONTRA EL PADRE, CONTRA EL HIJO Y CONTRA EL ESPÍRITU SANTO.....	146
JUEVES DESPUÉS DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	147
EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO.....	147
VIERNES DESPUÉS DEL CORPUS.....	149
QUÉ GRACIA CONFIERE LA EUCARISTÍA.....	149
SÁBADO DESPUÉS DEL CORPUS.....	150
EFFECTO DE LA EUCARISTÍA ES LA CONSECUCIÓN DE LA GLORIA.....	150
DOMINGO DESPUÉS DEL CORPUS.....	152
LOS PECADOS VENIALES NO IMPIDEN EL EFFECTO DE ESTE SACRAMENTO .....	152
LUNES DESPUÉS DEL CORPUS.....	153
LA EUCARISTÍA PRESERVA AL HOMBRE DE LOS PECADOS FUTUROS.....	153
MARTES DESPUÉS DEL CORPUS.....	154
POR LA EUCARISTÍA SE PERDONA LA PENA DEL PECADO.....	154
MIÉRCOLES DESPUÉS DEL CORPUS.....	155
LA EUCARISTÍA PERDONA LOS PECADOS VENIALES.....	155
JUEVES DESPUÉS DEL CORPUS.....	156
USO DE LA EUCARISTÍA.....	156
VIERNES DESPUÉS DEL CORPUS.....	157
EL AMOR DE CRISTO.....	157
SÁBADO DESPUÉS DEL CORPUS.....	159

APARICIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN FIGURA DE PALOMA.....	159
VIERNES POSTERIOR AL II DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	160
EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.....	160
SÁBADO POSTERIOR AL II DOMINGO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS.....	161
EL INMACULADO CORAZÓN DE LA VIRGEN MARÍA.....	161

# TIEMPO DE CUARESMA

## *Miércoles de Ceniza*

### LA MUERTE.

*Por un hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado, la muerte (Rom 5, 12)*

1º) Si alguno, por su culpa, es privado de algún beneficio que se le ha dado, la carencia de aquel beneficio es la pena de aquella culpa. Al hombre, en su primer estado, le fue concedido por Dios este beneficio: que, mientras su espíritu estuviera sometido a Dios, se sometiesen las fuerzas inferiores del alma a la mente racional, y el cuerpo al alma. Mas, puesto que la mente del hombre se apartó por el pecado de la sujeción a Dios, se siguió que tampoco las fuerzas inferiores se sometiesen totalmente a la razón; de donde resultó tanta rebelión del apetito carnal contra la razón, que ni tampoco el cuerpo estuviese enteramente sujeto al alma. Y de aquí provienen muerte y otros defectos corporales; porque la vida y la integridad del cuerpo consisten en que éste se someta al alma, como lo perfectible a su perfección. De donde, por el contrario, la muerte y la enfermedad y cualquier defecto corporal pertenecen al defecto de sujeción del cuerpo al alma. Por lo tanto es evidente que, así como la rebelión del apetito carnal contra el espíritu es pena del pecado de los primeros padres, así también la muerte y todos los defectos corporales.

2º) El alma racional es de sí inmortal, por eso la muerte no es natural al hombre por parte de su alma, sino al cuerpo que está compuesto de elementos contrarios, de donde resulta necesariamente la corruptibilidad; y en cuanto a esto, la muerte es natural al hombre. Mas Dios, que es el creador del hombre, es omnipotente, por lo cual, por un efecto de su bondad, eximió al primer hombre de la necesidad de la muerte, que es consiguiente a tal materia; cuyo beneficio, sin embargo, le ha sido substraído por el pecado de los primeros padres. Y así, la muerte es natural por la condición de la materia, y es penal por la pérdida del beneficio divino, que preserva de la muerte.

(2ª 2ª, q. CLXIV, a. 1 et ad 1)

3º) La culpa original y la actual es removida por Cristo, esto es, por el mismo por quien se quitan también defectos corporales, conforme a aquello del Apóstol: *Vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu, que mora en vosotros* (Rom 8, 11). Pero ambas cosas tienen lugar en tiempo oportuno, según el orden de la divina sabiduría, porque conviene que a la inmortalidad e impassibilidad de la gloria que fue incoada en Cristo y adquirida para nosotros por Cristo, lleguemos después de haber sido conformados primeramente con sus sufrimientos. Por consiguiente, es necesario que su pasibilidad permanezca temporalmente en nosotros para que merezcamos la impassibilidad de la gloria de una manera conforme a Cristo.

(1ª 2ª, q. LXXXV, a. 5, ad 2)

## *Jueves después de Ceniza*

### **EL AYUNO**

I. Se ayuna principalmente para tres fines:

1º) Para reprimir las concupiscencias de la carne. Razón por la cual dice el Apóstol: *En ayunos, en pureza* (II Cor 6, 5), porque por los ayunos se conserva la castidad. Pues, como dice San Jerónimo: "Sin Ceres y Baco fría está Venus, esto es, por la abstinencia en el comer y beber se calma la lujuria" <sup>2</sup>.

2º) Se ayuna para que el espíritu se eleve con más libertad a la contemplación de las cosas sublimes. Por eso se lee en Daniel que después de un ayuno de tres semanas recibió de Dios la revelación (10, 2 y sgtes)..

3º) Para satisfacer por los pecados. Por eso se dice en Joel: *Convertíos a mí de todo vuestro corazón, con ayuno, y con llanto, y con gemidos* (2, 12). Y esto es lo que dice San Agustín: "El ayuno purifica al alma, eleva el pensamiento, somete la carne propia al espíritu, hace al corazón contrito y humillado, disipa las nubes de la concupiscencia, extingue los ardores de la liviandad y enciende la luz verdadera de la castidad" <sup>3</sup>.

II. El ayuno cae bajo precepto. Pues el ayuno es útil para borrar y contener la culpa, y para elevar la mente a las cosas espirituales; y como cada cual está obligado por razón natural a usar tanto de los ayunos cuanto le

<sup>2</sup> *Contra Jovin*, lib. II, cap. 6.

<sup>3</sup> *De oratione et jejunio*, Serm. 230 *De temp.*

sea necesario para los fines indicados; por eso el ayuno en general., cae bajo el precepto de la ley natural, pero la determinación del tiempo y modo de ayunar según la conveniencia y utilidad del pueblo cristiano cae bajo precepto del derecho positivo, el cual ha sido instituido por los prelados de la Iglesia: éste es el ayuno de la Iglesia; mas el otro es el ayuno natural.

III. Convenientemente se determinan los tiempos del ayuno de la Iglesia. El ayuno se ordena a dos cosas: a borrar el pecado y a elevar el espíritu a las cosas sobrenaturales. Por eso debieron prescribirse los ayunos, especialmente en aquellos tiempos en que convenía que los hombres se purificaran del pecado y se elevase la mente de los fieles a Dios, por la devoción.

Ambas cosas urgen principalmente antes de la solemnidad pascual, en la que se perdonan las culpas por el bautismo, que se celebra solemnemente en la vigilia de Pascua, cuando se recuerda la sepultura del Señor, pues *por el bautismo somos sepultados con Cristo en muerte* (como dice el Apóstol, Rom 6, 4). También en la fiesta de Pascua conviene especialmente elevar el espíritu por la devoción a la gloria de la eternidad, que Cristo inauguró resucitando. Por eso estableció la Iglesia que debía ayunarse inmediatamente antes de la solemnidad pascual, y por la misma razón en las vigiliass de las fiestas principales, en las que conviene que nos preparemos a celebrar devotamente las fiestas futuras,

(2<sup>a</sup> 2<sup>ae</sup>, q. CXLVII, a. 1, 3 y 5)

## *Viernes después de Ceniza*

### **LA CORONA DE ESPINAS**

*Salid, y ved, hijas de Sión, al rey Salomón con la corona, con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón* (Cant 3, 11).

Es la voz de la Iglesia, que invita a las almas de los fieles a contemplar cuán admirable y precioso es su esposo. Porque las hijas de Sión son las mismas que las hijas de Jerusalén, las almas santas, ciudadanos de aquella suprema ciudad, las cuales disfrutaban de paz perpetua en compañía de los Ángeles, y por consiguiente, contemplan la gloria del Señor.

I. *Salid*, esto es, salid de la vida turbulenta de este siglo, para que podáis contemplar con la mente expedita al que amáis. *Y ved al rey Salo-*

*món*, es decir, al verdadero Cristo pacífico. *Con la corona con que le coronó su madre*; como si dijese: considerad a Cristo revestido de la carne por nosotros, carne que tomó de la carne de la Virgen, su Madre. Pues llama corona a la carne, que Cristo tomó por nosotros, en la que, habiendo muerto, destruyó el imperio de la muerte; y en la que, resucitando, nos dio la esperanza de resucitar.

De esta corona dice el Apóstol: *Lo vemos (a Jesús) por la pasión de la muerte coronado de gloria y de honra* (Hebr 2, 9). Se dice que lo coronó su madre, porque la Virgen María le dio de su carne la substancia de la carne.

*En el día de su desposorio*, esto es, en el tiempo de su Encarnación, cuando unió a sí a la Iglesia, que no tiene mancha o arruga, o cuando Dios se unió al hombre. *Y en el día de la alegría de su corazón*. Pues la alegría y el gozo de Cristo es salud y redención del género humano. *Y viniendo a casa, llama a sus amigos y vecinos, diciéndoles: Dadme el parabién, porque he hallado mi oveja, que se había perdido* (Luc 15, 6).

II. Conforme a la letra, puede también referirse sencillamente todo esto a la Pasión de Cristo. Porque previendo Salomón, en espíritu, la Pasión de Cristo mucho tiempo antes, aconsejaba a las hijas de Sión, esto es, al pueblo de Israel: *Salid y ved al rey Salomón*, es decir, a Cristo, con la corona, o sea, con la corona de espinas con que le coronó su madre, la Sinagoga, *en el día de su desposorio*, cuando unió a sí la Iglesia, *y en el día de la alegría de su corazón*, en el cual se regocijaba de redimir de la potestad del diablo al mundo, por medio de su pasión.

*Salid*, pues, y *salid* de las tinieblas de la infidelidad y *ved*, esto es, entended mentalmente que aquél que padece como hombre es verdadero Dios. O también, *salid* fuera de la puerta de vuestra ciudad, para que lo veáis crucificado en el monte Gólgota.

(*In. Cant.*, III).

## ***Sábado después de Ceniza***

### **EL GRANO DE TRIGO**

*Sí el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo quedará* (Jn 12, 24).

Para dos cosas usamos el grano de trigo: para el pan y para semilla. Aquí se trata del grano de trigo que es semilla, no como materia del pan,

porque en este último caso no brota para que produzca fruto. Mas dice *muriere*, no porque pierda la virtud seminativa, sino porque se muda en otra especie. *Lo que tú siembras, no se vivifica, si antes no muere* (I Cor 15, 36).

El Verbo de Dios es semilla en el alma del hombre, por cuanto entra en ella por la voz sensible para producir fruto de buenas obras, como dice San Lucas: *La simiente es la palabra de Dios* (8, 11). Del mismo modo el Verbo de Dios, vestido de carne, es la semilla enviada al mundo, de la cual debía brotar abundantísima mies, por lo cual se compara al grano de mostaza (Mt 13, 31). Dice, pues: Yo he venido como la semilla, para fructificar, y por eso os digo en verdad: *Sí el grano de trigo, que cae en la tierra, no muriere, él solo queda*; esto es, si yo no muero, no se seguirá el fruto de la conversión de las gentes. Mas se compara al grano de trigo, porque vino para restablecer y sustentar a las mentes humanas. Esto lo hace principalmente el pan de trigo, como dice la Escritura: *El pan corrobore el corazón del hombre* (Sal 103, 15). *El pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo* (Jn 6, 52).

II. *Mas sí muriere, mucho fruto lleva* (Jn 12, 24). Aquí se indica la utilidad de la Pasión, como diciendo: Si no cae en tierra por la humildad de la pasión, no se sigue ninguna utilidad, porque él solo queda. *Pero si muriere*, esto es, mortificado y matado por los judíos, *mucho fruto lleva*.

1º) Fruto de remisión de pecado, como dice el Profeta Isaías: *Éste es todo su fruto, que sea quitad su pecado* (Is 27, 9). Este fruto lo trajo la pasión de Cristo, según aquello: *Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios* (I Ped 3,18).

2º) El fruto de la conversión de los gentiles a Dios, como se lee en el cuarto Evangelio: *Os he puesto para que vayáis, y llevéis fruto, y que permanezca vuestro fruto* (Jn 15, 16). Ese fruto lo trajo la Pasión de Cristo: *Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo* (Jn 12, 32).

3º) El fruto de la gloria. *Porque glorioso es el fruto de los buenos trabajos* (Sab III, 15). Este fruto también lo trajo la Pasión de Cristo: *Teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo, por un camino nuevo y de vida, que nos consagró el primero por el velo, esto es, por su carne* (Hebr 10, 19, 20).

(In Joan XII)

## *Primer Domingo de Cuaresma*

### **FUE CONVENIENTE QUE CRISTO FUERA TENTADO**

*Jesús fue llevado al desierto por el espíritu, para ser tentado por el diablo* (Mt 4, 1). Cristo quiso ser tentado:

1º) Para darnos un auxilio contra las tentaciones. Por lo que dice San Gregorio: "No era indigno de nuestro Redentor, que había venido para ser muerto, el haber querido ser tentado, porque era justo que de ese modo venciese nuestras tentaciones por las tuyas, como había venido para vencer nuestra muerte por la tuya"<sup>4</sup>.

2º) Para que estuviéramos prevenidos, de modo que nadie, por santo que fuese, se creyera seguro e inmune de tentación. Por lo cual quiso ser tentado después del bautismo, porque, como dice San Hilario: "Las tentaciones del diablo se redoblan principalmente en nosotros después de santificados, porque prefiere más triunfar de los santos". Por lo que se dice en el Eclesiástico: *Hijo, cuando te llegues al servicio de Dios, está firme en justicia, y en temor, y prepara tu alma a la tentación* (2, 1).

3º) Para darnos ejemplo, esto es, para instruirnos acerca de cómo debernos vencer las tentaciones del diablo. A este respecto San Agustín dice, que "Cristo se dejó tentar del diablo para ser nuestro mediador y ayudarnos a triunfar de las tentaciones de éste, no sólo con su auxilio, sino, también con su ejemplo"<sup>5</sup>.

4º) Para darnos confianza en su misericordia. Por lo cual se dice: *No tenemos un Pontífice que no pueda compadecerse de nuestras enfermedades; mas tentado en todas cosas a semejanza nuestra, excepto el pecado* (Hebr 4, 15).

(3ª, q. XLI, a. 1).

---

<sup>4</sup> *In hom.*, XVI, in *Evang*, 4, *Super Matth.*, can. 3.

<sup>5</sup> *De Trinit.*, lib. IV, cap. 13.

## **CRISTO DEBIÓ SER TENTADO EN EL DESIERTO**

*Estuvo en el desierto cuarenta días y cuarenta noches, y le tentó Satanás (Mc 1, 13).*

I. Cristo se manifestó voluntariamente al diablo, para ser tentado, como también por propia voluntad se ofreció a sus miembros para ser matado; de otro modo no se hubiese atrevido el diablo a acercarse a él. Mas el diablo tienta más a uno cuando está solo, como dice la Escritura: *Si alguno prevaleciere contra el uno, los dos le resisten* (Eccles., IV, 12). De ahí que Cristo se fuese al desierto, como a un campo de lucha, para ser tentado allí por el diablo. Por eso dice San Ambrosio que "Cristo se iba al desierto para provocar al diablo. Porque si éste, el diablo, no le hubiese combatido, aquél, es decir, Cristo, no hubiese venido para mí"<sup>6</sup>.

Añade aún otras razones, diciendo que Cristo obró así por misterio, para librar del destierro a Adán, que había sido arrojado del paraíso al desierto; y como ejemplo, para mostrarnos que el diablo mira con malos ojos a los que tienden a lo más perfecto.

II. Cristo se expuso, efectivamente, a la tentación, porque, al decir de San Juan Crisóstomo, el diablo se apresura más a tentar cuando nos ve solitarios; por lo que tentó primero a la mujer cuando se encontraba sin el varón. Sin embargo, no se sigue de aquí que el hombre deba ponerse en peligro de tentación.

Hay dos ocasiones de tentación. Una por parte del hombre, por ejemplo, cuando alguno se expone próximamente al pecado, no evitando las ocasiones de pecar, y tal ocasión de tentación debe ser evitada; según se dijo a Lot: *No te pares en toda esta comarca alrededor de Sodoma* (Gen 19, 17).

Otra ocasión de tentación existe por parte del diablo que "siempre mira con malos ojos a los que tienden a cosas mejores", como dice San Ambrosio, y tal ocasión de tentación no debe ser evitada. Por lo cual dice San Juan Crisóstomo que no solamente Cristo fue llevado al desierto por el Espíritu, sino también todos los hijos de Dios que poseen al Espíritu Santo; pues no se contentan con permanecer ociosos; sino que el Espíritu Santo los insta a emprender algo grande, cual es estar en el desierto con relación al diablo, porque no hay allí injusticia, en la que el diablo se deleita. También toda

---

<sup>6</sup> *Super Lucam*, cap, 4. 7; *Super Matth.*, hom, XII.

obra buena es desierta con respecto a la carne y al mundo, porque no es conforme a la voluntad de la carne ni a la del mundo.

Pero no es peligroso dar al diablo tal ocasión de tentación, pues es más bien un consejo del Espíritu Santo, que es el autor de la obra perfecta, que una impugnación del diablo envidioso.

(3<sup>a</sup>, q. XLI, a. 2)

## *Martes de la primera semana de Cuaresma*

### **CÓMO SOBRELLEVÓ CRISTO TODOS LOS SUFRIMIENTOS**

Los padecimientos humanos pueden considerarse de dos modos: 1º) En cuanto a la especie, y así no convino que Cristo sufriese todo padecimiento, porque muchas especies de padecimientos son contrarias entre sí, como cuando uno se quema por el fuego o es sumergido en el agua; ahora hablamos de los padecimientos inferidos exteriormente, puesto que no fue conveniente que él sufriese los padecimientos que son causados interiormente, como son las enfermedades corporales.

2º) En cuanto al género; sufrió todo padecimiento humano, lo cual puede considerarse de tres maneras:

1ª) Por parte de los hombres de quienes recibió padecimiento, pues padeció algo de los gentiles, de los judíos, de los hombres y de las mujeres, como se manifiesta por las sirvientas que acusaban a San Pedro. Padeció también por parte de los príncipes y de sus ministros y del pueblo, según aquello del Salmo (2, 1, 2): *¿Por qué bramaron las gentes, y los pueblos meditaron cosas vanas? Asistieron los reyes de la tierra, y se mancomunaron los príncipes contra el Señor, y contra su Cristo.* Padeció también de parte de los amigos y conocidos, como se manifestó cuando Judas le entregó, y Pedro le negó.

2ª) Por todo lo que el hombre puede padecer. En efecto, Cristo sufrió por sus amigos que lo abandonaban; en su reputación, por las blasfemias proferidas contra él; en su honra y gloria, por los escarnios y afrentas que se le causaron; en sus cosas, porque hasta fue despojado de sus vestiduras; en su alma, por la tristeza, tedio y temor, y en su cuerpo, por las heridas y azotes.

3ª). En sus miembros corporales. Porque Cristo sufrió en su cabeza la

corona de punzantes espinas; en su pies y manos, taladrados por los clavos; en su rostro, las bofetadas y salivazos; y azotes en todo el cuerpo.

Padeció también con todos sus sentidos corporales: con el del tacto, al ser flagelado y crucificado con los clavos; con el del gusto, al beber hiel y vinagre; con el del olfato, al ser suspendido en un patíbulo levantado en un lugar que los cadáveres hacían fétido y que se llamaba Calvario; con el del oído, al ser atacado por las voces de blasfemos y burladores; con el de la vista, al ver llorar a su Madre y al discípulo a quien amaba.

Por lo que hace a la eficacia, ciertamente el más mínimo de los padecimientos de Cristo hubiese bastado para redimir al género humano de todos sus pecados; pero según la conveniencia, fue preciso que sufriese todo género de padecimientos.

(3<sup>a</sup>, q. XLVI, a. 5)

### *Miércoles de la primera semana de Cuaresma*

## **INTENSIDAD DEL DOLOR DE CRISTO EN LA PASIÓN**

*Atended, y mirad si hay dolor como mi dolor* (Lam 1, 12).

En Cristo paciente hubo el dolor verdadero sensible, que es causado por algún daño corporal; y también el dolor interior, producido por la percepción de algún daño, que se llama tristeza. Ambos dolores fueron en Cristo los mayores que pueden sufrirse en la vida presente. Esto acaeció por cuatro razones.

I. Por las causas del dolor. Porque la causa del dolor sensible fue la lesión corporal, la cual resultó acerba, ya por la generalidad de los padecimientos, ya también por el género de ellos, pues la muerte de los crucificados es acerbísima, al ser clavados en las partes nerviosas y más sensibles, esto es, en las manos y los pies, y además que el peso mismo del cuerpo pendiente acrecienta continuamente el dolor; también se prolonga el sufrimiento, puesto que no mueren inmediatamente como los que son pasados a cuchillo.

La causa del dolor interior fue: 1º, todos los pecados del género humano por los que satisfacía padeciendo, y que casi se los atribuye cuando dice: *Las voces de mis delitos* (Sal 21, 2); 2º, especialmente la caída de los

judíos y de los demás que pecaban en su muerte, y principalmente de sus discípulos, que se escandalizaron en la Pasión de Cristo; 3º, la pérdida de la vida corporal, que naturalmente es horrible a la naturaleza humana.

II. La magnitud de su dolor puede considerarse por la percepción del paciente según el alma y según el cuerpo. Según el cuerpo tenía una complexión perfecta, puesto que fue formando milagrosamente por obra del Espíritu Santo, y por eso sobresalió en él el sentido del tacto, de cuya percepción se sigue el dolor.

El alma percibió también eficazísimamente, según las fuerzas interiores, todas las causas de la tristeza.

III. La magnitud del dolor de Cristo puede considerarse por la pureza del dolor y de la tristeza, pues en los demás pacientes se mitiga la tristeza interior, y hasta el dolor exterior, por alguna consideración de la razón, por medio de cierta derivación o redundancia de las potencias superiores a las inferiores; lo cual no ocurrió en Cristo paciente, porque dejó hacer a cada una de sus fuerzas lo que le es propio.

IV. Puede considerarse la magnitud del dolor de Cristo paciente porque tomó voluntariamente estos padecimientos y el dolor con el fin de liberrar a los hombres del pecado, y por consiguiente tomó tanta cantidad de dolor como correspondía a la magnitud del fruto que de ello resultaba.

Luego, de todas estas causas, consideradas en conjunto, aparece manifiesto que el dolor de Cristo fue el mayor.

(3ª, q. XLVI, a. 6)

### *Jueves de la primera semana de Cuaresma*

## **FUE CONVENIENTE QUE CRISTO FUERA CRUCIFICADO ENTRE DOS LADRONES**

Cristo fue crucificado, entre ladrones, porque así convenía en cuanto a la intención de los judíos, y también en cuanto a la ordenación de Dios.

1º) En cuanto a la intención de los judíos, éstos lo crucificaron entre dos ladrones, para hacerlo partícipe de la sospecha que se tenía de ellos. Pero no ocurrió así, pues nada se dice de ellos, mientras que la Cruz de éste es honrada en todas partes: los reyes, deponiendo las coronas, colocan la Cruz en sus vestidos de púrpura, en sus diademas, en sus armas, en la mesa

sagrada; y la Cruz brilla en toda la tierra.

Respecto al orden establecido por Dios, Cristo fue crucificado con los ladrones porque así como Cristo fue hecho por nosotros el maldito de la Cruz<sup>7</sup>, del mismo modo es crucificado como culpable entre culpables, para la salvación de todos<sup>8</sup>.

29) Como dice el papa San León<sup>9</sup>, son crucificados dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda, para demostrarnos bajo la imagen misma del patíbulo la distinción que deberá hacerse de todos los hombres en el día del juicio. San Agustín dice: "Si te fijas, la misma cruz fue tribunal; porque en medio se encuentra el juez; a un lado el que creyó y fue liberado, y al otro, el que insultó y fue condenado. Ya significaba por ello lo que haría con los vivos y los muertos; a unos los pondría a su derecha, a los otros a su izquierda"<sup>10</sup>.

39) Según San Hilario, hubo dos ladrones crucificados, el uno a la derecha y el otro a la izquierda, para enseñar que todo el género humano es llamado al sacramento de la Pasión del Señor. Mas porque, a causa de la diversidad de fieles e infieles, se hace la división de todos poniendo los unos a la derecha y los otros a la izquierda, uno de los dos, el situado a su derecha, se salva por la justificación de la fe<sup>11</sup>.

4º) Como dice San Beda, los ladrones que fueron crucificados con el Señor significan los que bajo la fe y la confesión de Cristo sufren el certamen del martirio o las disposiciones de una disciplina austera; mas los que lo hacen por la gloria eterna, son representados por la fe del ladrón de la derecha, y los que lo hacen con miras a las humanas alabanzas, imitan las disposiciones y los actos del ladrón de la izquierda<sup>12</sup>.

Así como Cristo no era deudor de la muerte, sino que la sufrió porque quiso, para vencer a la muerte con su virtud; así tampoco mereció ser colocado con ladrones; pero quiso ser contado entre los inicuos, para destruir a la iniquidad con su virtud. Por eso San Juan Crisóstomo<sup>13</sup> dice que convertir al ladrón en la Cruz y conducirlo al paraíso no fue menos difícil que quebrar las piedras.

---

<sup>7</sup> Gálatas 3, 13.

<sup>8</sup> Es argumento de San Jerónimo (*Super Matth.*, XXVIII), como el del anterior es de San Juan Crisóstomo (*hom. 88 in Matth.* y *84 in Joan.*).

<sup>9</sup> *Serm. de Passione*, 4.

<sup>10</sup> *Super Joan. tract.* 31.

<sup>11</sup> *Can. 33 in Matth.*

<sup>12</sup> *Super Marc.*, cap. 24.

<sup>13</sup> *Super Joan.*, *hom.* LXXXIV.

## *Viernes de la primera semana de Cuaresma*

### **LA LANZA Y LOS CLAVOS DE NUESTRO SEÑOR**

*Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y salió luego sangre y agua (Jn 19, 34).*

I. La Escritura dice de un modo expresivo abrió, y no hirió, porque por este costado se nos abre la puerta de la vida eterna. *Después de esto miré; y vi una puerta abierta (Apoc 4, 1).* Ésta es la puerta en el costado del arca, por la cual entran los animales que no han de perecer en el diluvio.

II. Esta puerta es causa de salvación. Por lo cual *salió luego sangre y agua.* Es muy maravilloso que del cuerpo de un muerto, en el cual está cuajada la sangre, salga ésta. Esto ocurrió para mostrar que por la Pasión de Cristo alcanzamos plena ablución de nuestros pecados y de nuestras manchas. De nuestros pecados por la sangre, que es el precio de nuestro rescate, como dice la Escritura: *Habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, que recibisteis de vuestros padres, no por oro ni por plata, que son cosas perecederas; sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado, y sin mancha (1 Ped 1, 18);* de las manchas por el agua, que es baño de nuestra regeneración. *Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias (Ez 36, 25).* *En aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David y para los moradores de Jerusalén para lavar las manchas del pecador y de la mujer menstruosa (Zac 13, 1).*

## *Sábado de la primera semana de Cuaresma*

### **CARIDAD DE DIOS EN LA PASIÓN DE CRISTO**

*Mas Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque, aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros (Rom 5, 8-9).*

I. *Cristo murió por los impíos (Ibíd., 6).* Esto es grande si considerarnos quién murió; es grande también, si considerarnos por quienes murió. *Porque apenas hay quien muera por un justo (Ibíd., 7),* esto es,

apenas hay quien muera para librar a un hombre justo; aún más todavía, como se dice en Isaías: *El justo perece, y no hay quien lo recapacite* (57, 1). Y por lo tanto apenas hay quien muera. Porque tal vez alguno, esto es algún raro por celo de virtud se atreva a morir por un hombre bueno. Raro es, pues, porque es cosa grandísima, como se lee en San Juan: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos* (Jn 15, 1.3). Pero lo que hizo Cristo: morir por los impíos e injustos, no se encuentra jamás. Por eso con razón debe admirarse por qué Cristo hizo esto.

II. Si se pregunta por qué Cristo murió por los impíos, la respuesta es que con ello Dios *hace brillar su caridad en nosotros*, esto es, con ello nos muestra que nos ama infinitamente, pues *aun cuando éramos pecadores, murió Cristo por nosotros*.

La misma muerte de Cristo muestra la caridad de Dios para con nosotros, pues dio a su Hijo para que muriese satisfaciendo por nosotros: *De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito* (Jn 3, 16). Y de este modo, así como la caridad de Dios Padre para con nosotros se muestra por habernos dado su Espíritu, igualmente se muestra dándonos a su Hijo.

Pero al decir *hace brillar*, señala la inmensidad de la caridad divina; la cual manifiesta por el solo hecho de habernos dado a su Hijo para que muriese por nosotros, y por nuestra condición, porque esto no lo hizo a causa de nuestros merecimientos, sino *aun cuando éramos pecadores* (Rom 5, 8). *Dios, que es rico en misericordia, por su extrema caridad con que nos amó; aun cuando estábamos muertos por los pecados, nos dio vida juntamente en Cristo* (Ef II, 4).

(In Rom 5).

III. Todo esto apenas es creíble, como dice la Escritura: *Obra fue hecha en vuestros días, que nadie la creerá cuando será contada* (Hab 1, 5). Porque que Cristo haya muerto por nosotros es tan sorprendente que apenas puede concebirse en nuestro entendimiento; es más, sobrepasa nuestro alcance. Esto es lo que dice el Apóstol: *Yo obro una obra en vuestros días, obra que no creeréis, si alguno os la contare* (Hech 13, 41).

Tanta es la gracia y el amor de Dios para con nosotros, que hizo por nosotros mucho más de lo que nosotros podemos creer o concebir.

(In symb.)

## *Segundo domingo de Cuaresma*

### **DIOS PADRE ENTREGÓ A CRISTO A LA PASIÓN**

*El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom 8, 32).*

Cristo padeció voluntariamente por obediencia al Padre. Por consiguiente, Dios Padre entregó a Cristo a la Pasión en tres conceptos:

1º Según que en su eterna voluntad preordenó la Pasión de Cristo para liberación del género humano, conforme a aquello que dice Isaías: *Cargó el Señor sobre él la iniquidad de todos nosotros (53, 6)*, y más adelante: *El Señor quiso quebrantarlo con trabajos (Ibíd., 10)*.

2º En cuanto le inspiró la voluntad de padecer por nosotros, infundiendo en él la caridad, por la que quiso padecer. Por lo cual el Profeta continúa: *Él se ofreció porque él mismo lo quiso (Ibíd., 7)*.

3º No protegiéndole en la Pasión, sino exponiéndole a sus perseguidores, por lo que se lee en San Mateo (27, 46) que estando Cristo colgado en la Cruz, decía: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*, es decir, que lo expuso al poder de sus perseguidores.

Es impío y cruel entregar a un hombre inocente a la pasión y a la muerte contra su voluntad, como obligándole a morir. Mas Dios Padre no entregó así a Cristo, sino inspirándole la voluntad de padecer por nosotros; en lo cual se muestra la severidad de Dios, que no quiso perdonar el pecado sin la pena; eso hace notar el Apóstol cuando dice: *A su propio Hijo no perdonó (Rom 8, 32)*. Pero Dios muestra su bondad en cuanto que, no pudiendo el hombre satisfacer suficientemente por medio de alguna pena que él mismo sufriese le dio uno que satisficiera por él; lo cual indicó el Apóstol diciendo: *lo entregó por todos nosotros (Rom 8, 32)*, y *A quien (es decir, a Cristo) Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre (Rom 3, 25)*.

La misma acción es juzgada de diversa manera en el bien o en el mal, según que proceda de diversa raíz. El Padre entregó a Cristo, y éste se entregó por amor, y por eso ambos son alabados; mas Judas lo entregó por avaricia; los judíos, por envidia; Pilatos, por el temor mundano con que temió al César, y por eso todos ellos son vituperados.

(3ª, q. XLVII, a. 3).

Así, pues, Cristo no fue deudor de la muerte por necesidad; sino por

amor a los hombres, en cuanto que quiso la salvación humana; y por amor a Dios, en cuanto quiso cumplir su voluntad, como dijo el mismo Cristo: *Mas no como yo quiero, sino como tú* (Mt 26, 39)

(2ª, Dist. 20, q. I, a. 5)

## *Lunes de la segunda semana de Cuaresma*

### **FUE CONVENIENTE QUE CRISTO PADECIESE DE PARTE DE LOS GENTILES**

*Lo entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, y azoten y crucifiquen* (Mt 20, 19).

En el modo mismo de la Pasión de Cristo se prefiguró su efecto; porque primeramente la Pasión de Cristo produjo el efecto de la salud en los judíos, muchos de los cuales se bautizaron en la muerte de Cristo. En segundo lugar, el efecto de la Pasión de Cristo pasó a los gentiles con la predicación de los judíos. Por lo tanto, fue conveniente que Cristo comenzase a padecer por parte de los judíos, y que después, entregándole los judíos, acabase su pasión a manos de los gentiles.

Cristo, para manifestar la abundancia de su caridad, por la que padecía, puesto en la Cruz, pidió perdón por sus perseguidores; y por esto, para que el fruto de esta petición llegase a los, judíos y a los gentiles, quiso Cristo padecer por parte de los unos y de los otros.

Ciertamente ofrecían los judíos, no los gentiles, los sacrificios figurativos de la ley antigua. Pero la Pasión de Cristo fue la oblación de su sacrificio, en cuanto Cristo sufrió la muerte por caridad con voluntad propia; mas en cuanto padeció de parte de los perseguidores, no fue sacrificio, sino pecado gravísimo.

Como los judíos dijeron: *No nos es lícito a nosotros matar a alguno* (Jn 18, 31), entendieron que no les era lícito matar a nadie, a causa de la santidad del día de fiesta que ya habían comenzado a celebrar. O decían esto, como asegura San Juan Crisóstomo, porque querían matarlo, no como transgresor de la ley, sino como enemigo público, por haberse hecho rey, de lo cual no les correspondía a ellos juzgarle, o porque no les era lícito crucificar, lo cual deseaban, sino apedrear, lo que hicieron con San Esteban. Mejor dicho: que los romanos quitaron el poder de matar a los que les estaban sometidos.

*Martes de la segunda semana de Cuaresma*

**LA PASIÓN DE CRISTO CAUSÓ NUESTRA SALVACIÓN  
POR MODO DE MERECIMIENTO**

I. A Cristo se dio la gracia no solamente como a persona singular, sino también en cuanto es cabeza de la Iglesia, esto es, para que se derramase a los miembros; y por consiguiente, las obras de Cristo se encuentran, tanto con respecto a sí mismo cuanto a los miembros, en la misma relación en que se encuentran las obras de otro hombre, constituido en gracia, con respecto a sí mismo.

Pero es evidente que quienquiera que, constituido en gracia, padece por la justicia, por eso mismo merece la salvación para sí, conforme a aquello del Evangelio: *Bienaventurados las que padecen persecución por la justicia* (Mt 5, 10). Luego Cristo por su Pasión no solamente mereció la salvación para sí, sino también para todos sus miembros.

Es cierto que Cristo nos mereció la salvación eterna desde el principio de su concepción; pero existían por nuestra parte ciertos impedimentos, que nos imposibilitaban conseguir el efecto de los méritos precedentes. Por lo que *fue necesario que Cristo padeciese* para remover aquellos impedimentos.

Y aun cuando la caridad de Cristo no hubiese sido aumentada en la Pasión más que antes, tuvo, sin embargo, la Pasión de Cristo algún efecto que no tuvieron los merecimientos precedentes, por razón de mayor caridad, sino a causa del género de obra que era conveniente a tal efecto, como se evidencia por las razones dadas más arriba acerca de la conveniencia de la Pasión de Cristo.

(3<sup>a</sup>, q. XLVIII, a. 1)

Los miembros y la cabeza pertenecen a la misma persona. De ahí que, como Cristo es cabeza nuestra por razón de la divinidad y la plenitud de gracia que redunda a los otros, y nosotros somos sus miembros, su merecimiento no es extraño a nosotros, sino que redunda en nosotros por la unidad del cuerpo místico.

(3. *Dist.*, 18, a. 6)

II. Mas debe saberse que, aunque Cristo ha merecido suficientemente con su muerte en favor del género humano, debe buscar, sin embargo, cada uno los remedios de su propia salvación; pues la muerte de Cristo es como una causa universal de la salvación, como el pecado del primer hombre fue una causa universal de condenación Pero es necesario que la causa universal sea aplicada especialmente a cada uno, para que participe del efecto de la causa universal.

Así, pues, el efecto del pecado del primer hombre llega a cada uno por la generación de la carne; mas el efecto de la muerte de Cristo pertenece a cada uno por la regeneración espiritual, mediante la cual el hombre se une e incorpora, en cierto modo, a Cristo. Y por lo tanto, es necesario que cada cual sea regenerado por Cristo, y reciba todo aquello por lo cual obra la virtud de la muerte de Cristo.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 55)

### *Miércoles de la segunda semana de Cuaresma*

## **LA PASIÓN DE CRISTO CAUSÓ NUESTRA SALVACIÓN POR MODO DE SATISFACCIÓN**

*Y él es propiciación por nuestros pecados; y no tan sólo por los nuestros, mas también por los de todo el mundo (I Jn 2, 2).*

I. Satisface propiamente por una ofensa el que da al ofendido lo que ama tanto, o más, como aborrece la ofensa. Pero Cristo, padeciendo por caridad y obediencia, ofreció a Dios algo mayor que lo que exigía la compensación de toda la ofensa del género humano: 1º, por la grandeza de la caridad por la que padecía; 2º, por la dignidad de su vida, que daba en satisfacción, la cual era la vida de Dios hombre; 3º, por la generalidad de la pasión y la inmensidad del dolor

Por lo tanto, la pasión de Cristo no sólo fue suficiente, sino sobreabundante satisfacción por los pecados del género humano.

Parece ser propio del que peca el satisfacer; pero la cabeza y los miembros son como una persona mística, por eso la satisfacción de Cristo pertenece a todos los fieles como a miembros suyos.

Además, en cuanto que dos hombres son uno solo en la caridad, uno puede satisfacer por el otro.

II. Aun cuando Cristo ha satisfecho suficientemente con su muerte por el pecado original, no es, sin embargo, inconveniente que las penalidades consiguientes al pecado original perduren todavía en todos los que se hacen participantes de la redención de Cristo. Pues esto se hizo adecuada y útilmente para que perdurase la pena, aun quitada la culpa.

1º) Para que existiese conformidad entre los fieles y Cristo, como entre los miembros y la cabeza. Por lo cual, así como Cristo sufrió primero muchos padecimientos y llegó de este modo a la gloria de la inmortalidad, así también es conveniente que sus fieles se sometan primero a los padecimientos, y lleguen de este modo a la inmortalidad, llevando, por decirlo así, en sí mismos las insignias de la Pasión de Cristo, a fin de alcanzar la semejanza de su gloria.

2º) Porque, si los hombres, que se acercan a Cristo, alcanzaran inmediatamente la inmortalidad y la impasibilidad, muchos hombres se acercarían a Cristo por estos beneficios corporales, más bien que a causa de los bienes espirituales; lo cual es contra la intención de Cristo, que vino al mundo para trasladar a los hombres del amor de las cosas corporales a las espirituales.

3º) Porque si los que se acercan a Cristo al instante se convirtieran en impasibles e inmortales, esto obligaría en cierto modo a los hombres a recibir la fe de Cristo, y así se disminuiría el merecimiento de la fe.

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 55).

### *Jueves de la segunda semana de Cuaresma*

## **LA PASIÓN DE CRISTO OBRÓ A MODO DE SACRIFICIO**

I. Se llama propiamente sacrificio una cosa hecha en honor de Dios con el fin de aplacarlo, y de ahí viene lo que dice San Agustín: "El verdadero sacrificio es toda obra que se hace para unirnos a Dios en santa hermandad, esto es, referida a aquel fin del bien con el que podemos ser verdaderamente bienaventurados"<sup>14</sup>. Pero Cristo se ofreció a sí mismo por nosotros en la Pasión; y el hecho mismo de haber sufrido voluntariamente la Pasión fue en gran manera acepto a Dios, como proveniente de máxima caridad. Por lo cual es evidente que la Pasión de Cristo fue un verdadero

<sup>14</sup> «*De Civit. Dei*, lib. X, cap. 6.

sacrificio.

Como el mismo añade después: "Múltiples y diversos signos de este verdadero sacrificio fueron los antiguos sacrificios de los santos, siendo figurado éste solo por muchos, como cuando con muchas palabras se designa una cosa para recomendarla mucho sin fastidio"<sup>15</sup> . "A fin de que, como en todo sacrificio se consideran cuatro cosas, agrega San Agustín<sup>16</sup> , a saber: a quién se ofrece, quién lo ofrece, qué se ofrece, y por quiénes se ofrece, el uno, mismo y verdadero mediador, reconciliándonos con Dios por el sacrificio de paz, permaneciese siendo uno con aquél a quien ofrecía, se hiciese uno en sí con aquéllos por quienes se ofrecía, y fuese uno mismo el que ofrecía y lo que ofrecía."

II. En los sacrificios de la ley antigua, que eran figuras de Cristo, nunca se ofrecía carne humana, pero de ahí no se sigue que la Pasión de Cristo no haya sido un sacrificio. Pues aun cuando la verdad corresponde a la figura con relación a algo, pero no con relación a todo, es preciso, pues, que la verdad exceda a la figura. Y por eso, convenientemente, la figura de éste sacrificio, por el que se ofrece por nosotros la sangre de Cristo, fue la carne, no de los hombres, sino de otros animales que significan la carne de Cristo, la cual es el sacrificio perfectísimo.

1º) Porque, siendo carne de la naturaleza humana, es ofrecida convenientemente por los hombres, y tomada por ellos bajo la forma de sacramento.

2º) Porque, siendo pasible y mortal, era apta para la inmólación.

3º) Porque, estando sin pecado, era eficaz para purificar los pecados.

4º) Porque, siendo la carne del mismo oferente, era grata a Dios a causa de la inefable caridad del que ofrecía su carne.

Por eso dice San Agustín (*De Trinit., loc. cit*): "¿Qué cosa sería tomada tan convenientemente de los hombres, para ofrecer por ellos, como la carne humana; y qué cosa tan apta para esta inmólación como la carne mortal? ¿Qué cosa más pura, para purificar los vicios de los mortales, que la carne nacida en el seno y del seno de una virgen sin el contagio de la concupiscencia carnal? ¿Y qué podría ofrecerse y recibirse tan gratamente, como la carne de nuestro sacrificio, convertida en cuerpo de nuestro sacerdote?"

---

<sup>15</sup> *De Civit. Dei*, X, 20.

<sup>16</sup> *De Trinit.*, lib. IV, cap. 14.

## *Viernes de la segunda semana de Cuaresma*

### **FIESTA DE LA SÁBANA SANTA**

*Y tomando José el cuerpo, le envolvió en una sábana limpia, y lo puso en un sepulcro suyo nuevo (Mt 27, 59-60).*

I. Por esta sábana se simbolizan misteriosamente tres cosas:

1º) La carne inmaculada de Cristo. Pues la sábana se hace de lino que se vuelve blanco al ser muy oprimido, del mismo modo que la carne de Cristo llegó al candor de la resurrección por muchas vejaciones, como dice San Lucas: *Así era menester que el Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos (Luc 24, 46).*

2ª) Se significa la Iglesia que no tiene mancha ni arruga. Y esto se expresa por el lienzo tejido de diversos hilos.

3º) Se expresa la conciencia limpia, donde Cristo reposa.

II. *Y lo puso en un sepulcro suyo, nuevo.* Dice primero que era suyo. Era muy conveniente que quien murió por los pecados de otros, fuese sepultado en un sepulcro de otros.

Además dice que era *nuevo*, porque si otros cuerpos hubiesen sido colocados allí, se hubiera ignorado quién fue el que resucitó. Otra razón es que quien había nacido de una virgen intacta, fuese convenientemente sepultado en un sepulcro nuevo, de modo que así como ninguno existió en el seno de María antes que él ni después de él, del mismo modo ocurriera en el sepulcro. Y también para dar a entender que Cristo está escondido por la fe en el alma renovada: *Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones (Ef 3, 17).*

Y se añade: *En aquel lugar, en donde fue crucificado, había un huerto; y en el huerto un sepulcro, en el que aún no había sido puesto alguno (Jn 19, 41).* Debe advertirse que Cristo fue apresado en un huerto, padeció en un huerto y fue sepultado en un huerto, para significar que por la virtud de su Pasión nos libra del pecado que Adán cometió en un huerto de

delicias, y que por él es consagrada la Iglesia, que es como huerto cerrado.

(*In Matth.*, XXVII)

## *Sábado de la segunda semana de Cuaresma*

### **LA PASIÓN DE CRISTO OBRÓ NUESTRA SALVACIÓN POR MODO DE REDENCIÓN**

Dícese (1 Ped 1, 18): *Sabiendo que habéis sido rescatados de vuestra vana conversación, que recibisteis de vuestros padres, no por oro ni por plata, que son cosas perecederas, sino por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado y sin mancha.* Y el Apóstol, a los Gálatas: *Jesucristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición* (3, 13). Se dice que se hizo maldición por nosotros, en cuanto que padeció por nosotros en el madero de la Cruz. Luego nos redimió por su Pasión.

De dos maneras estaba obligado el hombre por el pecado:

1º) Por la esclavitud del pecado, pues *todo aquél que hace pecado, esclavo es del pecado* (Jn 8, 34); y *porque todo aquél que fue vencido, queda cautivo del que lo venció* (2 Ped 2, 19). Si, pues, el diablo había vencido al hombre, induciéndole al pecado, el hombre quedó sujeto a la servidumbre del diablo.

2º) En cuanto al reato de la pena, por el cual el hombre estaba obligado a la justicia de Dios; y esto es también cierta servidumbre; pues es verdadera servidumbre que el hombre padezca lo que no quiere, siendo propio del hombre libre hacer uso de sí mismo como quiere.

Mas porque la Pasión de Cristo fue satisfacción suficiente y sobreabundante por el pecado y reato de la pena del género humano, su Pasión fue como cierto precio, por el cual hemos sido librados de ambas obligaciones; pues la misma satisfacción por la que uno satisface por sí o por otro, se considera como cierto precio, con el cual se redime a sí mismo o a otro del pecado y de la pena, conforme a aquello de Daniel: *Redime tus Pecados con limosnas* (Dan 4, 24). Mas Cristo satisfizo, no ciertamente dando dinero o cosa semejante, sino dando lo que fue más grande, esto es, a sí mismo por nosotros. Y por eso se dice que la Pasión de Cristo fue nuestra redención.

Pecando el hombre estaba obligado a Dios y al diablo. En cuanto a la

culpa, había ofendido a Dios y se había sometido al diablo, consintiendo con él; de donde por razón de la culpa no se había hecho siervo de Dios, sino que más bien había incurrido en la servidumbre del diablo, apartándose del servicio de Dios; lo cual fue permitido por Dios justamente a causa de la ofensa cometida contra él. Pero en cuanto a la pena, el hombre había sido obligado principalmente a Dios como a soberano juez; y al diablo como a verdugo, según aquello: *No sea que tu contrario te entregue al juez, y el juez te entregue al ministro* (Mt 5, 25), esto es, al ángel cruel de las penas. Así, pues, aun cuando el diablo, en cuanto de él dependía, retenía injustamente bajo su servicio al hombre, engañado por su fraude, no solamente en cuanto a la culpa sino también en cuanto a la pena, era, sin embargo, justo que el hombre lo padeciese, por permisión divina en cuanto a la culpa, y por disposición de Dios en cuanto a la pena. Y, por consiguiente, con respecto a Dios, exigía la justicia que el hombre fuese redimido, pero no con respecto al diablo. Y el precio no debía pagarse al diablo, sino a Dios.

(3<sup>a</sup>, q. XLVIII, a. 4)

### *Tercer Domingo de Cuaresma*

## **LA PASIÓN DE CRISTO NOS LIBRÓ DEL PECADO**

*Nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre* (Apoc 1, 5).

La Pasión de Cristo es la causa propia del perdón de los pecados, de tres maneras:

1º) Excitando a la caridad, porque como dice el Apóstol: *Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque, aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros* (Rom 5, 8-9). Mas por la caridad conseguimos el perdón de los pecados, según aquello: *Perdonados le son muchos pecados, porque amó mucho* (Luc 7, 47).

2º) La Pasión de Cristo causa el perdón de los pecados por modo de redención. Pues, como él es nuestra cabeza, por la Pasión, que sufrió por caridad y obediencia, nos libró de los pecados como a miembros suyos, por el precio de su Pasión; como si un hombre, mediante alguna obra meritoria que ejerciere con sus manos, se redimiese de los pecados que cometió con los pies; pues así como un cuerpo natural es uno solo, compuesto de diferentes miembros, así toda la Iglesia, que es el cuerpo místico de Cristo, se computa como una sola persona con su cabeza, que es Cristo.

3º) Por modo de causa eficiente, por cuanto la carne, según la cual Cristo sufrió la Pasión, es instrumento de la divinidad, y por lo tanto sus pasiones y acciones son ejecutadas por virtud divina para expulsar el pecado.

Ciertamente Cristo nos libró de los pecados con su Pasión como por una causa, esto es, instituyendo la causa de nuestra liberación, de modo que por ella pudiesen ser perdonados todos los pecados pasados, presentes y futuros; como si un médico confeccionase una medicina con la cual pudieran curarse cualesquiera enfermedades, aun en el futuro.

Mas, puesto que la Pasión de Cristo precedió como cierta causa universal del perdón de los pecados, es necesario que sea aplicada a cada uno para borrar los pecados propios. Esto se hace por el bautismo, la penitencia y otros sacramentos que reciben la virtud de la Pasión de Cristo.

También por la fe se nos aplica la Pasión de Cristo para percibir su fruto, según aquello: *A quien Dios ha propuesto en propiciación por la fe en su sangre* (Rom 3, 25). Mas la fe por la que somos purificados del pecado, no es la fe informe que puede existir con el pecado, sino la fe informada por la caridad; para que de ese modo nos sea aplicada la Pasión de Cristo, no solamente en cuanto al entendimiento, sino también en cuanto a la voluntad y la parte afectiva. Y por este modo se perdonan también los pecados por virtud de la Pasión de Cristo.

(3ª, q. XLIX, a. 1)

### *Lunes de la tercera semana de Cuaresma*

## **LA PASIÓN DE CRISTO NOS LIBRÓ DEL PODER DEL DIABLO**

*Cuando ya estaba próxima la Pasión, dijo el Señor: Ahora será lanzado fuera el príncipe de este mundo. Y si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo* (Jn 12, 31-32). Fue alzado de la tierra por la Pasión de la Cruz. Luego por ella fue despojado el diablo del poder que tenía sobre los hombres.

Acerca del poder que el diablo ejercía en los hombres antes de la Pasión de Cristo deben considerarse tres cosas:

Primero, por parte del hombre, que mereció, por su pecado, ser entregado al poder del diablo, por cuya tentación había sido vencido. Segundo, por parte de Dios, a quien el hombre había ofendido pecando, y el

cual, por su justicia, había abandonado al hombre al poder del diablo. En tercer lugar, por parte del diablo, que por su depravada voluntad impedía al hombre lograr la salvación.

Respecto a lo primero, el hombre fue librado del poder del diablo por la Pasión de Cristo, en cuanto que ésta es causa del perdón de los pecados. Respecto a lo segundo, la Pasión de Cristo nos libró de la potestad del diablo, en cuanto que nos reconcilió con Dios. Y respecto a lo tercero, la Pasión de Cristo nos libró del poder del diablo, en cuanto que la Pasión de Cristo excedió el modo de la potencia que Dios le ha dado, trabajando para que muriese Cristo, que no merecía la muerte, ya que no tenía pecado. Por esta razón dice San Agustín<sup>17</sup>: "El diablo fue vencido por la justicia de Cristo; porque no encontrándose cosa alguna digna de muerte, sin embargo, le mató. Por tanto es justo que quedasen libres los deudores que tenía creyendo en aquel a quien mató sin que debiese nada."

Es cierto que también ahora el diablo tiene poder sobre los hombres; porque, permitiéndolo Dios, puede tentarlos en lo que atañe al alma, y atormentarlos en lo que atañe al cuerpo; y sin embargo, la Pasión de Cristo ha preparado al hombre el remedio con el cual puede defenderse contra los ataques del enemigo, para no caer en el abismo de la muerte eterna; y cualesquiera de los que antes de la Pasión de Cristo resistían al diablo, podían hacerlo por la fe en la Pasión de Cristo, aun cuando todavía ésta no se había consumado. Mas en alguna cosa, no obstante, nadie podía escapar de las manos del diablo, esto es, de no bajar al infierno, del cual, después de la Pasión de Cristo, pueden defenderse los hombres, por virtud de él.

También es verdad que Dios permite al diablo engañar a los hombres en ciertas personas, tiempos y lugares, según la razón oculta de sus designios, como ocurrirá en tiempos del Anticristo; sin embargo, por la Pasión de Cristo, siempre está preparado a los hombres el remedio por el que pueden defenderse de las maldades de los demonios, aun en el tiempo del Anticristo. Mas si algunos descuidan usar de ese remedio, en nada se menoscaba la eficacia de la Pasión de Cristo.

(3<sup>a</sup>, q. XLIX, a. 2)

---

<sup>17</sup> *De Trinit.*, lib. XIII, cap. 14.

## *Martes de la tercera semana de Cuaresma*

### **CRISTO, VERDADERO REDENTOR**

*Habéis sido rescatados... por la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero inmaculado (1 Ped 18-19).*

Por el pecado del primer padre todo el género humano se había separado de Dios, como dice San Pablo a los de Éfeso (2, 12), pero no del poder de Dios, sino de la visión del rostro de Dios, a la que son admitidos los hijos y domésticos. Por otra parte, habíamos venido a caer bajo el poder usurpado del diablo, al cual el hombre se había sometido prestándole consentimiento en cuanto de él dependía, no obstante que el hombre no podía darse a otro, pues no era suyo, sino de otro.

Por consiguiente, Cristo hizo dos cosas mediante su Pasión; porque nos libró del poder del enemigo, vencéndolo por medios contrarios a los empleados en la victoria sobre el hombre, es decir, por la humildad, la obediencia y la austeridad de la pena que se opone al deleite del manjar prohibido. Y satisfaciendo además por la culpa, los unió a Dios y los hizo domésticos e hijos de Dios.

De aquí que esta liberación tuviera dos caracteres de compra. Porque en cuanto nos arrebató del poder del diablo, se dice que Cristo nos redimió; así como un rey rescata con los sufrimientos de la guerra el reino ocupado por el adversario. Pero en cuanto aplacó a Dios en favor nuestro, se dice que nos redimió, pagando el precio de su satisfacción por nosotros, a fin de librarnos de la pena y del pecado.

Mas no ofreció el precio de su sangre al diablo, sino a Dios, para satisfacer por nosotros; y nos arrancó de las manos del diablo por la victoria de su Pasión.

Y aun cuando el diablo nos había usurpado injustamente, nosotros, sin embargo, vinimos a caer justamente en su poder, desde que fuimos vencidos por él; y por eso fue también necesario que él mismo fuese vencido por procedimientos contrarios a aquéllos por los que nos había vencido, pues no venció violentamente, sino induciéndonos fraudulentamente al pecado.

Pero debe decirse que la repetición de la palabra "redimir" no se refiere al acto de compra, como si ya otras veces hubiésemos sido comprados, sino al término del acto, porque en otro tiempo en el estado de inocencia habíamos sido suyos; ya que comprar es hacer suya una cosa. O bien se

puede decir que la redención se refiere a aquella venta por la cual habíamos sido vendidos al diablo al consentir en el pecado, y de la cual se origina esta segunda compra.

(3, *dist.* 19, *q.* I, *a.* 4)

### *Miércoles de la tercera semana de Cuaresma*

#### ***PRECIO DE NUESTRO RESCATE***

*Comprados fuisteis por grande precio* (1 Cor 6, 20).

La injuria o sufrimiento de alguno se mide por la dignidad de la persona; pues mayor injuria sufre el rey, si es herido en el rostro, que una persona particular. En Cristo la dignidad de la persona es infinita, porque es una persona divina. Luego cualquier sufrimiento suyo, por mínimo que sea, es infinito. De ahí que cualquier sufrimiento suyo bastara para la redención del género humano, aun sin la muerte.

San Bernardo dice, además, que una mínima gota de la sangre de Cristo era suficiente para la redención del género humano. Ahora bien: una gota de la sangre de Cristo podía ser derramada sin la muerte; luego también era posible redimir al género humano por algún sufrimiento sin que Cristo muriese.

Dos cosas se requieren para hacer una compra: la cantidad del precio y su destino para la adquisición de algo. Porque si uno da un precio no equivalente para adquirir alguna cosa, no se dice en este caso que haya compra, hablando propiamente, sino en parte compra y en parte donación. Por ejemplo: si uno compra por diez pesos un libro que vale veinte, en parte compra el libro y en parte se le regala. Además, si da un precio mayor y no lo destina a la compra del libro, no se puede decir que compra el libro.

Así, pues, si hablamos del rescate del género humano en cuanto a la cantidad del precio, cualquier padecimiento de Cristo, aun sin la muerte, hubiera bastado, a causa de la dignidad infinita de la persona. Pero si hablamos del destino del precio, entonces hay que decir que los demás padecimientos de Cristo, sin la muerte, no fueron destinados al rescate del género humano por Dios Padre y por Cristo. Y esto por tres razones:

1º) Para que el precio de la redención del género humano no solamente

fuese infinito por razón del valor, sino para que fuese también del mismo género, es decir, para que nos librase de la muerte por medio de la muerte.

2º) Para que la muerte de Cristo no fuese únicamente precio de rescate, sino también ejemplo de virtud, esto es, para que los hombres no temiesen morir por la verdad. El Apóstol señala estas dos causas, diciendo: *Para destruir por su muerte al que tenía el imperio de la muerte, es decir, al diablo* (en cuanto a lo primero); *y para librar a aquéllos que por el temor de la muerte estaban en servidumbre toda la vida* (en cuanto a lo segundo) (Hebr 2, 14-15).

3º) Para que la muerte de Cristo fuese además un sacramento de salvación; si nosotros, por virtud de la muerte de Cristo, morimos al pecado, a las concupiscencias carnales y al amor propio. Esta causa la señala el Apóstol San Pedro: *También Cristo una vez murió por nuestros pecados, el justo por los injustos, para ofrecernos a Dios, siendo, a la verdad, muerto en la carne, mas vivificado por el espíritu* (1 Ped 3, 18).

Por lo tanto, el género humano no fue redimido por otra pasión sin la muerte de Cristo.

Pero en realidad, Cristo, no solamente dando su vida, sino también padeciendo cualquier sufrimiento, habría pagado un precio suficiente por la redención del género humano, si el menor padecimiento hubiese sido divinamente destinado para ello, y esto, a causa de la dignidad infinita de la persona de Cristo.

(*Quodl.*, II, q. I, a. 2).

### *Jueves de la tercera semana de Cuaresma*

## **PREDICACIÓN DE LA SAMARITANA**

*La mujer, pues, dejó su cántaro, y se fue a la ciudad* (Jn 4, 28).

Esta mujer, después de haber sido instruida por Cristo, tomó el oficio de los Apóstoles. Tres cosas se señalan que pueden colegirse de sus dichos y hechos:

I. El afecto de devoción, que se manifiesta de dos maneras:

En primer lugar, porque a causa de la intensidad de su devoción, como olvidada de aquello por lo que especialmente había venido a la fuente, abandonó el agua y el cántaro. Refiriéndose a ello dice (la Escritura) que *la*

*mujer dejó su cántaro y se fue a la ciudad*, para anunciar las grandezas de Cristo, sin preocuparse de la ventaja corporal por la utilidad de los demás, en la cual sigue el ejemplo de los Apóstoles que, *dejadas las redes, siguieron al Señor* (Mc 1, 18). Por el cántaro se entiende la concupiscencia del siglo, por la que los hombres sacan las voluptuosidades de lo profundo de las tinieblas, de lo cual es imagen el pozo, esto es, de la vida terrena. Por eso, los que abandonan, por amor de Dios, las concupiscencias del siglo, abandonan el cántaro.

En segundo lugar, su afecto se manifiesta por la multitud de aquellos a quienes anuncia, porque no a uno solamente, o a dos o tres, sino a toda la ciudad. Por eso se dice *y se fue a la ciudad*.

II. El modo de su predicación. *Y dijo a aquellos hombres: Venid y ved a un hombre* (Jn 4, 28-29).

1º Invita a ver a Cristo: *Venid y ved a un hombre*. No dijo al instante que fuesen a ver a Cristo, para no darles ocasión de blasfemar, sino que primero dijo de Cristo cosas que eran creíbles y a simple vista, a saber: que era hombre. Ni dijo "creed", sino *venid y ved*, pues sabía que, si gustaban de aquella fuente, viéndolo, experimentarían las mismas cosas que ella; y ella imita el ejemplo del verdadero predicador, que llama a los hombres, no para sí, sino para Cristo.

2º Da una prueba de la divinidad de Cristo, cuando dice: *Que me ha dicho todas cuantas cosas he hecho* (Jn 4, 29), es decir, que había tenido muchos maridos. No se avergonzó de referir las cosas que eran para su confusión, porque habiendo sido inflamada su alma en el fuego divino, no atiende a ninguna de las cosas que son de la tierra, ni a la gloria, ni a la vergüenza, sino únicamente a aquella llama que la retiene.

3º Sacó por consecuencia la majestad de Cristo, diciendo: *¿Si quizá es éste el Cristo?* (Ibíd. 29). No se atrevió a decir que era el Cristo, para que no pareciese que quería enseñar a los otros, y, airados éstos por ello, no quisiesen ir a verlo. Tampoco lo calló totalmente, sino que lo propuso como pregunta, como confiándolo al juicio de ellos, pues éste es el procedimiento más fácil para persuadir.

III. El fruto de la predicación. *Salieron entonces de la ciudad, y vinieron a él* (Jn 4, 30). En esto se da a entender que si queremos ir a Cristo, es necesario salir de la ciudad, esto es, abandonar el amor de la concupiscencia carnal. Salgamos, pues, a él fuera de los reales (Hebr 13, 13).

(In Joan., IV)

## *Viernes de la tercera semana de Cuaresma*

### **POR LA PASIÓN DE CRISTO FUIMOS LIBRADOS DE LA PENA DEL PECADO**

*En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades y él cargó con nuestros dolores (Is 53, 4).*

La Pasión de Cristo nos libró del reato de la pena, de dos maneras: 1º, directamente, puesto que la Pasión de Cristo fue una satisfacción suficiente y superabundante por los pecados de todo el género humano, y dada la satisfacción suficiente, se quita el reato de la pena; 2º, indirectamente, por cuanto la Pasión de Cristo es causa del perdón del pecado, en el que se funda el reato de la pena.

Los condenados no fueron librados por la Pasión de Cristo, porque ésta surte su efecto en aquellos a quienes se aplica por la fe, la caridad y los sacramentos de la fe. Por lo tanto, los condenados en el infierno, que no se unen a la Pasión de Cristo del modo indicado, no pueden percibir su efecto.

Y aun cuando hayamos sido librados del reato de pena, sin embargo a nosotros, penitentes, se impone pena satisfactoria; porque, para que consigamos el efecto de la Pasión de Cristo, es preciso configurarnos a él. Pero nos configuramos a él en el bautismo sacramentalmente, según aquello: *Porque somos sepultados en él, en muerte, por el bautismo* (Rom 6, 4). De ahí que a los bautizados no se impone ninguna pena satisfactoria, pues están totalmente librados por la satisfacción de Cristo. Mas puesto que *Cristo una vez solamente murió por nuestros pecados*, como se dice (I Ped 3, 18), por eso no puede el hombre configurarse segunda vez a la muerte de Cristo por el sacramento del bautismo. Por lo cual es necesario que los que pecan después del bautismo, se configuren a Cristo que padece por medio de alguna penalidad o sufrimiento que soporten en sí mismos.

Pero si la muerte, que es pena del pecado, subsiste todavía, esto es porque la satisfacción de Cristo tiene efecto en nosotros, en cuanto nos incorporamos a él, como los miembros a su cabeza; pero es necesario que los miembros se adapten a la cabeza. Y por consiguiente, así como Cristo tuvo primeramente la gracia en el alma, acompañada de la pasibilidad corporal, y por medio de la Pasión llegó a la gloria de la inmortalidad, así también nosotros, que somos sus miembros, somos librados por su Pasión del reato de cualquier pena; de tal modo, sin embargo, que primeramente recibimos en el alma el espíritu de adopción de hijos, por el que somos

adscritos a la herencia de la gloria inmortal, teniendo todavía cuerpo pasible y mortal; mas después, configurados a los padecimientos y a la muerte de Cristo, somos llevados a la gloria inmortal, según aquello del Apóstol: *Y si hijos, también herederos; herederos verdaderamente de Dios, y coherederos de Cristo; pero si padecemos con él, para que seamos también glorificados con él* (Rom 8, 17).

(3<sup>a</sup>, q. XLIX, a. 3)

### *Sábado de la tercera semana de Cuaresma*

## **POR LA PASIÓN DE CRISTO FUIMOS RECONCILIADOS CON DIOS**

*Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rom 5, 10).

1. La Pasión de Cristo es causa de nuestra reconciliación con Dios, de dos modos: 1º, en cuanto remueve el pecado, por el que los hombres se constituyen en enemigos de Dios, según aquello: *Y Dios aborrece igualmente al impío, y a su impiedad* (Sab 14, 9), y (Sal 5, 7): *Aborrece a todos los que obran iniquidad*; 2º, en cuanto es un sacrificio muy acepto a Dios: pues, el efecto propio del sacrificio es aplacar a Dios por el mismo; del mismo modo que un hombre perdona la ofensa cometida contra él, por causa de un obsequio grato que se le ofrece. Por eso, se dice: *Si el Señor te incita contra mí, recibe el olor de este sacrificio* (I Rey 26, 19). Y así fue un bien tan grande el haber padecido Cristo voluntariamente por nosotros, que a causa de este bien encontrado en la naturaleza humana, ha sido aplacado Dios respecto de toda ofensa del género humano, con relación a los que se unen a Cristo paciente por la fe y la caridad.

No se dice que la Pasión de Cristo nos reconcilió con Dios, como si hubiera comenzado a amarnos de nuevo, pues está escrito en Jeremías (31, 3): *Con amor perpetuo te amé*; sino porque por la Pasión de Cristo ha sido quitada la causa del odio, ya por haber sido borrado el pecado, ya por la recompensa de un bien más aceptable.

(3<sup>a</sup>, q. XLIX, a. 4)

II. La Pasión de Cristo por parte de los verdugos fue, ciertamente, causa de indignación. Pero fue mayor la caridad de Cristo al padecer que la iniquidad de los verdugos. Por eso la Pasión de Cristo es más eficaz para reconciliar con Dios a todo el género humano, que para provocar a ira.

El amor de Dios hacia nosotros se nos revela en sus efectos. Se dice que ama a algunos, en cuanto los hace partícipes de su bondad. Pero la suprema y más acabada participación de su bondad consiste en la visión de su misma esencia, en cuanto convivimos con él en buena armonía, como amigos, pues la bienaventuranza consiste en esa suavidad. Por eso se dice, sencillamente, que Dios ama a los que admite a esa visión, ya realmente, ya causalmente, como es manifiesto, en aquellos a quienes da el Espíritu Santo, como prenda de aquella visión. El hombre, por el pecado, fue desechado de esta participación de la bondad divina, es decir, de la visión de su esencia, y por eso se decía que el hombre estaba privado del amor de Dios. Se dice que Cristo nos reconcilió con Dios, porque satisfaciendo por nosotros con su Pasión, logró que los hombres fuésemos admitidos a la visión de Dios.

(2, *Dist.*, 19, q. I, a. 5).'

### *Cuarto Domingo de Cuaresma*

## **CRISTO CON SU PASIÓN NOS ABRIÓ LA PUERTA DEL CIELO**

*Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el Santuario por la sangre de Cristo.. (Hebr 10, 19).*

La clausura de la puerta es un obstáculo que impide a los hombres la entrada. Pero los hombres son privados de la entrada en el reino celestial por causa del pecado, pues como se dice en Isaías (25, 8): *Se llamará camino santo; no pasará por él hombre mancillado.*

Hay dos clases de pecados que impiden la entrada en el reino celestial<sup>18</sup>. Uno, común a toda la naturaleza humana, que es el pecado del primer padre; y por este pecado se cerraba al hombre la entrada en el reino celestial. Por esto se lee en el Génesis que, después del pecado del primer padre, *delante del paraíso puso (Dios) Querubines, y espada que arrojaba llamas, y andaba alrededor para guardar el camino del árbol de la vida.* Otro es el pecado particular de cada persona, que se comete por el acto propio de cada hombre.

Por la Pasión de Cristo fuimos librados no solamente del pecado común a toda la naturaleza humana, en cuanto a la culpa y en cuanto al reato

---

<sup>18</sup> Abrir las puertas del cielo no es otra cosa que hacer expedita la consecución de la eterna bienaventuranza.

de la pena, pagando él el precio por nosotros, sino también de los pecados propios de cada uno de los que participan de la Pasión de Cristo por medio de la fe, de la caridad y de los sacramentos de la fe. Y por eso la Pasión de Cristo nos abrió la puerta del reino celestial. Esto es lo que dice el Apóstol a los Hebreos (9, 11): *estando Cristo ya presente, Pontífice de los bienes venideros... por su propia sangre, entró una sola vez en el santuario, habiendo hallado una redención eterna*. Y esto se presentaba figuradamente en los Números, donde se dice que el homicida *se estará allí*, esto es, en la ciudad en que se había refugiado, *hasta que muera el sumo sacerdote; muerto el cual, podrá regresar a su casa* (Num 35, 25).

Los santos padres, haciendo obras de justicia, merecieron entrar en el reino celestial por la fe en la Pasión de Cristo, según aquello del Apóstol: *Los cuales por fe conquistaron reinos, obraron justicia* (Hebr 11, 33); por ella también era purificado del pecado cada uno de ellos, respecto a la purificación de la propia persona. La fe o la justicia de alguno no bastaba, sin embargo, para remover el impedimento que provenía del reato de toda humana criatura. Ese reato fue realmente removido por el precio de la sangre de Cristo. Por eso, antes de la Pasión de Cristo, no podía ninguno entrar en el reino celestial y alcanzar la bienaventuranza eterna, que consiste en el pleno goce de Dios.

Cristo nos mereció con su Pasión la entrada en el reino celestial y removió el obstáculo; pero, por su ascensión, nos introdujo, por decirlo así, en la posesión del reino celestial. Por eso se dice que *subirá delante de ellos el que les abrirá el camino* (Miq 2, 13).

(3<sup>a</sup>, q. XLIX, a, 5)

### *Lunes de la cuarta semana de Cuaresma*

## **CRISTO MERECIÓ, POR SU PASIÓN, SER ENSALZADO**

*Se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; por lo cual Dios también lo ensalzó* (Filip 2, 8).

El mérito importa cierta igualdad de justicia; por lo cual dice el Apóstol que *al que obra, no se le cuenta el jornal por gracia, sino por deuda* (Rom 4, 4). Pero cuando alguno, por su injusta voluntad, se atribuye más de lo que se le debe, es justo se le disminuya también en lo que se le debía; así cuando uno roba una oveja, pagará cuatro, como se dice en el

Éxodo (22). Y se dice que eso lo merece para que por ello sea castigada su inicua voluntad. Así también, cuando uno por justa voluntad se sustrajo a sí mismo lo que debía tener, merece que se le añada más, como recompensa de esa justa voluntad. Por eso se dice: *El que se humilla, será ensalzado* (Lc 14, 11). Pero Cristo en su Pasión se humilló a sí mismo por debajo de su dignidad de cuatro maneras:

1º) En cuanto a la pasión y a la muerte, de la cual no era deudor.

2º) En cuanto al lugar, porque su cuerpo fue colocado en el sepulcro y su alma en el infierno.

3º) En cuanto a la confusión y a los oprobios: que sobrellevó.

4º) En cuanto fue entregado a la potestad humana, como él mismo dijo a Pilatos: *No tendrías poder alguno sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba* (Jn 19, 11).

Por eso mereció por su Pasión ser ensalzado en cuatro cosas:

1º) En la resurrección gloriosa; y así se dice en el salmo (138, 1): *Tú conociste mi sentarme*, esto es, la humildad de mi Pasión, *y mi levantarme*.

2º) En la ascensión a los cielos. Por eso dice el Apóstol: *Y que subió ¿qué es, sino porque, antes había descendido a los lugares más bajos de la tierra? El que descendió, ese mismo es el que subió sobre todos los cielos* (Ef 4, 9-10).

3º) En que está sentado a la diestra del Padre y ha manifestado su divinidad, según aquello de Isaías: *Ensalzado y elevado será, y sublimado en gran manera. Como muchos se pasmaran sobre ti, así será sin gloria su aspecto entre varones* (52, 13-14). Y el Apóstol dice a los Filipenses (2, 8-10): *Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo ensalzó, y le dio un nombre, que es sobre todo nombre, es decir: para que sea llamado Dios por todos y todos le tributen reverencia como a Dios. Y esto es lo que se añade: Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos*.

4º) En la potestad judicial, porque se dice en Job: *Tu causa ha sido juzgada como la de un impío; ganarás la causa y sentencia* (Job 36, 17).

(3ª, q. XLIX, a. 6)

## *Martes de la cuarta semana de Cuaresma*

### **EJEMPLO DE CRISTO CRUCIFICADO**

Cristo tomó la naturaleza humana para reparar la caída del hombre. Fue, por lo tanto, necesario que Cristo padeciese y ejecutase según la naturaleza humana todo aquello que puede darse como remedio contra la caída del pecado.

El pecado del hombre consiste en que el hombre se da a los bienes corporales, y abandona los bienes espirituales. Fue, así, conveniente que el Hijo de Dios, por lo que hizo y padeció en la naturaleza humana que había tomado, se mostrase tal que los hombres tuviesen por nada los bienes y los males temporales, y no se diesen menos intensamente a los bienes espirituales, impedidos por el desordenado afecto hacia los temporales.

Por eso eligió Cristo padres pobres pero perfectos en virtud, para que nadie se gloriase de la sola nobleza de la carne y de las riquezas de los padres.

Llevó vida pobre, para enseñarnos a despreciar las riquezas.

Vivió privado de dignidades, para apartar a los hombres del apetito desordenado de los honores.

Padeció trabajos, sed, hambre y azotes del cuerpo, para que los hombres, tentados por las delicias y voluptuosidades, no se desviasen del bien de la virtud a causa de las asperezas de esta vida.

Sufrió, por último, la muerte, para que no abandonasen algunos la verdad, por el temor de la muerte. Y para que nadie temiese padecer muerte ignominiosa por la verdad, eligió el género de muerte más ignominioso, esto es, la muerte de cruz.

Fue, también, conveniente que el Hijo de Dios hecho hombre sufriese la muerte, para excitar a los hombres con su ejemplo a la virtud, a fin de que de este modo fuera verdad lo que dice San Pedro: *Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas* (I Ped 2, 21)

*(Contra Armen. Sarac., VII)*

Mas *Cristo padeció por nosotros, dejando ejemplo* de tribulación, de afrentas, de azotes, de cruz, para que sigamos sus pisadas. *Si sufriéremos tribulaciones y padecimientos por Cristo, reinaremos también con él* en la eterna bienaventuranza. A este respecto dice San Bernardo: "Qué pocos, Señor, quieren ir detrás de ti, siendo así que no hay nadie que no quiera

llegar a ti, sabiendo todos que los deleites están a tu diestra hasta el fin; por eso todos quieren gozarte, pero no quieren imitarte de la misma manera; desean reinar contigo, pero no sufrir contigo; no se cuidan de buscar, a quien, sin embargo, desean hallar, ansiando conseguir, pero no seguir."

(*De Humanitate Christi*, cap. 47)

### *Miércoles de la cuarta semana de Cuaresma.*

## **EL AMIGO DIVINO**

*Enviaron, pues, sus hermanas a decir a Jesús: Señor, he aquí que el que amas está enfermo* (Jn 11, 3)

Tres cosas se ofrecen aquí a nuestra consideración:

La primera, que los amigos de Cristo son a veces afligidos corporalmente, Por esto no es una señal de que uno no es amigo de Dios, si alguna vez es afligido corporalmente, como arguyó erróneamente Elifaz contra Job: *Recapacita, te ruego, ¿qué inocente pereció jamás, o cuándo los justos fueron destruidos?* (Job 4, 7) Por eso dicen (las hermanas de Lázaro): *he aquí que el que amas está enfermo*. Y en los Proverbios se lee: *Al que ama el Señor, lo castiga, y se complace en él, como un padre en su hijo* (3, 12).

La segunda cosa es que no dicen: "Señor, ven, sánalo"; sino únicamente exponen la enfermedad, diciendo: *Está enfermo*. En lo cual se indica que basta al amigo exponer solamente la necesidad, sin añadir ninguna petición; porque el amigo, cuando quiere el bien de su amigo como el suyo propio, así como es solícito para repeler su mal, del mismo modo lo es también para repeler el mal de su amigo. Y esto es principalmente verdadero en aquel que ama verdaderamente: *Guarda el Señor a todos los que le aman*.

(Sal 144, 20)

La tercera es que, deseando estas dos hermanas la curación de su hermano enfermo, no se llegaron personalmente a Cristo, como el paralítico y el centurión, y esto por la confianza que tenían con Cristo, por el amor especial y la familiaridad que Cristo les había mostrado; y tal vez el llanto

las detenía, como dice San Juan Crisóstomo: *Si fuera firme el amigo, dice el Eclesiástico, será para ti como un igual, y obrará con confianza en tus cosas domésticas* (6, 11)

(*In Joan.*, XI)

## *Jueves de la cuarta semana de Cuaresma*

### **MUERTE DE LÁZARO**

I. *Lázaro, nuestro amigo, duerme* (Jn 11, 11).

*Amigo*, esto es: por los muchos beneficios y obsequios que nos prestó, y por eso no debernos faltarle en la necesidad.

*Duerme*. Por lo que es necesario socorrerlo. *El hermano se experimenta en las angustias* (Prov 17, 17) *Duerme*, repito, como dice San Agustín: "Dormía para el Señor, pero estaba muerto para los hombres, que no podían resucitarlo" <sup>19</sup>.

El sueño se entiende de diversas maneras: por el sueño natural, por la negligencia, por el sueño de la culpa, por el descanso de la contemplación, por el reposo de la gloria futura, y a veces por la muerte, como lo emplea el Apóstol: *Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros, que no tienen esperanza* (1 Tes 4, 12).

Pero la muerte se llama sueño a causa de la esperanza de la resurrección, y por lo tanto la muerte suele ser llamada "dormición", desde el tiempo en que Cristo murió y resucitó: *Yo dormí, y tuve profundo sueño* (Sal 3, 6).

*Mas voy a despertarle del sueño* (Jn 11, 11) En esto da a entender Jesús que con la misma facilidad podía resucitar a Lázaro del sepulcro que despertar al que duerme en el lecho. Lo cual no es de admirar, porque él es el que resucita a los muertos y les da la vida. Por eso dice él mismo: *Viene la hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios* (Jn 5, 28).

III. *Vayamos a él*. En lo cual se muestra la clemencia de Dios, puesto que, no pudiendo los hombres acercarse por sí mismos a él en estado de pecado y como muertos, los atrae misericordiosamente previniéndolos,

---

<sup>19</sup> *Tract.*, 49.

conforme a lo que se dice en Jeremías: *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia* (31, 3).

IV. *Vino, pues, Jesús, y halló que había ya cuatro días que estaba en el sepulcro* (Jn 11, 17) Según San Agustín, Lázaro, muerto de cuatro días, representa al hombre pecador retenido por la muerte de cuatro pecados: 1º, del pecado original; 2º, el pecado actual contra la ley natural; 3º, el pecado actual contra la ley escrita; 4º, el pecado actual contra la ley del Evangelio y de la gracia<sup>20</sup>.

O, de otro modo, el primer día es el pecado del corazón: *Apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos* (Is 1, 16) El segundo día es el pecado de boca: *Ninguna palabra mala salga de vuestra boca* (Ef 4, 29) El tercer día es el pecado de obra, del cual dice Isaías: *Cesad de obrar perversamente* (Is 1, 16) El cuarto día es el pecado de la costumbre perversa.

Como quiera que se exponga, el Señor sana alguna vez a los muertos que tienen cuatro días, es decir, a los que quebrantan la ley del Evangelio, y a los retenidos por la costumbre del pecado.

(*In Joan.*, XI)

## *Viernes de la cuarta semana de Cuaresma*

### **LA PRECIOSÍSIMA SANGRE DEL SEÑOR**

I. Por la sangre de Cristo fue confirmado el nuevo Testamento. *Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre* (1 Cor 11, 25)

La palabra testamento se emplea de dos maneras:

1º) Comúnmente por todo pacto. En este sentido Dios concertó dos pactos con el género humano: prometiéndole bienes temporales y librándolo de males temporales, lo cual se llama antiguo testamento; y prometiéndole bienes espirituales y librando de los males opuestos a ellos, lo cual se llama nuevo testamento. *Haré nueva alianza con la casa de Israel, y con la casa de Judá; no según el pacto que hice con los padres de ellas, en el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto... Mas éste será el pacto... Pondré mi ley en las entrañas de ellos... y yo seré su Dios* (Jer 31, 31-33) Había entre los antiguos la costumbre de derramar la sangre de alguna víctima para confirmar el pacto. De este modo Moisés tomó la sangre

---

<sup>20</sup> *Tract.*, 49.

y la esparció sobre el pueblo y dijo: *Ésta es la sangre de la alianza que ha concertado el Señor con vosotros* (Gen 24, 8) Por lo tanto, así como el antiguo testamento o pacto fue confirmado con la sangre figurativa de los toros, del mismo modo el nuevo testamento o pacto fue confirmado con la sangre de Cristo, que fue derramada por la Pasión.

2º) En su segunda acepción la voz testamento se toma más restringidamente por la disposición de la herencia que ha de percibirse. Tomado así el testamento, no se confirma sino por la muerte, pues como dice el Apóstol: *Porque el testamento no tiene fuerza sino por la muerte; de otra manera no vale mientras que vive el que hizo el testamento* (Hebr 9, 17) Dios había tomado primeramente disposición acerca de la herencia eterna, mas bajo la figura de los bienes temporales, lo cual pertenece al antiguo testamento. Posteriormente hizo el nuevo testamento prometiendo expresamente la herencia eterna, lo cual fue confirmado efectivamente por la sangre de la muerte de Cristo. Por consiguiente, dijo el Señor acerca de esto: *Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre*, como si dijese: Por lo que se contiene en este cáliz, se conmemora el nuevo testamento, confirmado por la sangre de Cristo.

(In I Cor., XI)

## II. Otras utilidades de la sangre de Cristo:

1º) La purificación de nuestros pecados e inmundicias. *Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre* (Apoc 1, 5).

2º) Nuestra redención. *Nos has redimido para Dios en tu sangre* (Ibíd. 5, 9)

3º) Nuestra reconciliación con Dios y con los ángeles. *Pacificando por la sangre de su cruz, tanto lo que está en la tierra, como lo que está en el cielo* (Col 1, 20).

4º) La bebida y embriaguez de los que la toman. *Bebed de éste todos* (Mt 26, 27). *Para que bebiera sangre purísima de uva* (Deut 32, 14).

5º) Apertura de la puerta celestial. *Por tanto, hermanos, teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo* (Hebr 10, 19), esto es, la oración continua por nosotros ante Dios. Porque todos los días la sangre clama al Padre por nosotros. *Os habéis llegado... a la aspersion de la sangre, que habla mejor que la de Abel* (Hebr 12, 22.29). La sangre de Abel clamó venganza, la sangre de Cristo pide indulgencia.

6º) Sacar del infierno a los santos. *Tú también por la sangre de tu testamento hiciste salir tus cautivos del lago en que no hay agua* (Zac 9, 11).

*Sábado de la cuarta semana de Cuaresma*

**NO EXISTIÓ OTRO MODO MÁS CONVENIENTE  
QUE LA PASIÓN DE CRISTO PARA LIBRAR AL  
GÉNERO HUMANO**

Algún modo es tanto más conveniente para conseguir un fin, cuanto por el mismo concurren mayor número de cosas que son ventajosas para ese fin. Mas por el hecho de haber sido liberado el hombre por la Pasión de Cristo, concurren muchas cosas pertenecientes a la salvación del hombre, además de la liberación del pecado.

1º) Porque por esto conoce el hombre cuánto le ama Dios, y por ello es excitado a amar a aquél en el que consiste la perfección de la salvación humana; por lo cual dice el Apóstol: *Dios hace brillar su caridad en nosotros; porque aun cuando éramos pecadores, en su tiempo murió Cristo por nosotros* (Rom 5, 8).

2º) Porque por esto nos dio ejemplo de obediencia, humildad, constancia, justicia y demás virtudes, manifestadas en la Pasión de Cristo, las cuales son necesarias para la salvación humana. Por eso se dice: *Cristo padeció también por nosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus pisadas* (I Ped 2, 21).

3º) Cristo, por medio de su Pasión, no sólo libró al hombre del pecado, sino también le mereció la gracia justificante y la gloria de la bienaventuranza.

4º) Por esto impuso en el hombre mayor necesidad de conservarse libre del pecado, al pensar que ha sido redimido del pecado por la sangre de Cristo, como dice el Apóstol: *Comprados fuisteis por grande precio. Glorificad a Dios, y llevadle en vuestro cuerpo* (I Cor 6, 20).

5º) Porque esto redundó en mayor dignidad de Cristo, de modo que, así como el hombre había sido vencido y engañado por el diablo, así también fuese el hombre quien venciese al diablo; y así como el hombre mereció la muerte, del mismo modo el hombre venciese a la muerte muriendo. Por eso se dice: *Gracias a Dios, que nos dio la victoria por nuestro Señor Jesucristo* (Cor 15, 57).

## *Quinto Domingo de Cuaresma*

### LA PASIÓN DE CRISTO

*Como Moisés levantó la serpiente en el desierto; así también es necesario que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquél que crea en él, no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn 3, 14-15)*

Tres cosas se han de considerar aquí:

1º) La figura de la Pasión: *Como Moisés levantó la serpiente en el desierto*. Al decir el pueblo judío: *A nuestra alma le da náuseas este manjar de poquísima substancia* (Num 21, 5), el Señor envió serpientes para vengarse; después ordenó que se hiciese para remedio una serpiente de bronce, que fue remedio contra las serpientes y figura de la Pasión. Propio de la serpiente es tener veneno, más la serpiente de bronce no tuvo veneno, sino que fue figura de la serpiente venenosa. Así, Cristo no tuvo pecado, que es veneno, sino que tuvo semejanza de pecado, como dice el Apóstol: *Enviando Dios a Su Hijo en semejanza de carne de pecado* (Rom 8, 3). Por lo tanto, tuvo Cristo el efecto de la serpiente contra el movimiento de las concupiscencias encendidas.

2º) Modo de la Pasión: *Así es también necesario que sea levantado el Hijo del hombre*, lo cual se entiende de la elevación de la Cruz. Pero quiso morir levantado:

Para purificar las cosas celestiales. Ya había purificado la tierra con la santidad de su vida; restaba purificar las celestiales por la muerte.

Para triunfar de los demonios que en el aire preparan la guerra.

Para atraer a sí mismo nuestros corazones. *Si yo fuere alzado de la tierra, todo lo atraeré a mí mismo* (Jn 12, 32).

Porque fue exaltado en la muerte de Cruz, en cuanto que allí triunfó de los enemigos; de ahí que no se llame muerte sino exaltación. *Del torrente beberá en el camino, por lo cual ensalzará la cabeza* (Sal 109, 7).

Porque la Cruz fue causa de su exaltación. *Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también lo ensalzó* (Filip 2, 8-9).

3º) Fruto de la Pasión. El fruto es la vida eterna. Por eso dice: *Para que todo aquél que crea en él, obrando bien, no perezca, sino que tenga vida eterna.* Este fruto corresponde al fruto de la serpiente figurativa. Porque cualesquiera que miraban la serpiente de bronce, eran librados del veneno y sus vidas eran preservadas. Contempla al Hijo del hombre exaltado el que cree en Cristo crucificado, y así es librado del veneno y del pecado, y es reservado para la vida eterna.

(In Joan., III)

### *Lunes de la quinta semana de Cuaresma*

## **LA PASIÓN DE CRISTO ES REMEDIO CONTRA LOS PECADOS**

En la Pasión de Cristo encontramos remedio contra todos los males en que incurrimos por el pecado. En cinco especies de males incurrimos por el pecado.

1º) En la mancha. Porque, cuando el hombre peca, afea su alma; pues así como la virtud es la hermosura del alma, del mismo modo el pecado es su mancha. *¿Cómo es, Israel, que estás en tierra de enemigos? Has envejecido en tierra ajena, te has contaminado con los muertos* (Baruc 3, 10-11). La Pasión de Cristo borra esta mancha, porque Cristo con su Pasión hizo un baño de su sangre, para lavar a los pecadores. El alma se lava con la sangre de Cristo en el Bautismo, el cual, en virtud de la sangre de Cristo, tiene una virtud regenerativa. Por eso cuando alguno se mancha por pecado, injuria a Cristo, y peca más gravemente que antes.

2º) En la ofensa de Dios. Porque así como el hombre carnal ama la hermosura carnal, así Dios ama la espiritual, que es la hermosura del alma. Cuando, pues, el alma se mancha por el pecado, es ofendido Dios, y él tiene odio al pecador. Mas la Pasión de Cristo remueve esto, pues él satisfizo a Dios Padre por el pecado, por el que el hombre no podía satisfacer. Su caridad y su obediencia fueron mayores que el pecado y la prevaricación del primer hombre.

3º) En la debilidad. Porque el hombre, pecando una vez, cree que después podrá abstenerse del pecado; pero ocurre todo lo contrario; pues por el primer pecado se debilita y se hace más propenso a pecar, y el pecado domina más al hombre, y éste, en cuanto de él depende, se pone en un estado

del que no se levanta; como el que se arroja a un pozo, si no es alzado por la virtud divina. Por consiguiente, después que pecó el hombre, fue debilitada y corrompida su naturaleza; y desde entonces está más propenso a pecar.

Pero Cristo disminuyó esa enfermedad y debilidad, aunque no la destruyó del todo; sin embargo, de tal modo fue confortado el hombre por la Pasión de Cristo, debilitado el pecado, que no le domina tanto, y puede el hombre hacer esfuerzos, ayudado por la gracia de Dios, la cual se confiere por los sacramentos, que tienen su eficacia de la Pasión de Cristo, de suerte que el hombre puede apartarse de los pecados. Antes de la Pasión de Cristo se encontraron pocos que viviesen sin pecado mortal, pero después de ella muchos vivieron y viven sin pecado mortal.

4º) En el reato de pena. Porque exige la justicia de Dios que cada cual sea castigado, cuando peca. La pena se mide por la culpa. De ahí que como la culpa del pecado mortal es infinita, en cuanto se comete contra el bien infinito, Dios, cuyos preceptos desprecia el pecador, la pena debida al pecado mortal es infinita.

Pero Cristo nos quitó esa pena por su Pasión, y él mismo la sufrió; como dice el Apóstol San Pedro (I Ped 2, 24): *Llevó nuestros pecados*, es decir, la pena del pecado, en su cuerpo. Porque fue de tanta virtud la Pasión de Cristo, que bastó para expiar todos los pecados de todo el mundo, aunque hubiesen sido cientos de miles. De ahí, que los bautizados sean aliviados de todos pecados; de ahí también que el sacerdote perdone los pecados; de ahí que quien más se conforme a la Pasión de Cristo y se adhiera a ella, consiga mayor perdón y merezca más gracia.

5º) Incurrimos en el destierro del reino. En efecto, los que ofenden a los reyes son obligados a salir del reino. Del mismo modo, el hombre es arrojado del paraíso a causa del pecado. Por eso Adán fue expulsado del paraíso inmediatamente después del pecado, y fue cerrada la puerta de aquél.

Pero Cristo, con su Pasión, abrió aquella puerta y volvió a llamar al reino a los desterrados. Pues una vez abierto el costado de Cristo, fue abierta la puerta del paraíso, y una vez derramada su sangre, fue lavada la mancha, aplacado Dios, destruida la enfermedad, expiada la pena y los desterrados llamados al reino. Por eso, se dijo al instante al ladrón: *Hoy estarás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43) Esto no se dijo anteriormente, ni a Adán, ni a Abraham, ni a David. Pero hoy, es decir, cuando fue abierta la puerta, el ladrón pidió y obtuvo el perdón. *Teniendo confianza de entrar en el santuario por la sangre de Cristo* (Hebr 10, 19)

(In Symb.)

## *Martes de la quinta semana de Cuaresma*

### **SEPULTURA DE CRISTO**

*Ha hecho conmigo una buena obra... Porque derramando ésta este unguento en mi cuerpo, para sepultarme lo hizo (Mt 26, 10.12)*

Fue conveniente que Cristo fuese sepultado:

1º) Para comprobar la verdad de su muerte; pues nadie es puesto en el sepulcro, sino cuando ya consta la verdad de la muerte. Por eso se lee en la Escritura que Pilatos, antes de permitir que Cristo fuese sepultado, hizo examinar con exquisita diligencia si estaba muerto (Mc 15, 44-45)

2º) Porque por lo mismo que Cristo resucitó del sepulcro, da la esperanza de resucitar por él a los que están en el sepulcro, según aquello: *Todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios; y los que hicieron bien irán a resurrección de vida (Jn 5, 28-29).*

3º) Para ejemplo de los que por la muerte de Cristo mueren espiritualmente a los pecados, esto es, los que se esconden de la conturbación de los hombres. Por eso se dice: *Porque estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col 3, 3)* Por lo que también los bautizados, que mueren a los pecados por la muerte de Cristo, son como consepultados con Cristo por la inmersión, conforme a aquello a los Romanos: *Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo (6, 4).*

Así como la muerte de Cristo obró eficientemente nuestra salvación, así también su sepultura. Por lo cual dice San Jerónimo<sup>21</sup>: "Resucitamos por la sepultura de Cristo". Sobre aquello de Isaías: *A los impíos dará por su sepultura (53, 9)*, dice la Glosa: esto es, a los gentiles que estaban sin piedad, los dará a Dios Padre; porque los adquirió muriendo y siendo sepultado.

Y en el salmo (87, 5-6) se lee: *He venido a ser como hombre sin socorro, libre entre los muertos.* Porque Cristo, siendo sepultado entre los muertos, demostró haber sido libre, porque su encerramiento en el sepulcro no pudo impedir que saliese de él resucitado.

(3ª, q. LI, a. 1)

---

<sup>21</sup> *Sobre el Evangelio de Mateo.*

## *Miércoles de la quinta semana de Cuaresma*

### **SEPULTURA ESPIRITUAL**

Por el sepulcro se significa la contemplación celestial. Por eso sobre aquello de Job (3, 22): *Y se gozan en extremo cuando hallan el sepulcro*, dice San Gregorio: "Así como el cuerpo en el sepulcro, del mismo modo el alma, muerta al mundo, se esconde en la contemplación divina, donde está tranquila de todo estrépito mundano, durante los tres días de sepultura, como con tres inmersiones: *Los esconderás en el secreto de tu rostro de la conturbación de los hombres* (Sal 30, 21) Los atribulados, los vejados por los oprobios de los hombres, entrando espiritualmente en la presencia de Dios, no son turbados.

Tres cosas son necesarias para esta sepultura espiritual en Dios, a saber: que el alma se ejercite en las virtudes; que toda ella se haga pura y cándida; que muera totalmente a este mundo, las cuales cosas se encuentran místicamente verificadas en la sepultura de Cristo.

La primera está señalada por San Marcos (14, 8), donde se lee que María Magdalena se adelantó a ungir el cuerpo de Jesús para la sepultura, pues el unguento de nardo espique designa las virtudes por su preciosidad, ya que nada hay más precioso en esta vida que las virtudes.

El alma santa que quiere ser sepultada en la contemplación divina, debe, por lo tanto, primeramente ser ungida por el ejercicio de la virtud. Por eso se dice en Job (5, 26): *Entrarás con abundancia en el sepulcro*, esto es, de la contemplación divina, según dice la Glosa: *Como se encierra el montón de trigo a su tiempo*. A lo que añade la Glosa: "porque el tiempo de la acción es premio de la contemplación eterna; y es necesario que el perfecto ejercite primero su alma en las virtudes, y la esconda después en el granero del reposo".

La segunda se halla expresada en San Marcos (15, 46). Allí se lee que José compró una sábana, porque la sábana es un paño de lino, blanqueado con mucho trabajo. Por eso significa el candor interior del alma, a cuya perfección se llega con gran trabajo. *El que es justo, sea aun justificado* (Ap 22, 11). *También nosotros andemos en novedad de vida* (Rom 6, 4), avanzando de lo bueno a lo mejor, y por la justicia de la fe, a la esperanza de la gloria. Así, pues, deben, los hombres esconderse en el sepulcro de la contemplación divina con candor de limpieza interior. Por lo cual, sobre aquello de Mateo: *Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a*

*Dios* (5, 8), dice San Jerónimo: El Señor, puro, es mirado por el corazón puro.

La tercera está expresada por las palabras de San Juan: *Y Nicodemo... vino también trayendo una confección, como de cien libras, de mirra y de áloe* (Jn 19, 39), porque mediante la cien libras de mirra y de áloe, con las cuales se conserva incorrupta la carne, se designa la perfecta mortificación de los sentidos exteriores; por la cual la mente se conserva muerta al mundo para no ser corrompida por los vicios, según aquello del Apóstol: *Aunque este nuestro hombre, que está fuera, se debilite; pero el que está dentro, se renueva de día en día* (2 Cor 4, 16), esto es, se purifica más intensamente de los vicios continuamente por el fuego de la tribulación.

Por consiguiente, el alma del hombre debe primero morir a este mundo con Cristo, y después ser sepultada con él en el secreto de la contemplación divina. Por eso dice el Apóstol: *Porque estáis ya muertos a las cosas vanas y caducas, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col 3, 3)

(*De Humanit. Christi*, cap. XLII)

### *Jueves de la quinta semana de Cuaresma*

## **LA MAYOR SEÑAL DEL AMOR DE CRISTO**

Parece que Cristo nos dio mayor prueba de amor entregando su cuerpo en comida que padeciendo por nosotros. Porque el amor de la patria es más perfecto que el amor de aquí abajo. Pero aquel beneficio que Cristo nos dio, entregándonos su cuerpo en manjar, más se asimila a la caridad de la patria en la que disfrutaremos plenamente de Dios. Y la Pasión que sufrió por nosotros más se asimila a la caridad de esta vida, en la cual nos estamos expuestos a padecer por Cristo. Luego es mayor señal de amor el habernos dado Cristo su cuerpo en comida, que el haber padecido por nosotros.

Mas en contra está lo que se dice en San Juan: *Ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos* (Jn, 15, 13).

Cuando se trata del amor de los hombres nada hay más poderoso que el amor con que uno se ama a sí mismo. Y por consiguiente, a ese amor debe tornarse como medida de todo amor para los demás. Corresponde al amor con que uno se ama a sí mismo querer el bien para sí. Por eso es evidente que uno ama tanto más a otro, cuanto más abandona el bien propio en favor del amigo, conforme a aquello de los Proverbios: *El que por el amigo no*

*hace caso del daño, es justo (12, 26).*

Mas el hombre quiere para sí un triple bien: su alma, su cuerpo y los bienes exteriores. Es, pues, prueba de amor el padecer detrimento en las cosas exteriores por amor a otro. Pero es mayor señal de amor, si alguien sufre también detrimento en su propio cuerpo, ya sean trabajos, ya azotes, por el amigo.

Mas la mayor prueba de amor será abandonar la vida, muriendo por su amigo.

Luego la mayor prueba del amor de Cristo fue sacrificar su vida padeciendo por nosotros. El habernos dado su cuerpo como manjar en el sacramento, no le causó ningún detrimento. De donde resulta evidente que lo primero es la mayor señal de amor. Por esto este sacramento es memorial y figura de la Pasión de Cristo. Mas la verdad es más excelente que la figura; y la realidad más que el memorial.

Ciertamente la dádiva del cuerpo de Cristo en el sacramento es una figura del amor con que Dios nos ama en la patria; mas su Pasión pertenece al mismo amor de Dios, que nos saca de la perdición para llevarnos a la patria. No obstante el amor de Dios no es mayor en el cielo de lo que es al presente.

*(Quodl. V, q. III, a. 2)*

### *Viernes de la quinta semana de Cuaresma*

## **COMPASIÓN DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA**

*Una espada traspasará tu alma de ti misma (Lc 2, 35).*

En estas palabras se advierte la gran compasión de la bienaventurada Virgen hacia Cristo. Conviene saber que cuatro cosas hicieron sobremanera amarga la Pasión de Cristo a la bienaventurada Virgen.

Primero, la bondad del Hijo, *que no hizo pecado, ni fue hallado engaño en su boca* (1 Ped 2, 22); segundo, la crueldad de los que le crucificaron, pues ni siquiera quisieron dar agua al moribundo, ni permitieron que la madre se la diera, aun cuando ella diligentemente se la hubiese dado; tercero, la ignominia del suplicio: *Condenémosle a la muerte más infame* (Sab 2, 20); cuarto, la crueldad del tormento: *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended, y mirad, si hay dolor como mi dolor* (Lam 1,

12)

(Serm).

Orígenes<sup>22</sup> y algunos otros doctores entienden aquellas palabras de Simeón: *Una espada traspasará tu alma de ti misma* (Lc 2, 35), del dolor que padeció la Bienaventurada Virgen en la Pasión de Cristo. Pero San Ambrosio dice que la espada significa la prudencia de María que no ignoraba el misterio celestial; porque la palabra de Dios es viva y fuerte y más aguda que la espada más afilada.

Pero otros entienden por espada la duda, pues dice San Agustín que "la Bienaventurada Virgen dudó con cierto estupor de la muerte del señor"<sup>23</sup>; pero esa duda no debe entenderse, sin embargo, como duda de infidelidad, sino de admiración y discusión; porque dice San Basilio<sup>24</sup> que al asistir la Bienaventurada Virgen a la crucifixión y observarlo todo, después del testimonio de Gabriel, después del conocimiento inefable de la divina concepción, después de haber sido testigo de tantos milagros, vacilaba su espíritu, al verle, por un lado, sufrir tormentos ignominiosos, y por otro, al considerar sus maravillas.

(3<sup>a</sup>., q. XXVII, a. 4, ad 2<sup>um</sup>)

...Aun cuando la Santísima Virgen conoció por la fe que Dios quería que Cristo padeciese, y conformó su voluntad al querer divino, como hacen los perfectos, la Bienaventurada estaba triste por la muerte de Cristo, por cuanto la voluntad inferior repugnaba esa cosa particularmente querida, y esto no es contrario a la perfección.

(I Dist. 48, q. única, a. III).

### *Sábado de la quinta semana de Cuaresma*

## **CÓMO DEBEMOS LAVARNOS LOS PIES LOS UNOS A LOS OTROS**

*Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros* (Jn, 13, 14)

Quiere el Señor que los discípulos imiten su ejemplo, pues dice: *Si yo,*

<sup>22</sup> Hom. XVII in Luc.

<sup>23</sup> Erróneamente se atribuye a San Agustín. Se trata de otro autor en Quaest. veteris et novi Testamenti, q. 73.

<sup>24</sup> Epist. ad Optimum, 317

que soy mayor, porque soy maestro y Señor, os he lavado los pies, también vosotros, con más motivo, que sois menores, que sois discípulos y siervos, *debéis lavaros los pies los unos a los otros*. Por eso dice el mismo Cristo: *El que quiere ser mayor, sea vuestro criado... El Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir* (Mt 20, 26.28)

Según San Agustín<sup>25</sup>, todo hombre debe lavar los pies de otro, o corporalmente o espiritualmente. Mucho mejor es y más verdadero, sin discusión alguna, que uno lo haga realmente, y que el cristiano no se desdeñe de hacer lo que hizo Cristo. Porque cuando el cuerpo se inclina ante los pies del hermano, también se excita el sentimiento de humanidad en el mismo corazón, o si ya existía en él, se robustece dicho sentimiento. Si no se hiciera de obra, debemos hacerlo por lo menos con el corazón. Pues en el lavatorio de los pies, se da a entender el lavatorio de las manchas. Lavas, pues, espiritualmente los pies de tu hermano, cuando limpias sus manchas, en cuanto de ti depende.

Esto se hace de tres maneras:

1º Perdonándole las ofensas, según aquello del Apóstol: *Sufriéndoos los unos a los otros, y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja del otro, así como el Señor os condonó a vosotros, así también vosotros* (Col 3, 13)

2º Orando por sus pecados, como dice Santiago: *Orad los unos por los otros, para que seáis salvos* (Sant 5, 16) Este doble modo de lavar es común a todos los fieles.

3º Pero el tercer modo corresponde a los prelados, quienes deben lavar perdonando los pecados con la autoridad de las llaves: *Recibid el Espíritu Santo; a los que perdonareis los pecados, perdonados les son* (Jn 20, 22-23).

También podemos decir que con este hecho nos mostró el Señor todas las obras de misericordia. Porque el que da pan al hambriento, lava sus pies, del mismo modo el que le da hospitalidad, y el que viste al desnudo, y así en lo demás. *Socorriendo las necesidades de los Santos* (Rom 12, 13).

(In Joan., XIII)

---

<sup>25</sup> Tract. 58.

# SEMANA SANTA

## *Domingo de Ramos*

### UTILIDAD EJEMPLAR DE LA PASIÓN DE CRISTO

La Pasión de Cristo es suficiente para informar totalmente nuestra vida. Pues quien desea vivir con perfección, no debe hacer otra cosa que despreciar lo que Cristo despreció en la cruz, y desear lo que Cristo deseó. Ningún ejemplo de virtud está ausente de la cruz.

Si buscas el ejemplo de la caridad, *ninguno tiene mayor amor que éste, que es poner su vida por sus amigos* (Jn 15, 13), y esto lo hizo Cristo en la cruz. Por consiguiente, si dio su alma por nosotros, no debe sernos pesado soportar por amor a él cualquier mal. *¿Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado?* (Sal 105, 12).

Si buscas ejemplo de paciencia, se encuentra excelentísimo en la cruz. Pues la paciencia es grande en dos cosas: o cuando se sufren pacientemente grandes males, o cuando se los soporta, y pudiéndoselos evitar, no se los evita. Mas Cristo sufrió grandes males en la cruz. *Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor como mi dolor* (Lam 1, 12) Lo sufrió pacientemente, *porque padeciendo no amenazaba* (1 Ped 2, 23) *Como oveja será llevado al matadero, y como cordero delante del que lo trasquila enmudecerá* (Is 53, 7). Asimismo, pudo evitarlos y no los evitó: *¿Por ventura piensas que no puedo rogar a mi Padre, y me dará ahora mismo más de doce legiones de ángeles?* (Mt 26, 53) Por lo tanto, la paciencia de Cristo en la cruz fue máxima. *Corramos con paciencia a la batalla, que nos está propuesta, poniendo los ojos en el autor y consumidor de la fe, Jesús, el cual habiéndole sido propuesto gozo, sufrió cruz, menospreciando la deshonra* (Hebr 12, 1-2)

Si buscas ejemplo de humildad, mira al crucificado; porque Dios quiso ser juzgado y morir bajo Poncio Pilato, cumpliéndose lo que dice el libro de Job (36, 17): *Tu causa ha sido juzgada como la de un impío.* Verdaderamente como la de un *impío*, por aquello de *condenémosle a la muerte más infame* (Sab 2, 20). El Señor quiso morir por el siervo, y él, que es la vida de los ángeles, quiso morir por los hombres.

Si buscas ejemplo de obediencia, sigue al que *se hizo obediente hasta*

*la muerte (Filip 2, 8) Porque como por la desobediencia de un solo hombre muchos fueron hechos pecadores; así también serán muchos hechos justos por la obediencia de uno solo (Rom 5, 19)*

Si buscas ejemplo del desprecio de lo terreno, sigue al que es Rey de reyes y Señor de los que dominan, en el cual están los tesoros de la sabiduría; y, sin embargo, aparece en la cruz, desnudo, burlado, escupido, herido, coronado de espinas, abrevado con hiel y vinagre, y muerto. Falsamente, pues, te dejas impresionar por los vestidos y las riquezas: *Se repartieron mis vestiduras* (Sal 21, 19); falsamente te seducen los honores, porque yo he sufrido escarnios y azotes; falsamente te inquietan las dignidades, pues: *Tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza* (Mt 27, 29); falsamente te conmueven las delicias, porque *en mi sed me dieron a beber: vinagre* (Sal 68, 22).

*(In Symb.)*

## **Lunes Santo**

### **NECESIDAD DE LA PERFECTA PURIFICACIÓN**

I. *Si no te lavare, no tendrás parte conmigo* (Jn 13, 8).

Nadie puede llegar a participar de la herencia eterna y ser coheredero de Cristo, si no está purificado espiritualmente, pues se dice en la Escritura: *No entrará ninguna cosa contaminada* (Ap 21, 27). *Señor, ¿quién habitará en tu tabernáculo?* (Sal 14, 1). *El inocente de manos y de corazón limpio* (Sal 23, 4) Como si dijese: *Si no te lavare, no estarás limpio, y si no estás limpio, no tendrás parte conmigo.*

II. Simón Pedro le dice: *Señor, no solamente mis pies, mas las manos también y la cabeza* (Jn 13, 9) Aterrado Pedro se ofrece todo él a ser lavado, turbado por el amor y el temor. Pues, como se lee en el *Itinerario* de Clemente, de tal modo estaba unido a la presencia corporal de Cristo, a la que fervorosísimamente había amado, que cuando se acordaba, después de la Ascensión de Cristo, de su presencia dulcísima y trato santísimo, se deshacía todo él en lágrimas hasta el punto que sus mejillas parecían abrasadas.

Es menester saber que en el hombre existen tres (miembros principales que deben ser purificados): la cabeza, que es la parte superior; los pies, que constituyen la ínfima, y las manos, que ocupan un lugar intermedio. Del

mismo modo en el hombre interior, es decir, en el alma, está la cabeza, que es la razón superior, con la que el alma se adhiere a Dios; las manos, esto es, la razón interior, que se ocupa de las obras activas, y los pies, que son la sensualidad. El Señor sabía que sus discípulos estaban purificados en cuanto a la cabeza, porque estaban unidos a Dios por la fe y la caridad; y en cuanto a las manos, porque sus acciones eran santas; pero en cuanto a los pies, tenían por la sensualidad algunos afectos terrenos.

Mas temiendo Pedro la amenaza de Cristo, no sólo consiente en la ablución de los pies, sino también en la de las manos y la cabeza, diciendo: *Señor, no, solamente mis pies, mas las manos también y la cabeza.* Como si dijese: Ignoro si necesito la ablución de las manos y de la cabeza; *Porque de nada me arguye la conciencia, mas no por eso soy justificado* (1 Cor 4, 4) Por consiguiente estoy preparado a la ablución no solamente de los pies, esto es, de los afectos inferiores, sino de las manos también, esto es, de las acciones, y de la cabeza, a saber, de la razón superior.

III. Jesús le dice: *El que está lavado, no necesita sino lavar los pies. Y vosotros limpios estáis* (Jn 13, 10). Dice Orígenes que estaban limpios, pero que todavía necesitaban mayor limpieza; porque la razón debe siempre emular carismas mejores, debe siempre subir a elevadas virtudes, brillar por el candor de la justicia. *El que es santo, sea aún santificado* (Ap 22, 11).

(In Joan., XIII)

## *Martes Santo*

### **PREPARACIÓN DE CRISTO AL LAVATORIO DE LOS PIES**

*Se levanta de la cena, y se quita sus vestiduras; y tomando una toalla, se la ciñó* (Jn 13, 4).

I. Cristo se muestra servidor por amor a la humildad, conforme a aquello de San Mateo: *El; Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en redención por muchos* (20, 28).

Para ser buen servidor se requieren tres cosas: 1º) Que sea circunspecto para ver todas las cosas que pueden faltar en el servicio; para lo cual sería gran inconveniente estar sentado o recostado; por eso la actitud del servidor es estar de pie. Por lo cual dijo: *Se levanta de la cena.* Y el evangelista San Lucas: *Porque ¿cuál es mayor, el que está sentado a la mesa, o el que*

*sirve?* (22, 27)

2º) Que esté expedito para poder ejecutar convenientemente todas las cosas necesarias al servicio; y para esto es un obstáculo el exceso de vestidos. Por eso el Señor *se quita sus vestiduras*. Esto fue simbolizado en el Génesis cuando Abrahán eligió siervos expeditos (Gen 17).

3º) Que sea pronto para servir, es decir, que posea todas las cosas necesarias para el servicio. En el Evangelio de San Lucas se dice que *Marta estaba afanada de continuo en las haciendas de la casa* (10, 40). De ahí que el Señor *tomando una toalla, se la ceñó*, para, de este modo, estar preparado, no solamente a lavar los pies, sino también a enjugados. Con lo cual, el que salió de Dios y volvió a Dios, nos enseña a conculcar toda hinchazón, lavando los pies.

II. *Echó después agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies a los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido* (Jn 13, 5). Aquí se expresa el obsequio de Cristo; en el cual brilla su humildad de tres maneras.

1º) Por la naturaleza del obsequio, que fue muy humilde, a saber: que el Señor de la majestad se inclinase a lavar los pies de los siervos.

2º) Por la multitud del obsequio, pues puso el agua en el lebrillo, lavó los pies, los limpió, etc.

3º) Por modo de obrar, pues no lo hizo por medio de otros o con la ayuda de otros, sino por sí mismo, cumpliéndose aquello del Eclesiástico: *Cuanto mayor eres, humíllate en todas las cosas* (3, 20)

(*In Joan.*, XIII)

### ***Miércoles Santo***

## **TRES CONSIDERACIONES MÍSTICAS EN TORNO AL LAVATORIO DE LOS PIES**

*Echó agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla, con que estaba ceñido* (Jn 13, 5)

Aquí pueden entenderse místicamente tres cosas.

1º) Por la acción de poner agua en el lebrillo se significa la efusión de su sangre sobre la tierra. Puesto que la sangre de Jesús puede llamarse agua por la virtud que tiene de lavar. De ahí que simultáneamente saliera agua y

sangre de su costado para dar a entender que aquella sangre lavaba los pecados. También puede entenderse por el agua la Pasión de Cristo. Pues *echó agua en un lebrillo*, esto es, imprimió en las almas de los fieles, por la fe y la devoción, el recuerdo de su Pasión. *Acuérdate de mi pobreza, y tras-paso, del ajeno, y de la hiel* (Lam 3, 19).

2º) Por aquello que dice: *y comenzó a lavar*, se alude a la imperfección humana. Porque los Apóstoles, después de Cristo, eran más perfectos, y no obstante necesitaban de la ablución, porque tenían algunas manchas; para dar así a entender que aun cuando el hombre sea perfecto, necesita perfeccionarse más; y contrae algunas manchas, según aquello de los Proverbios: *¿Quién puede decir: Limpio está mi corazón, puro soy de pecado?* (20, 9) Pero estas manchas las tienen en los pies solamente. Otros, al contrario, no sólo están manchados en los pies, sino totalmente. Pues se manchan totalmente con las impurezas terrenas los que yacen sobre ellas; de ahí que quienes totalmente, en cuanto al afecto y en cuanto a los sentidos, estén apegados al amor de lo terreno, sean enteramente inmundos.

Pero los que están de pie, esto es, los que con el espíritu y el deseo tienden a las cosas celestiales, sólo contraen manchas en los pies. Pues así como el hombre que está de pie se ve obligado a tocar la tierra, al menos con los pies, del mismo modo, mientras vivimos en esta vida mortal, que necesita de las cosas terrenas para sustentación del cuerpo, contraemos algunas impurezas, al menos, por la sensualidad. Por eso el Señor mandó a los discípulos que sacudiesen el polvo de sus pies (Luc 9, 5) Pero se dijo: *comenzó a lavar*, porque la ablución de los afectos terrenos comienza aquí y termina en el futuro.

Así, pues, la efusión de su sangre está simbolizada por la acción de poner agua en el lebrillo; y la ablución de nuestros pecados, por la acción de haber comenzado a lavar los pies de los discípulos.

3º) Aparece también la aceptación de nuestras penas sobre sí mismo. Pues no sólo lavó nuestras manchas, sino que tomó sobre sí las penas debidas por aquéllas. Porque nuestras penas y penitencias no serían suficientes, si no estuvieran cimentadas en los merecimientos y en la virtud de la Pasión de Cristo. Lo cual se simboliza por aquello de haber limpiado los pies de los discípulos con la toalla, es decir, con el lienzo de su cuerpo.

(In Joan., XIII)

## *Jueves Santo*

### **LA CENA DEL SEÑOR**

Convenientemente fue instituido en la cena el sacramento del Cuerpo del Señor.

1º) Por razón del contenido de este sacramento. Pues en él se contiene el mismo Cristo. Antes de separarse de los discípulos en su forma propia, se queda con ellos bajo la forma sacramental, como en la ausencia de un emperador se presenta su imagen. Por eso dice San Eusebio: Como debía quitar de los ojos corporales el cuerpo que había tomado, y llevarlo a los cielos, era necesario que el día de la cena consagrarse para nosotros el sacramento de su cuerpo y sangre, para que se pudiese honrar perpetuamente por el misterio lo que una sola vez se ofrecía como precio (de nuestro rescate).

2º) Porque sin la fe en la Pasión nunca pudo existir salvación. Por lo tanto, fue necesario que en todo tiempo existiese entre los hombres algo que representase la Pasión del Señor, cuya principal figura en el testamento antiguo fue el cordero pascual. En el testamento nuevo reemplazó al cordero pascual el sacramento de la Eucaristía; que es un memorial de la Pasión del Señor, realizada en el pasado, como aquél fue figura de la Pasión futura. Fue, por lo tanto, conveniente que en vísperas de la Pasión, y celebrado el anterior sacramento, se instituyese el nuevo.

3º) Porque las cosas que dicen los amigos al separarse para siempre se graban más en la memoria, principalmente porque entonces se inflama más el amor a los amigos; y las cosas que más impresionan se graban más profundamente en el alma. Ahora bien, porque entre los sacrificios nada puede ser mayor que el cuerpo y la sangre de Cristo, ni más poderoso que esta oblación, por eso, para que fuese tenida en mayor veneración, el Señor instituyó este sacramento la víspera de separarse de sus discípulos. Esto mismo es lo que dice San Agustín: "El Salvador, a fin de recomendar más intensamente la grandeza de aquel misterio, quiso fijarlo el último en los corazones y en la memoria de los discípulos, de los cuales había de separarse por la Pasión."

Pero debe advertirse que este sacramento tiene una triple significación.

1º) Respecto al pasado, esto es, en cuanto es conmemorativo de la Pasión del Señor, que fue un verdadero sacrificio, y por esto se llama sa-

crifício.

2º) Respecto a la realidad presente, esto es, a la unidad de la Iglesia, y para que los hombres se unan estrechamente por este sacramento; y por esto se llama comunión. Dice San Juan Damasceno que se llama comunión porque por él comunicamos con Cristo, y participamos de su carne y divinidad, y por él nos comunicamos y unimos recíprocamente.

3º) Respecto al futuro, por cuanto es prefigurativo del goce de Dios, que tendrá lugar en la patria celestial; y por eso se llama viático, pues nos ofrece el medio de llegar allá. Bajo este aspecto se llama asimismo Eucaristía, esto es, buena gracia, pues *la gracia de Dios es vida perdurable* (Rom 6, 23), o porque contiene realmente a Cristo, que está lleno de gracia. También se llama en griego *metalepsis*, es decir, asunción, porque por él tomamos la divinidad del hijo de Dios.

(*De Humanitate Christi*).

## *Viernes Santo*

### **MUERTE DE CRISTO**

Fue conveniente que Cristo muriese.

1º) Para complemento de nuestra redención; porque aun cuando la Pasión de Cristo tuvo virtud infinita por la unión de la divinidad, sin embargo, no por cualquier sufrimiento se hubiera completado la redención del género humano, sino por la muerte. Por eso dice el Espíritu Santo por boca de Caifás: *Os conviene que muera un hombre por el pueblo* (Jn 11, 50). Por lo cual dice San Agustín: "Admirémonos, congratulémonos, alegrémonos, amemos, alabemos, adoremos, porque por la muerte de nuestro Redentor hemos sido llamados de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, del destierro a la patria, del llanto al gozo."

2º) Para acrecentamiento de la fe, la esperanza y la caridad. Del aumento de la fe se dice en el Salmo (140, 10): *Solo estoy yo hasta que yo, pase adelante*, del mundo al Padre. Cuando yo haya pasado al Padre, entonces me multiplicaré. *Si el grano de trigo que cae en la tierra no muriere, él solo queda* (Mt 12, 24) Del acrecentamiento de la esperanza dice el Apóstol: *El que aun a su propio Hijo no perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos donó también con él todas las cosas?* (Rom 8, 32) No se puede negar que es menos dar todas las cosas que entregarlo a la

muerte por nosotros. A este respecto dice San Bernardo: ¿Quién no se dejará arrebatado a la esperanza de lograr perdón, si atiende a la posición del cuerpo crucificado, a saber, la cabeza inclinada para besar, los brazos extendidos para abrazar, las manos perforadas para colmar de bienes, el costado abierto para amar, los pies clavados para permanecer con nosotros? *Levántate, amiga mía... y ven, paloma mía, en los agujeros de la peña..* (Cant 2, 13-14) En las llagas de Cristo vive y anida la Iglesia, cuando pone la esperanza de su salvación en la Pasión del Señor, y por eso confía que ha de ser protegida de las asechanzas del gavilán, es decir, del diablo.

Del aumento de la caridad se lee en el Eclesiástico: *Al mediodía quema a la tierra* (43, 3), esto es, en el fervor de la Pasión inflama a los terrenos a amar. Y San Bernardo dice: "Sobre todas las cosas, buen Jesús, te me ha hecho amable el cáliz que has bebido. La obra de nuestra redención fácil y absolutamente conquista para sí todo nuestro amor; esto es lo que más suavemente alienta nuestra devoción, más justamente la eleva, más estrechamente la obliga, y más intensamente la afecta."

3º) Para el misterio de nuestra salvación, para que muriésemos a este mundo a semejanza de su muerte: *Escogió mi alma la horca, y mis huesos la muerte* (Job 7, 15) Y San Gregorio comenta esto diciendo: "El alma es la intención del espíritu, los huesos la fortaleza de la carne. Lo que se suspende, es elevado de abajo. El alma, pues, se suspende hacia lo eterno, para que mueran los huesos, porque por amor de la vida eterna destruye en nosotros toda fortaleza de la vida exterior." Señal de esta muerte es ser despreciados por el mundo. Por eso añade San Gregorio: "El mar retiene en sí los cuerpos vivos; y a los muertos los arroja luego de sí."

(*De Humanitate Christi*, cap. 47)

## *Sábado Santo*

# **UTILIDAD DEL DESCENDIMIENTO DE CRISTO A LOS INFIERNOS**

Cuatro lecciones podemos sacar para nuestra instrucción del descendimiento de Cristo a los infiernos:

1º) Una firme esperanza en Dios. Porque cualquiera que sea la aflicción que le atormente, debe esperar siempre la ayuda de Dios y confiar en él. Porque nada hay más cruel que estar en el infierno. Ahora bien, si

Cristo libró a los que estaban en el infierno, mucho más debe confiar el que es amigo de Dios, que será librado por él de cualquier angustia. Ésta (la sabiduría) *no desamparó al justo vendido, mas le libró de pecadores, y descendió con él al hoyo; y en las prisiones no le desamparó* (Sab 10, 13, 14) Y porque Dios ayuda de manera especial a sus siervos, debe estar muy seguro el que sirve a Dios. *El que teme al Señor de nada temblará, ni tendrá pavor; porque el mismo es su esperanza* (Eclo 34, 16).

2º) Debemos concebir temor y desechar la presunción. Porque si Cristo padeció por los pecadores y bajó a los infiernos, no libró, sin embargo, a todos, sino únicamente a los que estaban sin pecado mortal; pero dejó allí a los que habían muerto en pecado mortal. Por consiguiente, ninguno que baje allí con pecado mortal, espere perdón; sino que estará en el infierno el tiempo que los santos Padres estarán en el paraíso, o sea, eternamente.

3º) Debemos ser solícitos. Porque Cristo descendió a los infiernos por nuestra salvación, y nosotros debemos preocuparnos por bajar allá frecuentemente, meditando en las penas, como hacía el santo profeta Ezequías: *Yo dije: En el medio de mis días iré a las puertas del infierno* (Is 38, 10) Porque el que en vida desciende frecuentemente allí por la meditación, no desciende fácilmente en la muerte; pues esa consideración le preserva del pecado y le aparta de él. Vemos que los hombres de este mundo se guardan de obrar mal por temor a la pena temporal; ¿con cuánta mayor razón deben evitar las acciones malas por temor a las del infierno, que son mayores por la duración, la acerbidad y el número? Por eso se dice en el Eclesiástico: *Acuérdate de tus postrimerías, y no pecarás jamás* (7, 40).

4º) De este hecho nos viene un ejemplo de amor. Cristo bajó a los infiernos para librar a los suyos; y, por consiguiente, también nosotros debemos bajar allá para socorrer a los nuestros. Pues ellos nada pueden y debemos, por lo tanto, socorrer a los que están en el purgatorio, Sería demasiado duro el que no socorriese a una persona querida que estuviese en la cárcel, pero mucho más duro es el que no socorre al amigo que está en el purgatorio, ya que no existe comparación alguna entre las penas del mundo y aquellas otras. *Apiadaos de mí* (Job 19, 21).

De tres maneras se las puede socorrer: por medio de misas, oraciones y limosnas. Esto no es extraño, porque también en este mundo puede un amigo satisfacer por su amigo.

(In Symb.).

# TIEMPO PASCUAL

## *Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor*

### NECESIDAD DE LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

*Era necesario que el Cristo padeciese y resucitase al tercer día de entre los muertos (Lc 24, 46).*

Fue necesario que Cristo resucitase por cinco motivos:

1º) Para recomendación de la justicia divina, a la cual pertenece exaltar a los que se humillan por Dios, según aquello: *Destronó a los poderosos, y ensalzó a los humildes* (Luc., I, 52) Luego, si Cristo se humilló hasta la muerte de cruz por amor y obediencia a Dios, era necesario que fuese ensalzado por Dios hasta la resurrección gloriosa; por lo cual se dice de su persona: *Tú conociste, esto es, aprobaste, mi sentarme, es decir, mi humildad y pasión, y mi levantarme, a saber, mi glorificación en la resurrección* (Sal 138, 2).

2º) Para instrucción de nuestra fe; porque por su resurrección fue confirmada nuestra fe en la divinidad de Cristo, como dice el Apóstol: *Si Cristo no resucitó, luego vana es nuestra predicación, y también es vana nuestra fe* (1 Cor 15, 14) Y en el Salmo 29, 10: *¿Qué provecho hay en mi sangre, esto es, en el derramamiento de mi sangre, si desciendo, como por ciertos escalones de males, a la corrupción?* Como si dijese: ningún provecho; "porque si no resucito al instante, y mi cuerpo se hubiese corrompido, a nadie predicaré ni ganaré a ninguno", como expone la Glosa.

3º) Para levantar nuestra esperanza, porque al ver resucitar a Cristo, que es nuestra cabeza, esperamos que también nosotros resucitaremos. Por eso se dice: *Si se predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos de vosotros que no hay resurrección de muertos?* (1 Cor 15, 12). Y en Job: *Yo sé, mediante la certeza de la fe, que mi redentor, esto es, Cristo, vive, habiendo resucitado de entre los muertos, y por lo tanto, en el último día he de resucitar: de la tierra... esta mi esperanza está depositada en mi pecho* (19, 25.27)

4º) Para informar la vida de los fieles, según aquello: *Como Cristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida* (Rom 6, 4); y mal adelante: *Habiendo Cristo*

*resucitado de entre los muertos, ya no muere; ... así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo (Ibíd. 9, 11).*

5º) Para complemento de nuestra salvación porque así como sufrió males y se humilló muriendo, para librarnos de los males, del mismo modo fue glorificado resucitando, para conducirnos a los bienes, según aquello: *El cual fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación (Rom 4, 25)* La Pasión de Cristo obró nuestra salvación en cuanto a remoción de los males; mas la resurrección, en cuanto a la incoación y modelo de los bienes (3ª, p. q. LIII, a. 1)

### *Lunes de la octava de Pascua*

## **UTILIDADES DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR**

Del misterio de la Resurrección del Señor podemos sacar cuatro enseñanzas para nuestra instrucción.

1º) Debemos procurar resucitar espiritualmente de la muerte del alma, en la que incurrimos por el pecado, a la vida de justicia que se logra por la penitencia. *Despierta tú que duermes y levántate de entre los muertos, y te alumbrará Cristo (Ef 5, 14)* Y ésta es la resurrección primera. *Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección*<sup>26</sup> (Apoc 20, 6).

2º) No debemos diferir el resucitar hasta la hora de la muerte; sino pronto; pues Cristo resucitó al tercer día: *No tardes en convertirte al Señor, y no lo dilates de día en día (Eclo 5, 8)*, porque, vejado por la enfermedad, no podrás pensar en las cosas que pertenecen a la salvación; y porque pierdes además la participación en todos los bienes que se hacen en la Iglesia, e incurres en muchos males perseverando en el pecado. Por otra parte, cuanto más tiempo posee el diablo, tanto más difícilmente abandona, como dice San Beda.

3º) Debemos resucitar a una vida incorruptible, de suerte que no muramos otra vez, es decir, que no pequemos más. *Habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñoreará más de él (Rom 6, 9)* Y más adelante: *Así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios, en nuestro Señor*

---

<sup>26</sup> Que muere en estado de gracia.

*Jesucristo. Por tanto no reine el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias. Ni ofrezcáis vuestros miembros al pecado por instrumentos de iniquidad, mas ofrecedos a Dios, como resucitados de los muertos (Ibíd. 11-13)*

4º) Debemos resucitar a una vida nueva y gloriosa, esto es, que evitemos todas aquellas cosas que antes fueron ocasiones y causa de muerte y de pecado. *Como Cristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida (Rom 6, 4)*. Y esta nueva vida es la vida de la justicia que renueva al alma y la conduce a la vida de la gloria.

(In Symb.).

### *Martes de la octava de Pascua*

## **LAS LLAGAS DE CRISTO RESUCITADO**

*Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acá tu mano, y métela en mi costado; y no se incrédulo, sino fiel (Jn, 20, 27)*

Fue conveniente que el alma de Cristo en resurrección tornase el cuerpo con las cicatrices de las llagas.

1º) Para gloria del mismo Cristo. Porque dice San Beda que "conservó las llagas, no por la impotencia de curarlas, sino para llevar siempre consigo el trofeo de su victoria<sup>27</sup>. Por eso dice también San Agustín que "tal vez en aquel reino veremos en los cuerpos de los mártires las cicatrices de las heridas que sufrieron por el nombre de Cristo, porque no serán en ellos deformidad, sino dignidad; y la belleza de su virtud brillará por ellas en cierto modo en su cuerpo"<sup>28</sup>.

2º) Para confirmar los corazones de sus discípulos en la fe de su resurrección.

3º) Para que al rogar al Padre por nosotros, manifieste siempre qué género de muerte padeció por el hombre.

4º) Para hacer ver a los que ha rescatado por su muerte, poniéndoles a su vista las señales de su suplicio, qué misericordia vino en su socorro.

Finalmente para hacer ver en el juicio (final) cuán justamente serán

---

<sup>27</sup> *Super Luc.*, cap. 97.

<sup>28</sup> *De civitate Dei*, lib. XXII, cap. 20.

condenados allí mismo (los réprobos). Por esta razón, como dice San Agustín: "Sabía Cristo por qué conservaba las cicatrices en su cuerpo; porque así como las mostró a Tomás, que no creía si no las tocaba y las veía, así también había de mostrarlas a los enemigos, para que convenciéndolos de la verdad les pudiera decir: He aquí al hombre a quien crucificasteis; mirad las llagas que le inferisteis; reconoced el costado que atravesasteis, pues por vosotros y para vosotros fue abierto, y sin embargo no quisisteis entrar"<sup>29</sup>.

Así, pues, aquellas cicatrices no son debidas a la corrupción o defecto, sino al mayor cúmulo de gloria, en cuanto son ciertas señales de su virtud, y en aquellos lugares de las llagas aparecerá cierto esplendor especial. Y siempre permanecerán en el cuerpo de Cristo, porque, como dice San Agustín: "Creo que el cuerpo del Señor está en el cielo como estaba cuando subió a él"<sup>30</sup>.

(3ª, q. LIV, a. 4)

### *Miércoles de la octava de Pascua*

## **CRISTO, RESURRECCIÓN Y VIDA**

I. *Yo soy la resurrección y la vida* (Jn 11, 25) El Señor muestra su virtud y poder que es vivificante. Debe saberse que, entre los que necesitan participar del efecto de la vida, unos tienen esa necesidad porque perdieron la vida, y otros, que no la perdieron, lo necesitan para conservar la que ya tienen. Así, pues, dice a los primeros: *Yo soy la resurrección*, porque los que perdieron la vida, por la muerte la recobran. Para los segundos dice: *y la vida*, porque por ella se conservan los vivos.

Ha de advertirse que por estas palabras: *Yo soy la resurrección*, ha de entenderse: yo soy la causa de la resurrección. Y en verdad Cristo es la causa total de nuestra resurrección, tanto del alma como del cuerpo. Y por eso cuando dice: *Yo soy la resurrección*, es como si dijese: Todo lo que resucita en las almas y en los cuerpos, resucita por mí. *Porque como la muerte fue por un hombre la resurrección de los muertos* (1 Cor 15, 21). Cuando digo que soy *la resurrección* es, porque soy *la vida*; pues corresponde a la vida el que algunos sean restituidos a ella, del mismo modo

---

<sup>29</sup> *De Symb.*, lib. II, cap. 8.

<sup>30</sup> *Ad Consentium*, epist. 205.

que pertenece al fuego el que una cosa apagada sea nuevamente encendida. *En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres* (Jn 1, 4).

II. Sigue un doble efecto:

1º) Vivifica a los muertos. *El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá. Yo soy la resurrección* (Jn 11, 25), esto es, la causa de la resurrección, y uno consigue el efecto de esta causa, creyendo en mí. Por eso dice: *El que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá*. Pues, por el hecho de creer, me posee en sí mismo: *Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones* (Ef 3, 17). El que me posee tiene en sí la causa de la resurrección; luego *el que cree en mí, vivirá*, es decir, con vida espiritual, resucitando de la muerte del pecado, y también con vida natural, resucitando de la muerte de la pena.

2º) Porque él es la vida, conserva a los vivientes en la vida. Por eso dice: *Y todo aquél que vive y cree en mí, con la vida de justicia, de la cual dice Habacuc: El justo en su fe vivirá* (Hab II, 4), *no morirá jamás*, esto es, con muerte eterna, sino que tendrá la vida eterna. *La voluntad de mi Padre, que me envió, es ésta: Que todo aquél que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna* (Jn 6, 40).

Esto no ha de entenderse en el sentido de que no morirá temporalmente con muerte de la carne; sino que de tal modo morirá alguna vez, que, habiendo resucitado, viva eternamente en el alma, hasta que resucite la carne que después no morirá nunca. Por eso añade: *y yo le resucitaré en el último día* (Ibíd.).

(In Joan., XI)

### *Jueves de la octava de Pascua*

## **TRES MUERTOS RESUCITADOS POR CRISTO**

I. Cristo resucitó tres muertos, a saber: a la hija del archisinagogo (Mt 9, 18 sgts), al hijo de la viuda, que era llevado fuera de la puerta (de la ciudad de Naím), como se lee en San Lucas (7, 11), y a Lázaro, que llevaba ya cuatro días en el sepulcro: A la niña la resucitó en la casa; al joven, fuera de la puerta de la ciudad; a Lázaro, en el sepulcro. Además, a la niña la resucitó en presencia de pocos testigos: el padre y la madre de la niña, y tres de sus discípulos, Pedro, Santiago y Juan; pero al joven en presencia de una gran muchedumbre; a Lázaro, delante de una multitud y con gemidos.

Por estos tres resucitados se designan tres clases de pecadores. Pues unos pecan consintiendo con el corazón en el pecado mortal; y éstos son simbolizados por la niña muerta en la casa.

Otros pecan por acciones y signos externos, y éstos son representados por el muerto que era llevado fuera de las puertas de la ciudad.

Pero cuando se afirman en el pecado por costumbre, entonces son encerrados en el sepulcro.

Sin embargo, el Señor los resucita a todos. Los que pecan únicamente por el consentimiento, y mueren pecando mortalmente, más fácilmente son resucitados. Y como su pecado es secreto, se curan con enmienda secreta. Pero cuando el pecado sale al exterior, entonces exige un remedio público.

II. *Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren, vivirán* (Jn 5, 25)

1º) Esto puede entenderse de la resurrección del cuerpo. *Viene la hora, y ahora es*, como si dijese: es verdad que todos resucitarán finalmente, pero también al presente es la hora en que algunos, a los cuales el Señor ha de resucitar, oirán su voz. Así la oyó Lázaro, cuando se le dijo: *Ven fuera* (Jn 11, 43); así la oyeron la hija del archisinagogo y el hijo de la viuda. Y dice claramente: *y ahora es*, porque por mí ya comienzan los muertos a resucitar.

2º) Puede referirse también a la resurrección del alma. Porque hay una doble resurrección: la de los cuerpos, que tendrá lugar, y todavía no se realiza, sino que se verificará en el juicio futuro; y la de las almas, de la muerte de la infidelidad a la vida de la fe, de la injusticia a la justicia, y esto *ya es ahora*. Por lo cual dice: *Viene la hora, y ahora es cuando los muertos, esto es, los infieles y los pecadores, oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren, vivirán*, según la verdadera fe.

(In Joan., V)

## *Viernes de la octava de Pascua*

### **LA NUEVA VIDA**

*Como Cristo resucitó de muerte a vida por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida* (Rom 6, 4).

Debe advertirse que la vida vieja es la vida terrestre, consumida por la vejez de los pecados, según aquello de Jeremías: *Hizo envejecida mi piel y*

*mi carne* (Lam 3, 4). A lo que dice la Glosa: De ahí que gima el alma, cuando es envejecida exteriormente como la piel, y la conciencia interiormente hermosa se consume como la carne, corrompida por el pus del pecado. Pero la nueva vida es vida celestial, que debe ser renovada de día en día por la gracia, según aquello: *Renovaos, pues, en el espíritu de vuestro entendimiento* (Ef 4, 23). Y a los Romanos: *Como Cristo resucitó de muerte a la vida por la gloria del Padre, así también nosotros* (Rom 6, 4) ¿Cómo resucitó Cristo? San Pablo lo dice luego: *Habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere* (Ibíd. 9) Y más adelante: *Así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo* (Ibíd. 11).

Advierte: Así como Cristo murió una vez, del mismo modo muera el pecado una vez en nosotros, y que no sea renovado. Así como Cristo, vive siempre, vivid también vosotros siempre por las virtudes, y esto en Jesucristo Señor nuestro; fuera de él no hay ninguna esperanza.

Sabemos que la vida se manifiesta por el movimiento, por lo cual la vida vieja se muestra por el movimiento de las acciones terrenas, de las cuales se dice: *Resolvieron fijar en tierra su ojos* (Sal 16, 11). Mas la vida nueva se manifiesta por el movimiento de las acciones celestiales, de las cuales dice el Apóstol: *Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba* (Col 3, 1). Y la Glosa añade: Pensad, retened con alegría las cosas halladas, y eso es lo que dice San Pablo: *Pensad en las cosas de arriba*.

*(De Humnitate Christi)*

### ***Sábado de la octava de Pascua***

## **PRUEBAS DE LA RESURRECCIÓN ESPIRITUAL**

Cristo probó su resurrección de tres maneras: por la vista: *Ved mis manos y mis pies* (Lc 34, 39); por el tacto, por lo cual continúa: *palpad y ved, que el espíritu no tiene carne*; por el gusto: *Mas como aún no le acabasen de creer y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?* (Ibíd. 41) Del mismo modo se demuestra la resurrección espiritual.

I. Por el aspecto de santidad: *A este modo ha de brillar vuestra luz delante de los hombres* (Mt 5, 16). San Agustín dice: "No ponga allí el hombre su fin, sino refiéralo a la alabanza de Dios; de ahí que prosiga el

evangelista: *y den gloria a vuestro Padre que está en los cielos*. El haber mostrado el Señor las manos y los pies significa que la resurrección espiritual se manifiesta por el sentimiento del amor divino y por el efecto de la buena obra. Por eso dice el Evangelista: *Tienes nombre, que vives, y estás muerto* (Apoc 3, 1), a saber, por falta de amor divino y falta de buenas obras."

II. Por el contacto de la adversidad. En varios lugares de la Escritura se lee: *El horno prueba las vasijas del ollero, y a los hombres justos la tentación de tribulación* (Eclo 27, 6): *El oro se prueba en la hornaza* (Prov 27, 21), esto es, el hombre es probado por la tribulación. *Acércate aquí, hijo mío, para que te toque* (Gen 27, 21). *Las cosas que antes no quería tocar mi alma, ahora por la congoja son mi comida* (Job 6, 7). A esto dice la Glosa: "Las cosas tristes del mundo son mi manjar a causa de la angustia. Ahora son manjares dulces a causa del amor y del deseo del cielo." Cuando el Señor dijo: *Palpad y ved, que el espíritu no tiene carne* (Lc 24, 39), significa místicamente que el hombre espiritual no se apoya en los consuelos carnales, sino en la esperanza de la patria celestial, que hace que no tema padecer las asperezas. Y sería éste mi consuelo, que afligiéndome con *dolor no me perdonara* (Job 6, 10).

III. Por el gusto de la suavidad interior y eterna. *Pensad en las cosas de arriba* (Col 3, 2). Por lo cual dice San Bernardo: "El que, después de las lamentaciones de la penitencia no retorna a los consuelos carnales, sino que se abandona con confianza a la misericordia divina, y se adentra en la devoción y gozo en el Espíritu Santo, y no tanto se compunge con el recuerdo de los pecados pasados cuanto se deleita en el recuerdo y se inflama en el deseo de los premios eternos, este ciertamente resucitará con Cristo; porque el deleite santo no es para el que está preocupado de los deseos mundanos. Ni pueden mezclarse cosas verdaderas con las vanas, las eternas con las caducas, las espirituales con las carnales, las ínfimas con las sublimes, de modo que guste igualmente las cosas de arriba y las de la tierra."

El que el Señor haga parte del pez asado y panal de miel simboliza místicamente que los resucitados espiritualmente deben gustar de antemano la dulzura de su divinidad y humanidad, simbolizadas por el pez asado y el panal de miel. San Gregorio dice: "¿Qué creemos que significa el pez asado, sino el crucificado mediador entre Dios y los hombres? Él se dignó ocultarse en las aguas del género humano, quiso ser cautivado con el lazo de nuestra muerte, y fue como asado por la tribulación en el tiempo de su Pasión. Pero el que se dignó hacerse pez asado en la Pasión, fue para nosotros panal de

miel en la resurrección; y el que quiso que la tribulación de su Pasión fuese figurada en el pez asado, quiso asimismo expresar las dos naturalezas de su persona en el panal de miel; porque el panal es miel en la cera; la miel en la cera es la divinidad en la humanidad"<sup>31</sup> .

(*De Humanitate Christi*, LVII)

## *Segundo Domingo de Pascua*

### **FIESTA DE LA DIVINA MISERICORDIA**

*Estando cerradas las puertas, en donde se hallaban juntos los discípulos, vino Jesús, y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros (Jn 20, 19).*

1º) Según algunos, entrar estando las puertas cerradas es propio del cuerpo glorioso, porque dicen que, en virtud de cierta condición de su estado, puede estar simultáneamente con otro cuerpo en el mismo lugar, en cuanto que es glorioso, y que esto se hizo y puede hacerse sin milagro. Pero esta opinión no tiene consistencia, y por lo tanto ha de decirse que esto lo hizo Cristo milagrosamente en virtud de su divinidad.

San Agustín dice: "¿Preguntas cómo pudo entrar estando las puertas cerradas? Si comprendes el modo, no es milagro. Donde desfallece la razón, la fe tiene su lugar"<sup>32</sup>. Y añade: "Bien pudo entrar no estando abiertas las puertas el que al nacer dejó intacta la virginidad de su madre." Así como su nacimiento de la virgen madre fue milagroso por virtud de su divinidad, igualmente lo fue esta entrada en el cenáculo.

Con ello se da a entender místicamente que Cristo se nos aparece cuando las puertas, esto es, los sentidos exteriores, están cerrados en la oración. *Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto (Mt 6, 6).*

También se describe la disposición de los discípulos, para que la imitemos. Estaban reunidos, lo que no está exento de misterio. Cristo vino a los que estaban reunidos, el Espíritu Santo descende a los reunidos, porque Cristo y el Espíritu Santo no están presentes sino a aquellos que están congregados en caridad. *Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy en medio de ellos (Mt 18, 20).*

<sup>31</sup> *Homil. XXIV, in Joan. XXI, 1-14.*

<sup>32</sup> *Serm. De pass.*

2º) *Vino Jesús y se puso en medio de los discípulos.* Él mismo vino personalmente, como les había prometido: *Voy y vengo a vosotros* (Jn 14, 28). *Se puso en medio*, para que todos lo reconociesen con seguridad, y también para mostrar la conformidad de su naturaleza humana con la de ellos. *Se puso en medio* por condescendencia, porque estuvo entre ellos como uno de ellos; y para indicarnos, por otra parte, que debemos estar en medio de la virtud.

3º) *Y les dijo: Paz a vosotros.* Este saludo fue necesario porque la paz de los discípulos estaba muy perturbada por muchos motivos:

Con respecto a Dios, contra el cual habían pecado, los unos negando y los otros huyendo.

*Todos vosotros padeceréis escándalo en mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al pastor, y se descarriarán las ovejas del rebaño* (Mt 26, 31). Contra esto les propuso la paz de la reconciliación con Dios. *Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo* (Rom 5, 10). Esa reconciliación la llevó a cabo por su Pasión.

Con respecto a ellos mismos, porque estaban tristes y vacilantes en la fe, y también les propuso esta paz: *Mucha paz para los que aman tu ley* (Sal 118, 165).

Finalmente, con respecto a las personas exteriores, pues sufrían persecución de parte de los judíos, y contra esto les dice: *Paz a vosotros.*

(*In Joan.*, XX)

## *Lunes de la segunda semana de Pascua*

### **LA PAZ DE CRISTO**

*Mi paz os doy, no os la doy yo como la da el mundo* (Jn 14, 27).

1. La paz no es otra cosa que la tranquilidad en el orden. Porque se dice que algunas cosas tienen paz, cuando el orden de ellas permanece imperturbable. En el hombre el orden es triple: del hombre con respecto a sí mismo, del hombre con respecto a Dios, del hombre con respecto al prójimo, y así existe en el hombre una triple paz: una, por la cual está tranquilo en sí mismo, sin perturbación de sus facultades; otra, por la cual el hombre tiene paz con Dios, sometiéndose totalmente a sus disposiciones; la tercera, con respecto al prójimo.

Debe advertirse que en nosotros deben ser ordenadas tres cosas: el entendimiento, la voluntad y el apetito sensitivo, esto es, que la voluntad sea dirigida según el espíritu o la razón; el apetito sensitivo según la voluntad y el entendimiento. Por eso, al definir San Agustín la paz de los santos, dice: "La paz es la serenidad del espíritu, la tranquilidad del alma, la sencillez del corazón, el vínculo del amor, el lazo de la caridad"; en este sentido la serenidad del espíritu se refiere a la razón, la cual debe ser libre, no atada, ni absorbida por algún afecto desordenado; la tranquilidad del alma se refiere a la sensibilidad, que debe estar libre de la molestia de las pasiones; la sencillez del corazón se refiere a la voluntad, la cual debe ser llevada totalmente a Dios, su objeto; el vínculo del amor se refiere al prójimo, y el consorcio de la caridad a Dios.

Los santos tienen aquí y tendrán en el futuro esa paz, pero aquí de una manera imperfecta, pues no podemos aquí tener paz sin alguna perturbación ni con nosotros mismos, ni con Dios, ni con el prójimo; pero en el futuro poseeremos perfectamente la paz, cuando reinemos sin enemigos, donde nunca podremos estar en desacuerdo.

II. Cuando dice: *No os la doy yo como la da el mundo*, distingue su paz de la paz del mundo. En tres cosas se distingue la paz de los santos de la paz del mundo:

1º) En cuanto a la intención. Porque la paz del mundo se ordena al goce tranquilo y pacífico de las cosas temporales, por lo cual sucede a veces cuando coopera con los hombres para pecar. Mas la paz de los santos se ordena a los bienes eternos, El sentido es: *No os la doy yo como la da el mundo*, esto es, no para el mismo fin, pues el mundo la da para poseer tranquilo los bienes exteriores; pero yo os la doy para alcanzar los eternos.

2º) En cuanto a la simulación y a la verdad, porque la paz del mundo es simulada, y sólo existe por fuera; *Los cuales hablan paz con su prójimo, pero en sus corazones hay cosas malas* (Sal 27, 3); mas la paz de Cristo es verdadera porque es interior y exterior. Así, pues, *no os la doy yo como la da el mundo*, significa: no doy paz simulada, sino verdadera.

3º) En cuanto a la perfección, pues la paz del mundo es imperfecta, ya que únicamente lo es en cuanto al descanso exterior del hombre y no del interior; mas la paz de Cristo tranquiliza interior y exteriormente. *Mucha paz para los que aman tu ley* (Sal 118, 165)

(*In Joan.*, XIV, 27)

## *Martes de la segunda semana de Pascua*

### **LA SABIDURÍA DE LO CELESTIAL**

*Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra (Col 3, 1-2).*

Es un beneficio el haber resucitado con Cristo resurgente, y esto por dos motivos; por la esperanza de nuestra resurrección corporal, y porque, resucitando con él, somos restaurados a la vida de justicia. *El cual fue entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación (Rom 4, 25).*

I. Se nos enseña, por lo tanto, a tener recta intención del fin, y en primer lugar quiere el Apóstol que cada uno tenga en vista principalmente el fin. Pues dice: *Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba.* Y San Mateo: *Buscad, pues, primeramente el reino de Dios y su justicia (6, 33).* Pues éste es el fin. *Una sola cosa he pedido al Señor, ésta volveré a pedir, que more yo en la casa del Señor (Sal 26, 4).* Por consiguiente, buscad el lugar en *donde está Cristo sentado a la diestra.* Cristo está sentado a la diestra, porque en cuanto hombre está en los mejores bienes del Padre, mas en cuanto Dios está en igualdad con él. Y así también haya este orden en vosotros, a saber que así como Cristo murió y resucitó y de este modo fue llevado a la diestra de Dios, así vosotros estad muertos al pecado, para que después viváis la vida de justicia y así seáis llevados a gloria.

O bien, nosotros hemos resucitado por Cristo mas si él está sentado allí, nuestro deseo de dirigirse hacia él. *Dondequiera que estuviere el cuerpo, allí se juntarán también las águilas (Mt 24, 28) y en donde está tu tesoro allí está también tu corazón (Mt 6, 21).*

II. Es necesario juzgar de las demás cosas con respecto al fin; y por eso dice: *Pensad en las cosas de arriba (Col 3, 2).* Piensa en las cosas de arriba el que ordena su vida conforme con las razones celestiales, según ellas juzga todo lo demás. Ésta es la sabiduría que descende de arriba (Stg 111, 17). Piensa en las cosas de la tierra el que ordena y juzga todas las cosas según los bienes terrenos, considerándolos como bienes supremos. *Y su gloria es para confusión de ellos, que gustan sólo de lo terreno (Filip 3, 19).*

Y da la razón cuando dice: *Estáis ya muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col 3, 3). Como si dijese: No gustéis las cosas terrenas, porque estáis muertos a la vida terrena. El hombre muerto a esta vida no conoce las cosas de este mundo, así vosotros, si estáis muertos con Cristo, lo estáis también a los elementos de este mundo. *Consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo* (Rom. 6, 11).

Existe, por lo tanto, otra vida oculta. Por eso dice: *Y vuestra vida está escondida*. Esa vida la adquirimos por medio de Cristo. *Cristo una vez murió por nuestros pecados* (1 Ped 3, 18). Mas como esta vida existe por Cristo, y Cristo está oculto para nosotros, porque está en la gloria de Dios Padre, del mismo modo la vida, que por él se nos da, está escondida donde Cristo está, en la gloria de Dios Padre. *¡Cuán grande es, Señor, la abundancia de tu dulzura, que tienes escondida para los que te temen!* (Sal 30, 20). Por eso cuando dice: *Cuando apareciere Cristo, que es nuestra vida*, indica cómo se manifiesta, esto es, como el mismo Cristo. *Cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida*, porque él es autor de vuestra vida, y porque vuestra vida consiste en su amor y conocimiento, *entonces también vosotros apareceréis*. Y el evangelista dice: *Cuando él apareciere, seremos semejantes a él* (1 Jn 3, 2).

(In Col., III)

### *Miércoles de la segunda semana de Pascua*

## **LA GRACIA O PRINCIPIO DE LA NUEVA VIDA**

1. Porque el fin último de la criatura racional (que es el mismo Dios visto en su esencia) sobrepasa la capacidad de su naturaleza, y los medios deben ser proporcionados al fin, según el orden recto de la providencia, síguese que los auxilios también deben ser conferidos por Dios a la criatura racional, no sólo aquellos que son proporcionados a la naturaleza, sino también los que sobrepasan la capacidad de la naturaleza. De donde proviene que, además de la facultad natural de la razón, se impone divinamente al hombre la luz de la gracia por la cual el hombre es perfeccionado interiormente para la virtud, y esto en cuanto al conocimiento, puesto que al ser elevado el espíritu del hombre por esta luz, puede conocer lo que excede a la razón; y también en cuanto a la capacidad de obrar y de amar, puesto que por esta luz el corazón del hombre se eleva sobre todo lo

creado hasta amar a Dios y esperar en él, y ejecutar todo lo que requiere este amor.

II. Estos dones o auxilios dados al hombre, sobrenaturalmente, se llaman gratuitos por dos razones:

1º) Porque Dios los da gratuitamente. En efecto, nada hay en el hombre que pueda exigir en justicia la donación de tales auxilios, puesto que sobrepasan la capacidad de la naturaleza humana.

2º) Porque el hombre se hace grato a Dio de un modo especial, por estos dones. Así, como el amor de Dios es causa de la bondad que hay en las cosas —y no que él haya sido provocado por una bondad preexistente en ellas, como lo es nuestro amor—, es necesario que, con respecto a aquellos a quienes da algunos efectos especiales de bondad, se considere una razón especial de amor divino. Por eso se dice que Dios ama principal y absolutamente a aquéllos sobre quienes derrama tales afectos de bondad, por los cuales llegan al fin último, que es él mismo, fuente de toda bondad.

(*Ad Regin*).

III. Sólo Dios da la gracia. *El Señor dará la gracia y la gloria* (Sal 83, 12). Porque el don de la gracia excede toda capacidad de la naturaleza creada, ya que la gracia no es otra cosa que una participación de la naturaleza divina. De ahí que sea imposible que una criatura cause la gracia. Por lo tanto, necesariamente sólo Dios deifica, comunicando el consorcio de la naturaleza divina por una cierta participación de semejanza, del mismo modo que es imposible que otra cosa quemee, a no ser el fuego.

La humanidad de Cristo es una especie de órgano de su Divinidad. Ahora bien, un instrumento no produce la acción del agente principal por propia virtud, sino por virtud del agente principal. Por consiguiente, la humanidad de Cristo no causa la gracia por su propia virtud, sino por virtud de la Divinidad unida a ella, y por la cual las acciones de la humanidad de Cristo son saludables. Igualmente en los Sacramentos de la nueva ley, la gracia es causada instrumentalmente, por los mismos sacramentos, pero principalmente por la virtud del Espíritu Santo que obra en los sacramentos.

(1ª 2ae., q. CXII, a. 1º)

## *Jueves de la segunda semana de Pascua*

### **EL AGUA VIVA**

*Te daría agua viva* (Jn 4, 10).

I. Por el agua se entiende la gracia del Espíritu Santo. Unas veces se llama fuego, otras agua, para significar que ni ésta ni aquél se toman según la propiedad de su substancia, sino en cuanto a la semejanza de acción; pues se dice fuego, debido a que eleva el corazón por el fervor y el calor: *Fervorosos de espíritu* (Rom 12, 11); y porque consume los pecados: *Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas* (Cant 8, 6).

Pero se llama agua porque purifica: *Y derramaré sobre vosotros agua pura, y os purificaréis de todas vuestras inmundicias* (Ez 36, 25). Porque enfría el ardor de las tentaciones: *El fuego ardiente apaga el agua* (Eclo 3, 33). Y porque apaga la sed de los bienes terrenos y de cualquier cosa temporal: *Todos los sedientos, venid a las aguas* (Is 55, 50)

II. Existen dos variedades de agua: la viva y' la no viva. Agua no viva es la que no está unida, al principio de donde brota, sino que se recoge con la lluvia o de otro modo se guarda en lagunas o cisternas, y se conserva separada de su principio. El agua viva es la que corre y fluye de la fuente.

Según esto, la gracia del Espíritu Santo se llama rectamente agua viva, porque la gracia del Espíritu Santo se da al hombre de tal modo que se le da la misma fuente de la gracia, es decir, el Espíritu Santo; y aún más, por él se da la gracia, como dice el Apóstol: *La caridad de Dios está difundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que se nos ha dado* (Rom 5, 5). Porque el Espíritu Santo es fuente inagotable de la cual brotan todos los dones de las gracias. *Todas estas cosas obra sólo uno y el mismo Espíritu* (1 Cor 12, 11), De ahí que si alguno tiene un don del Espíritu Santo y no posee a este Espíritu, el agua no es continua desde su principio, y por consiguiente es agua muerta y no viva. La fe sin las obras es muerta (Stg 2, 20).

*(In Joan., IV)*

## *Viernes de la segunda semana de Pascua*

### **DESEO DEL AGUA VIVA**

*Si supieses el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber; tú tal vez le pedirías a él, y te daría agua viva (Jn 4, 10).*

I. En los adultos se llega a poseer el agua viva, esto es, la gracia, por el deseo, es decir, pidiéndola: *Oyó el Señor el deseo de los pobres (Sal 9, 17)*, pues la gracia no se da sin una petición y un deseo. Por eso decimos que en la justificación del impío se requiere el libre albedrío para detestar los pecados y desear la gracia, según aquello de San Mateo: *Pedid, y se os dará (7, 7)*. Para tanto se requiere el deseo que aun el mismo Hijo es invitado a pedir: *Pídemme, y le daré (Sal 2, 8)*. Por lo cual, el que resiste a la gracia, no la recibe, si primero no la desea, como sucedió con San Pablo, que antes de recibir la gracia, fue reducido a desearla, diciendo: *Señor ¿qué quieres que yo haga? (Hech 9, 6)*. Por eso claramente se dice: *Tú tal vez le pedirías a él. Tal vez, a causa del libre albedrío, por el cual el hombre unas veces pide y desea la gracia, y otras no.*

II. Dos cosas mueven el deseo del hombre a pedir la gracia, a saber: el conocimiento del bien deseable, y el conocimiento del que la da, y por eso propone conocer dos cosas:

1º) El mismo don. Por lo cual dice: *Si supieses el don de Dios, el cual es todo el bien deseable, y procede del Espíritu Santo. Llegué a entender que de otra manera no podría ser continente, si Dios no me lo daba (Sab 8, 21)*. Esto es el don de Dios.

2º) El dador. Por eso dice: *Y quién es el que te dice, etc., esto es: si conocieses al que puede dar, que soy yo. Cuando viniere el Consolador, que yo os enviaré del Padre... él dará testimonio de mí (Jn 15, 26)*. Y el Apóstol dice: *Dio dones a los hombres (Ef 4, 8)*.

*(In Joan., IV)*

## *Sábado de la segunda semana de Pascua*

### **LA SED DEL AGUA VIVA**

*El que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed* (Jn 4, 13).

A este pasaje parece oponerse aquel otro del Eclesiástico: *Los que me beben, aún tendrán sed* (24, 2ª). ¿Cómo, pues, nunca jamás tendrá sed quien bebiere de esta agua, esto es, de la sabiduría divina, cuando dice la misma sabiduría: *Los que me beben, aún tendrán sed?*

Ambas cosas son verdaderas, pues quien bebe del agua que Cristo da, tiene sed todavía, y al mismo tiempo no tiene sed; pero el que bebe del agua material, tendrá otra vez sed. Y esto por dos razones:

1º) Porque el agua material no es perpetua, ni tiene causa perpetua, sino deficiente. Por lo cual, necesariamente cesa su efecto. *Todas aquellas cosas pasaron como sombra* (Sab 5, 9). Mas el agua espiritual tiene causa perpetua, esto es, al Espíritu Santo, que es fuente inagotable de vida. Por eso, el que de ella bebe no tendrá sed jamás, del mismo modo que jamás tendría sed el que tuviese en sí una fuente de agua viva.

2º) Por la diferencia entre las cosas espirituales y las temporales. Pues aunque unas y otras produzcan sed, sin embargo, ésta es de distinta manera. Porque lo temporal, una vez poseído, no produce ciertamente sed de sí mismo, pero sí de otras cosas; mas lo espiritual quita la sed de las otras cosas, y produce sed de sí mismo. La razón de esto se funda en que lo temporal se estima como de gran valor y suficiente, antes de ser poseído; pero una vez que se tiene, como no se encuentra de tanto valor, ni suficiente para aquietar el deseo, no sacia este deseo, sino que provoca el deseo de poseer otra cosa.

Lo espiritual no es conocido sino cuando se lo posee. *No sabe ninguno, sino aquel que lo recibe* (Apoc 2, 17). Y por lo tanto, no provoca ningún deseo antes de ser poseído; pero cuando se le tiene y se le conoce, entonces deleita el corazón y mueve el deseo, no ciertamente para poseer otra cosa, sino que como es gustado imperfectamente a causa de la imperfección del que lo recibe, provoca a una posesión perfecta. De esta sed se dice: *Sedienta está mi alma del Dios fuerte*<sup>33</sup> (Sal 41, 3).

---

<sup>33</sup> Santo Tomás dice: *Sedienta está mi alma de Dios, fuente viva.*

Esta sed no se quita del todo en este mundo, porque no podemos percibir los bienes espirituales en esta vida; y por consiguiente, el que bebiere de esta agua todavía tendría sed, ciertamente, de su perfección; pero no tendrá sed jamás, como si faltase el agua, pues como se dice en el salmo 35, 9: *Serán embriagados de la abundancia de tu casa*. En efecto, en la vida de la gloria, donde los bienaventurados beben perfectamente el agua de la gracia divina, no tendrán jamás sed. *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia*, a saber, en este mundo, *porque ellos serán hartos* (Mt 5, 6) en la vida de la gloria.

(In Joan., IV)

### *Tercer Domingo de Pascua*

## **ADOPCIÓN DIVINA**

*Envió Dios a su Hijo... para que recibiésemos la adopción de hijos* (Gal 4, 4).

1º) La adopción se transfiere a las cosas divinas por semejanza de las humanas. Pues se dice que un hombre adopta a uno como hijo, cuando gratuitamente da el derecho de percibir su herencia al que no le corresponde por naturaleza. Se dice herencia de un hombre aquélla por la cual es rico; pero aquello por lo que Dios es rico es el goce de sí mismo, pues por eso es bienaventurado y, así, ésa es su herencia. En ese sentido, se dice que Dios adopta por hijo a alguno, puesto que a los hombres, que por sus fuerzas naturales no pueden llegar al goce mencionado, les da la gracia con la cual el hombre merece aquella bienaventuranza para que de ese modo le corresponda el derecho a aquella herencia.

Acaece, en la adopción humana, que por ella se divide la herencia, porque toda no puede ser poseída simultáneamente por muchos. Mas la herencia celestial es poseída simultáneamente en su totalidad por el padre adoptante y por todos los hijos adoptados; por lo cual no hay allí ni división ni sucesión.

2º) Nuestra adopción es por gracia. El hombre, dado que es producido por creación para participar del entendimiento, es producido como a semejanza de la especie del mismo Dios; pues lo que constituye el grado supremo, según el cual la naturaleza creada participa de la semejanza de la naturaleza increada, es la intelectualidad, y por lo tanto sólo la criatura

racional se dice creada a imagen de Dios. Luego sólo la criatura racional alcanza el nombre de filiación por la creación.

Pero la adopción requiere que el adoptado adquiera el derecho a la herencia del adoptante. Mas la herencia del mismo Dios es su misma bienaventuranza, de la cual sólo es capaz la criatura racional; pero no la adquiere por el solo hecho de la creación, sino por don del Espíritu Santo. De donde resulta evidente que la creación no da a las criaturas irracionales ni la adopción ni la filiación; y a la criatura racional le da ciertamente la filiación, pero no la adopción.

Porque la comunicación de algunos bienes no basta para la adopción, sino la herencia. Por lo cual no se dice que una criatura es adoptada por esto de que Dios le comunica algunos bienes, si no le comunica también la herencia, que es la divina bienaventuranza.

Pero Cristo de ninguna manera puede llamarse Hijo de adopción, pues por naturaleza, ya que nace eternamente del Padre, le corresponde el derecho a la herencia paterna, y todo lo que tiene el Padre es suyo. Por lo cual no adquiere ese derecho por una gracia sobreviniente.

(3 *Dist. X, q. II, a. 1 et 2*)

### *Lunes de la tercera semana de Pascua*

## **MORADA DE LAS DIVINAS PERSONAS EN EL ALMA**

I. Se dice de la divina Sabiduría: *Envíala de tus santos cielos, y del trono de tu grandeza* (Sab 9, 10).

Por medio de la gracia santificante toda la Trinidad habita en el alma, según aquello del Evangelista: *Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él* (Jn 14, 23). Ser enviada una persona divina a alguien por la gracia invisible significa nuevo modo de habitar en él esa Persona (divina), y su origen de otra.

Luego, puesto que tanto al Hijo como al Espíritu Santo conviene morar por la gracia y proceder de otro, es propio de ambos ser invisiblemente enviados.

En cuanto al Padre, si bien habita en nosotros por la gracia, no le conviene proceder de otro, ni, por consiguiente, ser enviado.

El alma se asemeja a Dios por la gracia. Así, pues, para que una persona divina sea enviada a alguien por su gracia, es preciso se realice asimilación a la persona divina, enviada por algún don de gracia. Y como el Espíritu Santo es amor, el alma se asemeja al Espíritu Santo por el don de la caridad. Por lo tanto, la misión del Espíritu Santo es considerada según el don de la caridad. Pero el Hijo es Verbo, y no un verbo cualquiera, sino que emana amor. Así, pues, el Hijo no es enviado según cualquier perfección intelectual, sino según tal ilustración del intelecto que lo haga prorrumpir en afecto de amor. *En mi meditación se inflamará fuego* (Sal 38, 4). Por eso dice San Agustín que "El Hijo es enviado, cuando es conocido y percibido por alguno"<sup>34</sup>. Mas la percepción significa cierto conocimiento experimental. Y esto es lo que propiamente se llama sabiduría, como ciencia sávida.

II. Cuándo tiene lugar la misión. La misión importa en su razón que el que es enviado comience a estar donde antes no estaba, o donde, ya estaba, aunque de un modo nuevo; y según este modo se atribuye la misión a las Personas divinas. Así, en aquel a quien se dirige la misión hay que considerar dos cosas: la inhabitación de la gracia, y cierta renovación por ella. Para todos aquellos en quienes se dan estas dos cosas, se hace la misión invisible.

Esta misión se hace según el provecho en la virtud o el aumento de gracia. Sin embargo, la misión invisible se considera principalmente según ese aumento de gracia, cuando alguno adelanta hacia algún nuevo acto o nuevo estado de gracia, como sucede, por ejemplo, cuando uno llega a obtener la gracia de milagros, o de profecía, o se expone al martirio movido del fervor de caridad, o renuncia cuanto posee, o emprende-cualquier otra santa empresa ardua.

III. La misión tiene lugar solamente según el don de la gracia santificante. Conviene a una persona divina ser enviada sólo para existir de un modo nuevo en algo; y el ser dada, con el fin de ser recibida por alguien; ni en uno ni en otro concepto se realiza sino por la gracia santificante. Porque hay un modo común de estar Dios en todas las cosas por esencia, potencia y presencia, como la causa en los efectos que participan de su bondad.

Además de este modo común hay uno especial, que conviene a la naturaleza racional, en la cual se dice estar Dios como lo conocido en quien lo conoce, y lo amado en el amante. Y porque, conociendo y amando la criatura racional, toca por su operación al mismo Dios, según este modo

---

<sup>34</sup> *De Trin.*, lib. IV, cap. 20.

especial no sólo se dice que Dios está en ella, sino que mora en ella, como en su templo.

No hay, pues, otro efecto sino la gracia santificante, que pueda ser razón de que una persona divina esté de un nuevo modo en la criatura racional.

Por otra parte, sólo se dice que poseemos aquello de que libremente podemos usar o disfrutar, y la potestad de disfrutar de una persona divina sólo se verifica según la gracia santificante, aunque en el don de esta gracia recibe el hombre al Espíritu Santo y éste habita en él. Por consiguiente, el Espíritu Santo mismo es dado y enviado.

(1ª part. q. XLIII, a. 5, 6 y 3).

### *Martes de la tercera semana de Pascua*

## **LA PERFECCIÓN ESPIRITUAL**

*Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, y dalo a los pobres... y ven, sígueme* (Mt 19, 21).

La perfección de la vida espiritual ha de medirse con la caridad; quien careciere de ella no será nada espiritualmente, como dice el Apóstol (1 Cor 13, 1-3). Por esta perfección se dice absolutamente que alguien es perfecto. Por lo cual se expresa: *Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vínculo de la perfección* (Col 3, 14). El amor tiene una fuerza de transformación, por la cual el que ama se transforma en cierto modo en el amado. Por eso dice Dionisio: "Es el amor divino el que produce el éxtasis, no consintiendo que los que se aman se pertenezcan a sí mismos, sino a las personas amadas."

Y porque el todo y lo perfecto son una misma cosa, posee perfectamente la caridad aquel que se transforma totalmente en Dios por el amor, posponiéndose totalmente a sí mismo y a todas sus cosas por Dios. Por lo cual dice San Agustín que así como el amor propio lleva a la ciudad de Babilonia hasta el desprecio de Dios, así el amor de Dios lleva a la ciudad de Dios hasta el desprecio de sí mismo; y en otro lugar dice que la perfección de la caridad consiste en no tener ninguna afición a lo creado. También dice San Gregorio que cuando alguien ofrece una cosa a Dios y no le ofrece otra, hace un sacrificio; pero cuando ofrece a Dios omnipotente todo lo que tiene, todo lo que vive, todo lo que le gusta, hace un holocausto.

Cuando uno tiene el alma de tal modo afectada en su interior que se desprecia a sí mismo y a todas sus cosas por Dios, conforme a aquello del Apóstol: *Pero las cosas que me fueron ganancias, las he reputado como pérdida por Cristo... por el cual todo lo he perdido, y lo tengo por basura, con tal que gane a Cristo* (Filip 3, 7, 8);, ese tal es perfecto, ya sea religioso, ya secular, y clérigo, ya lego, ya incluso esté unido en matrimonio. Porque Abrahán era casado y rico, y le dijo el Señor: *Anda en mi presencia y sé perfecto* (Gen 17, 1).

*Si quieres ser perfecto*: no que seas perfecto al instante, sino que tendrás cierto principio de perfección, porque, descargado de estas cosas (las terrenas), más fácilmente podrás contemplar las celestiales. Dice San Agustín que las vigiliass y otras austeridades son instrumentos de perfección, pero la perfección consiste en lo que se dice a continuación: *y sígueme*. Por consiguiente, el amor de Dios es la perfección, pero el abandono de las cosas es el camino para la perfección. ¿De qué manera? Dice San Agustín que el aumento de la caridad es disminución de la ambición terrena; la perfección de la caridad es la negación total de la ambición terrena. Luego es perfecto en la caridad el que ama a Dios hasta el desprecio de sí mismo y de sus cosas.

(*In Joan.*, XIX)

### *Miércoles de la tercera semana de Pascua*

## **EL HOMBRE ESPIRITUAL**

*El espiritual juzga todas las cosas; y él no es juzgado de nadie* (1 Cor 2, 15).

I. Veamos quién es el hombre espiritual. Mas advirtamos antes que acostumbremos llamar espíritus a las substancias incorpóreas; y porque hay una parte del alma que no es el principio de existencia de algún órgano corporal, es decir, la parte intelectual que comprende la inteligencia y la voluntad, esta parte del alma es llamada espíritu de hombre, el cual, sin embargo, es iluminado por el Espíritu de Dios, en cuanto al entendimiento, e inflamada en la parte afectiva y la voluntad.

Hombre espiritual se dirá, pues, en dos sentidos:

1º) Por la inteligencia, iluminada por el Espíritu de Dios; y en este sentido dice la Glosa que el hombre espiritual es el que, sujeto al espíritu de Dios, conoce ciertísima y fielmente las cosas espirituales.

2º) Por la voluntad, inflamada por el Espíritu de Dios; y en este sentido dice la Glosa que la vida espiritual es la que, teniendo por dirigente, al Espíritu de Dios, rige al alma, esto es, a las fuerzas animales. *Vosotros que sois espirituales, amonestadle con espíritu de mansedumbre* (Gal 6, 1).

II. Consideremos por qué el hombre espiritual juzga todas las cosas, y él no es juzgado por nadie. Debe advertirse aquí que quien rectamente se conduce en todas las cosas, tiene juicio recto acerca de cada una de ellas. En cambio, el que tiene en sí deficiencia de rectitud, también es defectuoso al juzgar. Pues el que está despierto juzga rectamente que él vela y que otro duerme. Mas el que duerme no posee un juicio verdadero sobre sí mismo, ni sobre el que vela, y las cosas no son tales como las ve el que duerme, sino como las ve el que está despierto.

Sucede lo mismo con el que está sano y el que está enfermo, para juzgar de los sabores, con el que es débil y el que es fuerte, para juzgar de los pesos, con el virtuoso y el vicioso, para juzgar de los actos humanos. Por eso dice el filósofo Aristóteles que el virtuoso es regla y medida de todas las cosas humanas, porque en las cosas humanas las acciones particulares son tales como las juzga el virtuoso.

Según esto dice aquí el Apóstol que el espiritual juzga todas las cosas, porque el hombre que tiene el entendimiento ilustrado y el corazón ordenado por el Espíritu Santo, posee un criterio recto acerca de cada una de las cosas que pertenecen a la salvación. En cambio, el que no es espiritual tiene obscurecido el entendimiento y desordenado el afecto acerca de los bienes espirituales, y, por consiguiente, el hombre espiritual no puede ser juzgado por el hombre que no es espiritual, del mismo modo que el que está despierto no puede serlo por el que duerme.

*Mas el hombre animal no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios* (1 Cor 2, 14). El Espíritu Santo inflama el corazón para que ame los bienes espirituales, despreciando los bienes sensibles; mas el que es de vida animal no puede apreciar los bienes espirituales, pues como es cada uno, tal le parece el fin.

(In I Cor., II)

## **REGENERACIÓN ESPIRITUAL POR MEDIO DEL BAUTISMO**

1º) El bautismo quita todo pecado.

Como dice el Apóstol: *Todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, hemos sido bautizados en su muerte* (Rom 6, 3); y después concluye: *Y así también vosotros consideraos que estáis de cierto muertos al pecado, pero vivos para Dios en nuestro Señor Jesucristo* (Ibíd., 11). De lo cual se deduce que por el bautismo muere el hombre para el antiguo pecado y comienza a vivir a la novedad de la gracia. Mas como todo pecado pertenece a la primitiva vejez, síguese que todo pecado queda borrado por el bautismo.

2º) El bautismo libra de todo reato del pecado. Porque por el bautismo el hombre es incorporado a la Pasión y Muerte. de Cristo, según .aquello: *Si somos muertos con Cristo, creemos que juntamente viviremos también con Cristo* (Rom 6, 8). De donde resulta que a todo bautizado se le comunica para su remedio la Pasión de Cristo, como si él mismo hubiese padecido y muerto. Pero la Pasión de Cristo es suficiente satisfacción por todos los pecados de todos los hombres, y por eso el que es bautizado se libra del reato de toda la pena debida por los pecados, como si él mismo hubiese satisfecho suficientemente por todos sus pecados.

3º) El bautismo confiere la gracia y las virtudes. El Apóstol dice: *Nos hizo salvos por el bautismo de regeneración, esto es, por el bautismo, y renovación del Espíritu Santo, el cual difundió sobre nosotros abundantemente*, es decir, para perdón de los pecados y abundancia de las virtudes (Tit 3, 5-6). Así, pues, en el bautismo se dan la gracia del Espíritu Santo y abundancia de las virtudes. Por otra parte, el bautismo tiene poder para que los bautizados se incorporen a Cristo como miembros suyos. De la cabeza, Cristo, deriva la plenitud de la gracia y de la virtud a todos los miembros, según aquello de San Juan: *De su plenitud recibirnos nosotros todos* (1, 16).

4º) El bautismo confiere la fecundidad de las buenas obras.

En efecto, por el bautismo somos regenerados a la vida espiritual que se obtiene por la fe de Cristo: Mas la vida sólo pertenece a los miembros unidos a la cabeza, de la cual reciben la sensibilidad y el movimiento. Por

consiguiente es necesario que por el bautismo uno se incorpore a Cristo como uno de sus miembros. Y así, como de la cabeza natural deriva a los miembros el sentimiento y el movimiento, del mismo modo, de la cabeza espiritual, que es Cristo, deriva a sus miembros el sentido espiritual, que consiste en el conocimiento de la verdad, y el movimiento espiritual, que viene del influjo de la gracia. Por lo cual dice San Juan: *Vimos la gloria de él (del Verbo), gloria como de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad... Y de su plenitud recibimos nosotros todos* (Jn 1, 14, 16). Síguese, pues, que los bautizados son iluminados por Cristo, por el conocimiento de la verdad, y fecundados por él con la fecundidad de las buenas obras por infusión de la gracia.

(3ª part., q. LXIX)

### *Viernes de la tercera semana de Pascua*

## **PENALIDADES DE LA VIDA PRESENTE**

El bautismo tiene la virtud de quitar las penalidades de la vida presente; pero no las quita durante la presente vida, sino que por su virtud serán quitadas a los justos en la resurrección: *cuando esto, que es mortal, fuere revestido de inmortalidad* (1 Cor 15, 54). Y esto con razón:

&1º) Porque por el bautismo se incorpora el hombre a Cristo, y se hace miembro suyo. Así, es conveniente que se verifique en el miembro incorporado lo que se verificó en la cabeza. Mas Cristo desde el principio de su concepción estuvo lleno de gracia y de verdad; y, no obstante, tuvo un cuerpo pasible, que resucitó a la vida gloriosa después de su Pasión y Muerte. Por consiguiente, también el cristiano consigue en el bautismo la gracia en cuanto al alma; tiene, empero, un cuerpo pasible, con el que pueda padecer por Cristo, pero, finalmente, será resucitado para una vida impasible. Por lo que el Apóstol dice en Romanos 8, 11: Quien resucitó a Jesucristo de entre los muertos vivificará también nuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en nosotros. Y poco después (v.17) añade: Herederos de Dios y coherederos de Cristo, ya que sufrimos con él, para ser con él también glorificados.

2º) Porque es conveniente que no desaparezcan las penalidades ahora por el ejercicio espiritual, o sea, para que combatiendo el hombre contra la concupiscencia y las demás flaquezas, obtenga la corona de la victoria. Por

eso, comentando las palabras de Romanos 6, 6: para que fuera destruido el cuerpo de pecado, dice la Glosa: Si después del bautismo continúa el hombre viviendo en esta tierra, tiene que luchar contra la concupiscencia y, con la ayuda de Dios, tiene que vencerla. Este combate fue prefigurado así en Santiago 3, 1-2: Estos son los pueblos que el Señor dejó subsistir para probar con ellos a Israel... para que las generaciones de los hijos de Israel aprendieran el arte de la guerra.

3º) Fue conveniente que no desapareciesen las penalidades aquí para que los hombres no se acercasen al bautismo con el fin de obtener la impasibilidad de la vida presente en lugar de acercarse para alcanzar la vida eterna. Por lo que el Apóstol dice en primera carta a los Corintios 15, 9: Si solamente pensando en esta vida tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, somos los más desgraciados de todos los hombres.

Comentando la expresión de la carta a los Romanos 6, 6: para que no sirvamos al pecado, dice la Glosa: De la misma manera que quien hace prisionero a un enemigo ferocísimo, no lo mata en el acto, sino que lo deja vivir algún tiempo con deshonor y sufrimiento, así Cristo primero nos ha ligado a la pena, para desligarnos de ella en el futuro.

La pena del pecado es doble: infernal y temporal. Cristo destruyó enteramente la infernal para que no la experimenten los bautizados y los verdaderamente arrepentidos. Pero no suprimió del todo la pena temporal: ya que permanece el hambre, la sed, la muerte, pero ha destruido su reino y su dominio, de tal modo que el hombre no les tema, pero al final la destruirá del todo.

El pecado original siguió este proceso: primero, la persona contagió a la naturaleza, y, después, la naturaleza contagió a la persona. Pero Cristo, siguiendo un orden inverso, repara primeramente lo concerniente a la persona, y, después, repara, de modo simultáneo en todos, lo concerniente a la naturaleza. Por tanto, el bautismo borra instantáneamente en el hombre la culpa del pecado original y también la pena, consistente en carecer de la visión divina, cosas ambas que pertenecen a la persona. Pero las penalidades de la vida presente, como la muerte, el hambre, la sed y otras semejantes, corresponden a la naturaleza, cuyos principios las causan, en la medida en que está despojada de la justicia original. Por tanto, estos defectos sólo desaparecerán en la reparación definitiva de la naturaleza mediante la resurrección gloriosa.

(3ª part. q. LXIX, a. 3).

## **EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN**

1º) La confirmación es un sacramento.

Donde se presenta algún efecto especial de la gracia, se ordena un sacramento especial, y por las cosas que se hacen en la vida podemos formarnos una idea de las que existen en la vida espiritual de la gracia. Es evidente que en la vida corporal hay cierta perfección especial que hace llegar al hombre a la edad perfecta y que le permite obrar acciones perfectas de hombre, por lo que dijo el Apóstol: *Cuando ya fui hombre hecho, di de mano a las cosas de niño* (1 Cor 13, 11). De lo que se deduce que, fuera del movimiento de la generación por el cual uno recibe la vida corporal, hay un movimiento de crecimiento, por el cual el hombre es llevado a la edad perfecta. Del mismo modo el hombre recibe la vida espiritual por medio del bautismo, que es la regeneración espiritual; mas en la confirmación el hombre recibe como cierta edad perfecta de la vida espiritual.

2º) La materia conveniente es el Crisma, es decir, aceite y bálsamo.

En este sacramento se da la plenitud del Espíritu Santo para el vigor espiritual, que compete a la edad perfecta. Mas el hombre, cuando llega a la edad perfecta, comienza a comunicar sus acciones a los otros, pues hasta entonces vive particularmente para sí mismo. Pero la gracia del Espíritu Santo es representada por el aceite, por lo que se dice que Cristo fue ungido *con óleo de alegría* (Sal &XLX, IV, 8) al tener la plenitud del Espíritu Santo. Y por este motivo, el óleo corresponde a la materia de este sacramento. Mézclase con el bálsamo por la fragancia del olor que esparce sobre otros, y aunque existen muchas sustancias olorosas, se emplea con preferencia el bálsamo porque posee un olor excelente, y además preserva de la incorrupción.

3º) La confirmación imprime carácter.

El carácter es cierta potestad espiritual ordenada a algunas acciones sagradas. Así como el Bautismo es una regeneración espiritual a la vida cristiana, así la Confirmación es cierto crecimiento espiritual. Es evidente, por la semejanza de la vida corporal, que una es la acción del hombre recién nacido y otra la que le corresponde cuando llega a la edad perfecta. Por consiguiente, por el sacramento de la confirmación se da al hombre la potestad espiritual para ciertas acciones sagradas, además de las que le

fueron dadas para otras en el bautismo; porque en el bautismo el hombre recibe potestad para hacer las obras que pertenecen a su propia salvación, esto es, en cuanto vive para sí mismo; pero en la confirmación recibe la potestad para hacer aquéllas que pertenecen a la lucha espiritual contra los enemigos de la fe, como se ve por el ejemplo de los Apóstoles, quienes, antes de recibir la plenitud del Espíritu Santo, estaban en el cenáculo perseverantes en la oración; pero después, saliendo de allí, no se avergonzaban de confesar públicamente la fe aun delante de los enemigos de la fe cristiana. Y por tanto es evidente que en el sacramento de la Confirmación se imprime carácter.

(3ª part., q. LXXII, a. I, 2 y 5).

### *Cuarto Domingo de Pascua*

## **POR QUE SE ADMINISTRA EN LA FRENTE EL SACRAMENTO DE LA CONFIRMACIÓN**

En este sacramento recibe el hombre al Espíritu Santo para fortalecerse en la lucha espiritual, a fin de confesar varonilmente la fe de Cristo entre los adversarios de dicha fe. Y así, es signado convenientemente con el crisma en la frente y la señal de la cruz, por dos razones:

1º) Porque el crisma se administra, ciertamente, con la señal de la Cruz, por la cual triunfó nuestro rey, como el soldado es señalado con la insignia de su capitán, la cual debe ser evidente y manifiesta. Entre todas las partes del cuerpo humano, la frente es la más visible, y generalmente, no se cubre nunca; por esto el confirmado es ungido en la frente con el crisma, para que manifieste con claridad que es cristiano, como también los Apóstoles, después de recibido el Espíritu Santo, salieron del cenáculo donde estaban ocultos y se manifestaron a todo el mundo.

2º) Porque alguno es impedido de confesar libremente el nombre de Cristo por temor y por vergüenza. Las señales de estos dos signos se manifiestan sobre todo en la frente por dos causas: por la proximidad de la imaginación, y porque el movimiento de los afectos sube directamente del corazón a la frente; por eso los que se avergüenzan enrojecen y los que temen palidecen. Por lo tanto se unge al cristiano con el crisma en la frente para que ni por temor ni por vergüenza deje de confesar el nombre de Cristo.

El principio de la fortaleza está en el corazón, pero la señal aparece en la frente, por lo cual se dice: *He aquí que yo he hecho... tu frente más dura que la frente de ellos* (Ez 3, 8). Por eso el sacramento de la Eucaristía, por el cual el hombre es confirmado en sí mismo, pertenece al corazón, según aquello: *Con el pan corrobore su corazón* (Sal 103, 15); pero el sacramento, de la confirmación se requiere como señal de fortaleza, respecto a otros, y por lo tanto, se da en la frente.

(3<sup>a</sup>, q. LXXII, a. 9)

## *Lunes de la cuarta semana de Pascua*

### **EL SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA**

*El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna* (Jn 6, 55).

1. Este manjar espiritual es semejante al corporal, por cuanto sin él no puede existir la vida espiritual, lo mismo que la vida corporal no existe sin el manjar corporal; pero además posee algo más que el corporal, porque produce, en el que lo toma, vida indeficiente, lo que no hace el alimento corporal; pues el que lo toma no está seguro de vivir.

En efecto, puede ocurrir, como dice San Agustín, que los que le comen mueran, ya de vejez, ya de enfermedad u otro accidente, mientras que el que toma este manjar y bebida del cuerpo y de la sangre del Señor *tiene vida eterna*, y por eso es comparado al árbol de la vida. *Árbol de vida es para aquéllos que la alcanzaren* (Prov 3, 18). También se llama pan de vida: *Lo alimentará con pan de vida y de entendimiento* (Eclo 15, 3). Por eso dice: *vida eterna*. Lo cual significa que quien come este pan tiene en sí a Cristo, que es verdadero Dios y vida eterna.

Posee vida eterna el que come y bebe, no sólo sacramental, sino también espiritualmente, esto es, no sólo tomando el sacramento, sino también llegando hasta la realidad del sacramento. Pues entonces está unido por la fe y la caridad a Cristo, contenido en el sacramento, de tal modo que se transforma en él y llega a hacerse miembro suyo; ya que este manjar no se convierte en el que lo come, sino que convierte en sí al que lo toma, según lo que dice San Agustín: "Soy manjar de los grandes; crece y me comerás; tú no me cambiarás en ti, sino que tú te transformarás en mí". Por eso es un manjar que puede hacer divino al hombre, y embriagarlo en la divinidad.

Grande es, por tanto, la utilidad de este manjar, porque da al alma la vida eterna.

II. Mas es también grande la utilidad de la Eucaristía, porque da la vida eterna al cuerpo. Por eso se añade: *Y yo le resucitaré en el último día*. Pues el que come y bebe espiritualmente, se hace participante del Espíritu Santo, por el cual nos unimos a Cristo con unión de fe y de caridad, y por el cual nos hacemos miembros de la Iglesia. El Espíritu Santo nos hace merecer la resurrección. *El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos, vivificará también vuestros cuerpos mortales por su espíritu, que mora en vosotros* (Rom 8, 11).

Por eso dice el Señor que al que come y bebe lo resucitará para la gloria; no para condenación, porque esta resurrección no sería provechosa. Con propiedad se atribuye tal efecto al sacramento de la Eucaristía; porque el Verbo resucitará las almas, mas el Verbo hecho carne resucitará a los cuerpos. En este sacramento no solamente está el Verbo según su divinidad, sino también según la verdad de la carne; y por consiguiente no es sólo causa de la resurrección de las almas, sino también de los cuerpos. Claramente se ve, pues, la utilidad de esta manducación.

(*In Joan, VI*)

### *Martes de la cuarta semana de Pascua*

## **ATRACCIÓN DE DIOS Y RESPUESTA DEL HOMBRE**

1. *Nadie puede venir a mí, si no le trajere mi Padre que me envió* (Jn 6, 44).

Verdaderamente nadie puede venir si no es atraído por el Padre. Porque así como un cuerpo pesado por naturaleza no puede elevarse por sí mismo, si no es atraído por otro, del mismo modo el corazón humano, que por sí tiende a las cosas inferiores, no puede elevarse si no es llevado (por otro).

El Padre atrae hacia el Hijo de muchas maneras, pero sin hacer violencia a los hombres. 1º) Persuadiendo por la razón, y de este modo el Padre atrae a los hombres hacia su Hijo, demostrando que él es su Hijo, y esto de dos modos: o por revelación interior, como refiere el Evangelio: *Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre* (Mt 16, 7); o por la realización de milagros, que

recibe del Padre. 2º) Atrayendo. *Lo arrastró con los halagos de sus labios* (Prov 7, 21). Y de este modo los que se dirigen a Jesús por la autoridad de la majestad paterna, son atraídos por el Padre, cautivados por su majestad. Pero también son atraídos por el Hijo con delectación admirable y amor de la verdad, que es el mismo hijo de Dios. Porque si a cada uno le arrastra su propio deleite, ¿cuánto más fuertemente debe el hombre ser atraído por Cristo, si le deleita con la verdad, con la bienaventuranza, con la justicia, con la vida eterna, pues todo eso es Cristo? Y puesto que somos atraídos por éste, lo somos por el amor de la verdad: *Ten tu deleite en el Señor* (Sal 36, 4). Por eso decía la esposa: *Tráeme; en pos de ti correremos al olor de tus ungüentos* (Cant 1, 3). 3º) El Padre lleva a muchos a su Hijo por el impulso de la acción divina que mueve interiormente el corazón del hombre a creer y amar. *El corazón del rey en la mano del Señor; a cualquiera parte que quisiere lo inclinará* (Prov 21, 1).

II. Respuesta del hombre. *Todo aquél que oyó del Padre, y aprendió, viene a mí* (Jn 6, 45). *Todo el que oyó del Padre, enseñándole y manifestándole, y aprendió, dando su asentimiento, viene a mí, y viene de tres maneras: por el conocimiento de la verdad, por el sentimiento del amor y por la imitación de la obra.*

En cada una de esas tres cosas es necesario escuchar y aprender. Porque el que viene por el conocimiento de la verdad, debe escuchar cuando Dios le inspira: *Oiré lo que el Señor Dios me hable* (Sal 134, 9); y aprender con el corazón. El que viene por el amor y el deseo, también debe escuchar al Verbo del Padre y recibirlo para que aprenda y ame. Pues aprende la palabra el que la recibe en el sentido del que habla. Mas el Verbo de Dios Padre exhala el amor; luego el que lo recibe con fervor de amor, se instruye. *Se difunde en las almas santas, forma amigos de Dios y profetas* (Sab 7, 27).

También se va a Cristo por la imitación de las acciones. Quienquiera que de este modo aprende, va a Cristo. Porque en las obras la operación es como la conclusión de los razonamientos. En las ciencias el que las aprende perfectamente llega a la conclusión; así en las obras, el que perfectamente aprende las enseñanzas, llega a la acción recta.

(*In Joan., VI*)

## *Miércoles de la cuarta semana de Pascua*

### **¿PUEDE SABER EL HOMBRE SI ESTÁ EN GRACIA?**

I. A veces conviene que ignoremos la presencia de Dios por la gracia en nosotros.

1º) Para que el temor del juicio futuro nos humille. *Bienaventurado el hombre que siempre está pavoroso; mas el que es de duro corazón, es decir, aquél a quien no afecta el temor del castigo futuro, se precipitará en el mal* (Prov 28, 14). Este temor humilla al hombre; por lo cual conviene a veces ignorar si la gracia está en nosotros. San Gregorio dice: "Quiso Dios que nuestros bienes nos fuesen inciertos, a fin de que poseyéramos una gracia cierta, la humildad".

2º) Para que no le precipite la presuntuosa seguridad. *Porque cuando digan paz y seguridad, entonces les sobrecogerá una muerte repentina* (1 Tes 5, 3). San Jerónimo dice: "El temor es guardián de las virtudes, la seguridad hace fácil la caída."

3º) Para que esperemos vigilantes y deseosos la gracia de Dios. *Bienaventurado el hombre que me oye, y que vela a mis puertas cada día...* (Prov 8, 34).

II. A veces revela Dios a algunos, por privilegio, que tienen la gracia, para que comience en ellos, aun en esta vida, el gozo de la seguridad, y con más confianza y fortaleza lleven a cabo obras grandes, y soporten los males de la vida presente. Sin embargo, uno puede conocer conjeturalmente que tiene la gracia por cuanto siente deleite en Dios y desprecia las cosas mundanas, y que no le arguye la conciencia de algún pecado mortal. En este sentido puede interpretarse lo que dice el Apocalipsis: *Al vencedor daré yo maná escondido... que no sabe ninguno, sino aquél que lo recibe* (2, 17), pues el que lo recibe lo conoce por cierta sensación de dulzura que no experimenta el que no lo recibe.

(1ª 2ª, q. CXII, a. 5)

Existen principalmente tres señales por las cuales puede conocerse conjeturalmente la presencia de la gracia en el alma:

1º) El testimonio de la conciencia, como dice el Apóstol: *Nuestra gloria es ésta, el testimonio de nuestra conciencia* (2 Cor 1, 12). Por eso escribe San Bernardo: "Nada más claro que esta luz, nada más glorioso que este testimonio, cuando el espíritu se ve en la verdad; pero ¿de qué modo?"

Púdico, modesto, temeroso, circunspecto, sin que nada le haga ruborizarse en presencia de la verdad. Esto es, ciertamente, lo que deleita a las divinas miradas sobre todos los bienes del alma".

2º) El gozo de la palabra de Dios, no sólo para escucharla, sino también para practicarla. *El que es de Dios oye las palabras de Dios* (Jn 8, 47). A este respecto dice San Gregorio: "Está mandado desear la patria celestial de la verdad, despreciar la gloria del mundo, no apetecer las cosas ajenas y hacer limosnas con las propias. Juzgue cada cual en su conciencia si esta voz del Señor prevalece en sus oídos y así sepa si es de Dios."

3º) El gusto interior de la divina sabiduría, que es como un anticipo de la eterna bienaventuranza. *Gustad, y ved que el Señor es suave* (Sal 33, 9), esto es, por su gracia en nosotros. Y San Agustín dice: "Puesto que *mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor* (2 Cor 5, 6), gustemos al menos cuán suave es el Señor, que nos dio en prenda el espíritu, por el que, experimentamos su dulzura y deseamos ver la misma fuente, donde seremos purificados con sobria embriaguez y seremos regados como el árbol que ha sido plantado junto a las corrientes. de muchas aguas". Y añade: "Haz, Señor, te ruego, que guste con amor lo que gusto con el conocimiento; sienta con el corazón lo que siento con el entendimiento; yo te debo más que todo lo que soy; pero ni tú posees más, y yo no puedo darte más de todo lo que yo soy. Tráeme, Señor, a tu amor, llévate todo lo que yo soy."

*(De Humanitate Christi)*

### *Jueves de la cuarta semana de Pascua*

## **LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO**

*Y reposará sobre él el espíritu del Señor; espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le llenará el espíritu del temor de Dios* (Is 11, 2).

Los dones son unas perfecciones del hombre con las cuales se dispone a moverse prontamente a impulso de la inspiración divina para obrar de una manera sobrehumana:

1º) En el conocimiento de las cosas necesarias y eternas, el espíritu humano procede por modo humano citando es perfeccionado por la virtud, es decir, el entendimiento, que es el hábito de los primeros principios, o por la fe, que es la contemplación de las cosas divinas como en un espejo. Pero

que sean aprehendidas las cosas espirituales, como en su verdad desnuda, excede a la capacidad humana, y esto lo hace el don de *entendimiento*, que ilustra la mente sobre las cosas oídas por la fe.

2º) Es un procedimiento humano que el hombre juzgue y ordene las cosas inferiores por la consideración de los primeros principios y de las causas altísimas. Esto se hace por la sabiduría, que es una virtud intelectual. Pero que el hombre se una a esas causas supremas y que sea transformado a semejanza de ellas por el modo según el cual *el que se allega al Señor, un espíritu es* (1 Cor 6, 17), y que de ese modo, como de lo más profundo de sí mismo, juzgue las demás cosas y ordene, no sólo lo cognoscible, sino también las acciones y pasiones humanas, esto supera los procedimientos humanos, y se hace por el don de *sabiduría*.

3º) Para obrar es menester consejo. El modo humano es proceder inquiriendo y conjeturando según lo que suele acaecer de ordinario, y esto se obtiene por la eubolia, que es el buen consejo. Pero que el hombre reciba lo que ha de hacer, como enseñado con certeza por el Espíritu Santo, supera al modo humano, y esto lo hace el don de *consejo*.

4º) Para la ejecución el procedimiento humano consiste en que el hombre se forme un juicio de las cosas que suelen ocurrir con frecuencia según el resultado del consejo, y luego imponga el orden de ese juicio a los inferiores, lo cual se hace por la prudencia. Pero que el hombre juzgue con certeza sobre lo que debe obrar, es cosa que está sobre su capacidad, y esto se hace por el don de *ciencia*.

5º) Para los actos que regulan nuestras relaciones con los demás, están, según el modo humano, la justicia, la liberalidad, etc. Pero cuando en estas relaciones, uno no se inspira ni por el bien personal, ni el de otro, ni da a otro lo que se le debe o cuanto le conviene, sino que da en cuanto es acepto a Dios, el bien divino que resplandece en sí mismo o en el prójimo, esto está más allá de los procedimientos humanos y se hace por el don de *piedad*.

6º) En el gobierno de las pasiones del irascible, se toma humanamente por medida o regla el bien de la razón. Que el hombre, midiendo las propias fuerzas, se extienda a acciones arduas de virtud según la medida de aquéllas, corresponde a la magnanimidad. La virtud de la fortaleza enseña a acometer o huir males inminentes según la medida de sus fuerzas. La mansedumbre hace que el hombre no se vengue más allá de lo que pide la gravedad de la ofensa y el orden del derecho. Pero que el hombre tome por medida en todas esas cosas la virtud divina, para emprender obras de virtud con relación a las cuales sabe que no se basta con sus propias fuerzas, que no terna los peligros

que exceden a esas fuerzas, confiado en la ayuda divina, y que no solamente no exija venganza por las injurias recibidas, antes bien se gloríe en ellas, poniendo sus miras en la recompensa, son cosas sobrehumanas; esto se hace por el don de *fortaleza*.

7º) En las pasiones del apetito concupiscible nos dirigimos, según el modo humano, al bien de la razón, esto es, a que el hombre se aficione a los bienes temporales en cuanto necesita de ellos, lo cual se obtiene por la templanza. Pero que el hombre por reverencia a la divina majestad considere todas esas cosas como estiércol, es también cosa sobrehumana, y esto lo hace por el don del *temor de Dios*.

(3. *Dist.*, 34, q. I, a. 2)

### *Viernes de la cuarta semana de Pascua*

## **EL DON DE LA PIEDAD**

Toda la materia moral se divide en tres partes: las cosas deleitables, que sigue el amor carnal; las cosas difíciles, de las que huye; y las comunicables que se refieren a otro, las cuales más bien consisten en acción que en pasión.

En cada una de ellas interviene la dirección de las virtudes y de los dones, pero de manera diferente. Porque la virtud dirige tornando como regla algo humano, mas el don toma lo divino como regla.

En los deleites, la virtud se inspira en la dignidad humana, que nosotros envilecemos por los deleites temporales. Mas el don se inspira en la dignidad divina a la que nosotros tememos ofender por esos bienes terrenos; lo cual pertenece al temor. Y lo mismo hay que decir del don de fortaleza, y de las virtudes que tienen por fin soportar las dificultades o combatirlas.

Así también acaece en las relaciones con el prójimo. Porque en ellas las virtudes dirigen tomando por medida algo humano, esto es, la conveniencia o la deuda. Pero el don toma en esto por regla al mismo Dios; de modo que, como ya se ha dicho, por el don de fortaleza el hombre emprende cosas difíciles usando del poder divino como suyo, por la confianza, e igualmente se comunica con otro usando de Dios como de sí mismo, esto es, que ejecute como unido a Dios las cosas que convienen en esas relaciones. Por lo cual el Señor exhorta a imitar la liberalidad del Padre celestial, el cual *hace nacer su sol sobre buenos y malos* (Mt 5, 45). Y

porque esta comunicación de las cosas divinas se llama piedad, por eso también el don que torna la medida divina en las relaciones con los demás llámase piedad.

Aunque la virtud de la piedad se ejercita para con Dios, torna, en esto, algo de humano por medida, es decir, el beneficio recibido de Dios; razón por la cual le somos deudores. Mas el don de piedad toma, en esto, por medida algo divino: honrar a Dios, no porque seamos sus deudores, sino porque Dios es digno de honor. Por este modo el mismo Dios se da honor a sí mismo.

El don de la piedad no es lo mismo que el de la misericordia, pues la misericordia tiende a aliviar las miserias de los prójimos, porque están unidos por la sangre o la amistad o la semejanza de naturaleza, tornando en todo por medida algo humano, como las demás virtudes. Pero el don de piedad se mueve a remediar las miserias de los prójimos por un motivo divino: porque son hijos de Dios o están dotados de la semejanza divina. Por lo cual tiene con más propiedad el nombre de piedad, que significa algo divino.

(3. *Dist. XXXIV, q. III, a. 2*)

### *Sábado de la cuarta semana de Pascua*

## **NÚMERO DE LAS BIENAVENTURANZAS**

Algunos establecieron una triple bienaventuranza; porque unos la cifraron en la vida voluptuosa, otros en la vida activa, y otros en la vida contemplativa. Por eso el Señor señaló algunas bienaventuranzas como destructoras del obstáculo de la felicidad voluptuosa.

I. La vida voluptuosa consiste en dos cosas:

1.<sup>a</sup>) En la afluencia de los bienes exteriores, sean riquezas u honores; de los que el hombre se retrae por la virtud, que le aconseja usar de ellos con moderación; mas por el don, de un modo más excelente, despreciándolos totalmente el hombre. Por eso se pone como primera bienaventuranza: *Bienaventurados los pobres de espíritu; porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt 5, 3), lo cual puede referirse al desprecio de las riquezas o al desprecio de los honores; y sé hace por la humildad.

2.<sup>a</sup>) La vida voluptuosa consiste en seguir las propias pasiones, ya sea la irascible, ya la concupiscible. La virtud impide seguir la pasión de la

irascibilidad, para que el hombre no sobrepase los límites razonables en cosas superfluas; pero por el don se hace de modo más excelente, de suerte que el hombre esté totalmente sereno respecto de ella, conforme a la voluntad divina. Por eso se fija por segunda bienaventuranza: *Bienaventurados los mansos* (Ibíd. 4).

La virtud impide seguir las pasiones de la concupiscencia por un uso moderado de tales pasiones; mas el don las desecha totalmente, si es necesario; y aún más, aceptando voluntariamente el llanto si es preciso. De ahí la tercera bienaventuranza: *Bienaventurados los que lloran* (Ibíd. 5).

II. La vida activa consiste principalmente en las cosas que entregamos al prójimo, o por razón de débito, o por espontáneo beneficio.

A lo primero nos dispone la virtud, para que no rehusemos pagar al prójimo lo que le debemos, lo cual pertenece a la justicia; pero el don nos induce a esto mismo con afecto más generoso, a saber, con un deseo ferviente de cumplir las obras de justicia, semejante al deseo ardiente con que desean el alimento y la bebida el hambriento y el sediento. De ahí la cuarta bienaventuranza: *Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia* (Ibíd. 6).

Por lo que se refiere a las dádivas espontáneas, la virtud nos perfecciona para que las demos a aquéllos a quienes dicta la razón que debemos donarlas, por ejemplo, a los amigos, o a nuestros parientes, lo cual corresponde a la virtud de la largueza. Mas el don, por reverencia a Dios, solamente considera la necesidad en aquéllos a quienes presta gratuitos beneficios. Por eso se dice: *Cuando das una comida, o una cena, no llares a tus amigos, ni a tus hermanos, ...sino llama a los pobres, lisiados, etc.* (Lc 14, 11.13), lo cual es, con propiedad, compadecerse. De ahí la quinta bienaventuranza: *Bienaventurados los misericordiosos* (Ibíd. 7).

III. Las cosas pertenecientes a la vida contemplativa, o son la misma bienaventuranza final, o alguna incoación de ella; y por tanto no se incluyen en las bienaventuranzas como méritos, sino como premios.

Pero se asignan como méritos los efectos de la vida activa, con los que el hombre se dispone para la vida contemplativa, y el efecto de la vida activa, en cuanto a las virtudes y dones con que el hombre se perfecciona en sí mismo, es la pureza de corazón, para que éste no se manche con pasiones. De ahí la sexta bienaventuranza: *Bienaventurados los limpios de corazón* (Ibíd. 8).

Por fin, en cuanto a las virtudes y dones con que el hombre se perfecciona en orden al prójimo, el efecto de la vida activa es la paz, según aquello

de Isaías: *Obra de la justicia será la paz* (32, 17). Y por tanto la séptima bienaventuranza es: *Bienaventurados los pacíficos* (Mt 5, 9).

(1<sup>a</sup> 2<sup>ae</sup>., q. LXIX, a. 3).

## *Quinto Domingo de Pascua*

### **LOS PREMIOS DE LAS BIENAVENTURANZAS**

1º) Los premios de las tres primeras bienaventuranzas se toman según aquellas cosas que algunos buscan en la dicha terrena; pues los hombres buscan en la cosas exteriores, como en las riquezas y en los honores, cierta excelencia y abundancia, cosas ambas incluidas en el reino de los cielos, por el cual consigue el hombre la excelencia y abundancia de bienes en Dios. Por eso el Señor prometió a los pobres de espíritu el reino de los cielos.

Los hombres feroces y crueles pretenden por medio de litigios y guerras adquirir para sí seguridad, destruyendo a sus enemigos; por eso el Señor prometió a los mansos posesión segura y tranquila de la tierra de los vivientes, por la cual se significa la estabilidad de los bienes eternos.

Buscan los hombres en las concupiscencias y deleites del mundo tener consuelo contra los trabajos de la vida presente; y por eso el Señor prometió la consolación de la vida a los que lloran..

2º) Las otras dos bienaventuranzas pertenecen a las obras de la bienaventuranza activa que son las obras de las virtudes que ordenan al hombre para con el prójimo; de las cuales obras se retraen algunos por el amor desordenado del bien propio; y por eso el Señor adjudica aquellos premios a estas bienaventuranzas por las que los hombres se apartan de ellas. Pues algunos se apartan de las obras de justicia no pagando sus deudas, sino, más bien, hurtando lo ajeno, para enriquecerse en bienes temporales; de ahí que el Señor prometiera hartura a los que tienen hambre de justicia. Se apartan también, algunos, de las obras de misericordia, para no mezclarse en las miserias ajenas, mas el Señor prometió, a los misericordiosos, misericordia, por la cual se libran de toda miseria.

3º) Las dos últimas bienaventuranzas corresponden a la felicidad o bienaventuranza contemplativa; y por eso, según la conveniencia de las disposiciones que se suponen en el mérito, se dan los premios. Porque como la limpieza del ojo dispone a la visión clara, se promete la visión divina a los limpios de corazón.

El tener paz consigo mismo o con los otros manifiesta que el hombre es imitador de Dios, que es Dios de unión y de paz; y así, se le otorga por premio la gloria de la filiación divina, que consiste en la perfecta unión con Dios por medio de la sabiduría consumada.

4º) Todos aquellos premios se consumarán perfectamente en la vida futura, pero entre tanto también comienza de algún modo en esta vida; Porque el reino de los cielos puede entenderse como principio de la perfecta sabiduría, según el cual comienza el espíritu a reinar en ellos. La posesión de la tierra significa también el buen afecto del alma reposando por el deseo en la estabilidad de la herencia perpetua significada por la tierra. Pero son consolados en esta vida, participando del Espíritu Santo, que se llama Paráclito, esto es, consolador. Son saturados también en esta vida con aquel manjar, del cual dice el Señor: *Mi comida es que haga la voluntad del que me envió* (Jn 4, 34). También en esta vida consiguen los hombres la misericordia de Dios; e igualmente, purificado el ojo por el don de entendimiento, Dios puede ser visto de alguna manera en esta vida; así como en esta vida son llamados, a su vez, hijos de Dios los que pacifican sus movimientos acercándose a la semejanza de Dios. Sin embargo, todo esto se verificará más perfectamente en la patria.

( 1ª 2ª q. LXIX, a. 4 y a. 2 ad 3<sup>um</sup>)

### *Lunes de la quinta semana de Pascua*

## **FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO**

*Mis flores son frutos de honor y de riquezas* (Eclo 24, 23).

I. De dos maneras puede ser el fruto: *adquirido*, por el trabajo o por el estudio; y *producido*, como es producido el fruto por el árbol. Las obras del Espíritu Santo se llaman frutos, no como alcanzados o adquiridos, sino como producidos; mas el fruto que es alcanzado tiene razón de fin último, no así el fruto producido. No obstante, el fruto así tomado encierra dos cosas: es lo último del que lo produce, como el fruto es lo último que produce el árbol, y es suave y deleitable, como dice la Escritura: *Su fruto dulce a mi garganta* (Cant 2, 3).

Así, pues, las obras de las virtudes y del espíritu son algo último en nosotros. Porque el Espíritu Santo está en nosotros por gracia, mediante la cual adquirimos el hábito de las virtudes, y con él somos poderosos para

obrar de acuerdo a la virtud. Son también deleitables. *Tenéis vuestro fruto en santificación* (Rom 6, 22), es decir, en obras santificadas, y por lo tanto se llaman frutos.

Se llaman, además, *flores* con relación a la bienaventuranza futura, porque así como de las flores se concibe la esperanza del fruto, igualmente de las obras virtuosas se concibe la esperanza de la vida eterna y de la bienaventuranza. Y así como en la flor se da cierta incoación del fruto, de la misma manera en las obras de las virtudes existe cierta incoación de la bienaventuranza que tendrá lugar cuando se perfeccionen el conocimiento y la caridad.

Por consiguiente, las obras de las virtudes han de apetecerse por sí mismas de dos maneras: o porque encierran en sí mismas la dulzura, o la causa de la bienaventuranza, que es su fin; del mismo modo que una medicina dulce se apetece formalmente por sí misma, pues tiene en sí algo que la hace apetecible, la dulzura, y también se apetece por el fin, que es la salud.

II. Por todo esto se ve por qué el Apóstol llama efectos a las obras de la carne, y a los frutos del espíritu los llama frutos. Pues se llama fruto algo final y suave por sí. Mas lo que se produce de otro, contra naturaleza, no tiene razón de fruto, sino que es producido por otro germen.

Las obras de la carne y de los pecados están fuera de la naturaleza de las cosas que Dios ha sembrado en nuestra naturaleza. Pues Dios depositó ciertas semillas en la naturaleza humana, es decir, el apetito natural del bien y el conocimiento, y añadió, además, los dones de la gracia. Por lo tanto, puesto que las obras de las virtudes son naturalmente producidas por aquéllos, se llaman frutos, y no obras de la carne; *frutos del espíritu*, que nacen en el alma por la semilla de la gracia espiritual.

Es claro que las obras de las virtudes se llaman *frutos del espíritu*, no sólo porque encierran en sí suavidad y dulzura, sino también porque son cierto producto final, según la conveniencia de los dones.

La diferencia entre dones, bienaventuranzas, virtudes y frutos se establece del modo siguiente: en la virtud debe considerarse el hábito y el acto. El hábito de la virtud perfecciona para obrar bien. Si perfecciona para obrar al modo humano, se llama *virtud*; si perfecciona para obrar de un modo sobrehumano, se llama *don*.

El acto deja virtud, o es perfectivo, y en este caso se llama *bienaventuranza*, o es deleitoso, y así es *fruto*.

(*In Gal.*, V)

## **NÚMERO DE LOS FRUTOS DEL ESPÍRITU SANTO**

*De la una y de la otra parte del río, el árbol de la vida, que da doce frutos* (Apoc 22, 2). El Apóstol enumera convenientemente doce frutos, en la epístola a los Gálatas (5, 22-23). Debe considerarse la distinción de estos frutos según el diverso procedimiento del Espíritu Santo en nosotros, esto es, según que el espíritu del hombre se ordene: 1º, en sí mismo; 2º, a las cosas próximas a él; 3º, a las que le son inferiores.

I. El espíritu del hombre se ordena en sí mismo, cuando se conduce rectamente en los bienes y males.

La primera disposición del corazón del hombre para el bien es por amor, que es la primera afección y raíz de todas las afecciones, y por consiguiente se pone la *caridad* como primer fruto del espíritu, en la cual se da especialmente el Espíritu Santo, como en propia semejanza, puesto que él es amor. Al amor de caridad sigue necesariamente el *gozo*; porque todo el que ama goza la unión del amado, y la caridad tiene siempre presente a Dios, a quien ama. *Quien permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él* (1 Jn 4, 16). Por lo cual el gozo es consecuencia de la caridad.

Mas la perfección del gozo es la paz en dos conceptos:

1º) En cuanto a la quietud respecto de las conturbaciones exteriores, pues no puede gozar perfectamente del bien amado el que en su fruición es perturbado por otras cosas; y además quien tiene el corazón perfectamente pacífico en un objeto, no puede ser molestado por ningún otro, porque reputa lo demás como nada. Por lo cual se dice: *Mucha paz para los que aman tu ley; y no hay para ellos tropiezo* (Sal 118, 165), porque no son perturbados por cosas exteriores que les impidan gozar de Dios.

2º) En cuanto al sosiego del deseo fluctuante, porque no goza perfectamente de algo aquél a quien no basta lo que goza, y la paz lleva consigo estas dos cosas, es decir, que no seamos turbados por las cosas exteriores, y que nuestros deseos reposen en un solo objeto; por esto, después de la caridad y del gozo, se designa en tercer lugar la *paz*.

En los males se halla bien dispuesta el alma en cuanto a dos cosas: 1º, en no ser perturbada por la inminencia de males, lo cual corresponde a la paciencia; y 2º, en que tampoco se turbe por la dilatación de los bienes, lo

cual pertenece a la longanimidad; pues el carecer del bien tiene razón de mal<sup>35</sup>.

En lo que está cerca del hombre, es decir, el prójimo, la mente del hombre se dispone bien:

1º) En la voluntad de hacer el bien, y esto pertenece a la *bondad*.

2º) En el ejercicio de la beneficencia; y a esto responde la *benignidad*; pues dicen benignos a aquellos a quienes el fuego del amor enfervoriza para hacer bien a los prójimos.

3º) En tolerar ecuánimemente los males causados por aquéllos (los prójimos); a lo cual responde la *mansedumbre*, que cohibe la ira.

4º) En que no solamente no perjudiquemos a los prójimos con la ira, sino que ni aun con el fraude o el engaño; y a esto se refiere la *fe*, en el sentido de fidelidad; pero si se toma por la fe con la que se cree en Dios, por ésta se ordena el hombre a lo que está sobre él, sometiendo su entendimiento a Dios, y por consiguiente, a todas las cosas que son de Dios.

III. Respecto a lo que es inferior al hombre, éste se dispone bien, en cuanto a las acciones exteriores, por la *modestia*, que guarda moderación en todos los dichos y en los hechos; en cuanto a las concupiscencias inferiores, por la *continencia* y la *castidad*, ya se distingan estas dos en el sentido de que la castidad refrena al hombre de lo lícito; ya en que el continente sufre las concupiscencias, sin dejarse seducir, y el casto ni las sufre ni sucumbe.

(1ª 2ª, q. LXX, a. 3)

### *Miércoles de la quinta semana de Pascua*

## **EL HOMBRE EN ESTADO DE GRACIA PUEDE MERECE DE CONDIGNO LA VIDA ETERNA**

Lo que se da según el justo juicio parece ser la recompensa condigna. Es así que la vida eterna se da por Dios conforme al juicio de justicia, según aquello del Apóstol: *Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que el Señor justo juez me dará en aquel día* (2 Tim 4, 8). Luego el hombre merece de condigno la vida eterna.

---

<sup>35</sup> *Ethic.*, lib. V, cap. 3.

La obra meritoria del hombre puede considerarse de dos modos: 1º, en cuanto procede del libre albedrío; 2º, en cuanto procede de la gracia del Espíritu Santo.

Si se considera según la sustancia de la obra y como procedente del libre albedrío, no puede, en este concepto, haber en ella condignidad a causa de la inmensa desigualdad, pero se da congruidad por cierta igualdad proporcional, pues parece congruente que, obrando el hombre según su virtud, sea recompensado por Dios según la excelencia de su virtud.

Pero si hablamos de la acción meritoria en cuanto procede de la gracia del Espíritu Santo, entonces es merecedora de la vida eterna de condigno, puesto que así el valor del mérito se estima según la virtud del Espíritu Santo que nos conduce a la vida eterna, según aquello del Evangelio: *Se hará en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna* (Jn 4, 14). El valor de la obra se gradúa también según la dignidad de la gracia, por la que el hombre, hecho consorte de la naturaleza divina, es adoptado como hijo de Dios, a quien se debe la herencia por el derecho mismo de la adopción, según aquello: *Si hijos, también herederos* (Rom 8, 17).

La gracia del Espíritu Santo, que poseemos en esta vida, aunque no sea igual a la gloria en acto, es, sin embargo, igual virtualmente; como la semilla del árbol, en la cual se contiene virtualmente todo el árbol. Asimismo el Espíritu Santo, que habita en el hombre por la gracia, es causa suficiente de la vida eterna; por lo cual se dice que es la prenda de nuestra herencia.

(1ª 2ª, q. CXIV, a. 3)

### *Jueves de la quinta semana de Pascua*

## **MÁS PRINCIPALMENTE MERECEMOS POR LA CARIDAD QUE POR LAS OTRAS VIRTUDES**

*Si alguno me ama, será amado de mi Padre, y yo le amare, y me manifestaré a él* (Jn 14, 21). Es así que la vida eterna consiste en la visión manifiesta de Dios, según aquello: *Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero* (Jn 17, 3). Luego el mérito de la vida eterna reside principalmente en la caridad.

1. El acto humano merece por dos razones: 1º, por razón de la ordenación divina, según la cual se dice ser el acto meritorio de aquel bien, al cual el hombre es ordenado por Dios; 2º, por parte del libre albedrío,

según el cual el hombre tiene sobre las demás criaturas la preferencia de obrar por sí mismo y voluntariamente. En ambos conceptos lo principal del mérito consiste en la caridad; porque debe considerarse que la vida eterna consiste en el goce de Dios, y el movimiento del alma humana hacia la fruición del bien divino es el acto propio de la caridad, por el que todos los actos de las otras virtudes se enderezan a ese fin, ya que las demás virtudes son regidas por la caridad. Por consiguiente el mérito de la vida eterna corresponde primariamente a la caridad, y secundariamente a las demás virtudes, puesto que los actos de éstas son regidos por la caridad.

Es evidente también que lo que hacemos por amor, lo hacemos con la mayor voluntariedad, y por lo tanto también se atribuye el mérito principalmente a la caridad, por cuanto para la razón de mérito se requiere que sea voluntaria.

II. No siempre una obra posee mayor mérito por ser más laboriosa y difícil. De dos maneras una obra puede ser laboriosa y difícil: 1º, por la grandeza de la obra; y así la grandeza del trabajo pertenece al aumento del mérito, porque la caridad, aunque convierte las cosas terribles y violentas en fáciles y casi nulas, no disminuye el trabajo, antes bien, hace acometer mayores empresas; pues, como dice San Gregorio<sup>36</sup>, cuando existe, obra grandes cosas; 2º, por defecto del agente mismo, porque a cada cual es penoso y difícil lo que no hace con pronta voluntad; y tal trabajo disminuye el mérito y es anulado por la caridad.

En gran manera son meritorios los actos de la fe y de la paciencia y fortaleza, como se ve en los mártires, que pelearon por la fe con paciencia y fortaleza hasta la muerte. Mas el acto de fe no es meritorio, si la fe no obra por amor, y del mismo modo el acto de la paciencia y de la fortaleza, si uno no los ejecuta por caridad, según aquello: Si entregare mi cuerpo para ser quemado, y no tuviere caridad, nada me aprovecha (1 Cor 13, 3).

(1ª 2ª, q. CXIV, a. 4)

---

<sup>36</sup> *Homil. 30 in Evangel.*

**LAS OBRAS DEL PRIMER HOMBRE EN EL ESTADO DE INOCENCIA ¿FUERON MENOS EFICACES PARA MERECER QUE LAS OBRAS NUESTRAS?**

La magnitud del mérito puede medirse de dos maneras:

1º) Por la caridad y la gracia, que son su raíz, y bajo este aspecto la magnitud del mérito corresponde al premio esencial, que consiste en el goce de Dios; pues el que obra con mayor caridad más perfectamente goza de Dios.

2º) Por la cantidad de la obra, que puede, a su vez, ser doble, es decir, absoluta y proporcional. Porque la viuda que depositó dos pequeñas monedas en el gazofilacio del templo, hizo una obra menor en cantidad absoluta que los que depositaron grandes limosnas; pero proporcionalmente hizo más la viuda, según sentencia del Señor (Lc 21, 3), porque superaba en más sus posibilidades. Ambas cantidades de mérito corresponden al premio accidental, que consiste en el gozo del bien creado.

Así, pues, debe decirse que las acciones del hombre fueron más eficaces para merecer en el estado de inocencia que después del pecado, si se considera la magnitud del mérito por parte de la gracia, que habría sido entonces más copiosa, no oponiéndose ningún obstáculo a ella en la naturaleza humana; igualmente si se considera la cantidad absoluta de la obra; porque siendo el hombre de mayor virtud, habría realizado obras mayores. Pero atendida la cantidad proporcional, hállase mayor razón de mérito después del pecado por la debilidad del hombre. Porque una obra pequeña *excede* la potencia del que la ejecuta con esfuerzo más que una obra grande al que la ejecuta sin dificultad.

La dificultad y la lucha pertenecen efectivamente a la magnitud del mérito según la cantidad proporcional de la obra. Y es señal de la prontitud de la voluntad el esforzarse para lo difícil. Mas la prontitud de la voluntad viene de la grandeza de la caridad. Puede, no obstante, acaecer que alguno haga una obra fácil con tan pronta voluntad como otro una difícil, por estar dispuesto a ejecutar también lo difícil. Mas la dificultad actual en lo que tiene de pena es, además, satisfactoria por el pecado.

(1ª part. q. XCV, a. 4).

## *Sábado de la quinta semana de Pascua*

### **EL HOMBRE PUEDE MERECE AUMENTO DE GRACIA**

Así como a la culpa sigue doble pena, una que acompaña a la misma culpa, como el remordimiento de conciencia y otras semejantes, según lo que dice San Agustín, "que el ánimo desordenado es pena para sí mismo", y otra que se inflige exteriormente por Dios-Juez o por el hombre; del mismo modo también un doble premio corresponde al mérito: uno que acompaña a la misma obra meritoria, como la alegría de la buena acción y otros semejantes; y otro que dan Dios, o el hombre por la buena obra, como la vida eterna y todo lo que se da de este modo.

Mas el acto meritorio se ordena de modo diverso en este doble premio. Porque según su forma es proporcionado al primer premio; por ejemplo: por el hecho de ser un acto que procede de un hábito perfecto, es deleitable, por lo cual el acto se refiere a su principio como a causa. Pero en cuanto al premio que se da exteriormente, solamente se ordena según una proporción de dignidad, de modo que quien mucho mereció, otro tanto recibirá en recompensa en cualquier bien, y quien mucho pecó, otro tanto será castigado.

Según esto, digo que por el acto meritorio se merece acrecentamiento de gracia, del mismo modo que el premio, concomitante a la naturaleza del acto meritorio, porque es natural que todo acto haga posible la adquisición o aumento de un acto semejante, ya efectivamente, ya disponiendo a él.

El hombre que tiene la gracia puede adelantar más, pero no es que él mismo aumente la gracia en sí, puesto que sólo Dios puede dar este aumento; sino en el sentido de que el hombre puede, por una gracia recibida, merecer que se le aumente la gracia, disponiéndose a ser más capaz de una gracia mayor.

Ciertamente el acrecentamiento de gracia, lo mismo que su infusión, procede de Dios, pero de manera distinta se relacionan nuestros actos con la infusión de la gracia y con el aumento de ella. Porque antes de la infusión de la gracia el hombre no es todavía participante del ser divino; por lo cual sus actos son absolutamente desproporcionados para merecer alguna cosa divina, que excede la capacidad de la naturaleza. Sin embargo, por la infusión de la gracia el hombre se constituye en el ser divino, y entonces sus actos llegan a ser proporcionados y, por lo mismo, a merecer aumento o perfección de gracia.

(2 Dist. 27, q. I, a. 5)

Pero la gracia no se aumenta de hecho por cualquier acto meritorio. Por cada acto meritorio el hombre merece aumento de gracia, como también la consumación de la gracia, que es la vida eterna. Mas así como la vida eterna no es dada inmediatamente, sino a su tiempo, del mismo modo la gracia no se aumenta en el instante, sino a su tiempo, es decir, cuando uno está suficientemente dispuesto al aumento de la gracia.

(1<sup>a</sup> 2<sup>ae</sup> q. CXIV, a. 8, ad 3<sup>um</sup>)

## *Sexto Domingo de Pascua*

### LA ORACIÓN

*Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy, porque me has oído (Jn 11, 41).*

Dos cosas indica el Evangelista: 1<sup>a</sup>) El modo conveniente de orar, porque *alzando los ojos a lo alto*, esto es, elevó su inteligencia, llevándola al excelso Padre por la oración. Si nosotros queremos orar a ejemplo de Cristo, debernos elevar hasta él los ojos del alma, apartándolos de las cosas presentes, recuerdos, pensamientos y deseos.

También levantamos los ojos hacia Dios, cuando, desconfiando de nuestros méritos, esperamos en su sola misericordia, según aquello del Salmo 122, 1-2: *Alcé mis ojos a ti, que habitas en los cielos... Como los ojos de la esclava en manos de su señora; así nuestros ojos al Señor Dios nuestro, hasta que tenga misericordia de nosotros.* Y agrega Jeremías: *Levantemos al Señor nuestros corazones con las manos hacia los cielos (Lam 3, 41).*

Se dice en la epístola a los Colosenses: *No cesamos de orar por vosotros, y de pedir (1, 9).* La oración es una elevación del alma hacia Dios. Pedir es suplicar alguna cosa. La oración debe preceder, para que sea escuchado el que pide devotamente, como los que piden comienzan por la persuasión, para inclinar a sus necesidades. Del mismo modo, debemos nosotros comenzar por la devoción y la meditación sobre Dios y las cosas divinas, no para doblegarlo a él, sino para alzarnos nosotros hasta él (*In Col., 1*).

2<sup>a</sup>) La eficacia de la oración se expresa en estas palabras: *Padre, gracias te doy, porque me has oído.*

Tenemos aquí una prueba de que Dios es fácil para otorgar, como se lee en el Salmo 9, 17: *Oyó el Señor el deseo de los pobres*, es decir, que escucha el deseo antes de que se profieran las palabras. Y en Isaías: *Luego que oyere la voz de tu clamor, te responderá* (Is 30, 19); y más adelante: *Cuando aún estén hablando, yo los oiré* (65, 24).

Con mayor razón conviene considerar que Dios Padre, previniendo la oración de Cristo Salvador, la escuchó; porque las lágrimas que Cristo derramó por la muerte de Lázaro hicieron las veces de oración.

En el hecho de que al principio de la oración dio acciones de gracias, se nos da el ejemplo de que, cuando queremos orar, demos gracias a Dios por los beneficios recibidos antes de pedir cosas futuras, cumpliendo lo que dice el Apóstol: *En todo dad gracias* (1 Tes 5, 18).

(In Joan., XI).

## *Lunes de la sexta semana de Pascua*

### **BIENES DE LA ORACIÓN**

Los bienes de la oración son tres.

I. Es un remedio útil y eficaz contra los males; pues libra de los pecados cometidos, como dice el Profeta: *Tú perdonaste la impiedad de mi pecado. Por esta razón orará a ti todo santo en el tiempo oportuno* (Sal 31, 5).

Así el ladrón oró en la cruz y obtuvo el perdón: *hoy serás conmigo en el paraíso* (Lc 23, 43). Así el publicano oró, y *descendió justificado a su casa* (Lc 18, 14).

Libra también del temor de los pecadores que asedian, de las perturbaciones y tristezas. *¿Hay alguno triste entre vosotros? Haga oración* (Stg 5, 13).

Libra además de las persecuciones y de los enemigos. *En vez de amarme, decían mal de mí; mas yo oraba* (Sal 108, 4).

II. Es eficaz y útil para lograr todo lo que se desea. *Todas las cosas que pidieréis orando; creed que las recibiréis; y os vendrán* (Mc 11, 24). Si no somos escuchados es porque no perseveramos: *es menester orar siempre, y no desfallecer* (Lc 18, 1); o no pedirnos lo que más conviene a la salvación. San Agustín dice: "El Señor bueno, que muchas veces no da lo que quere-

mos, para dar lo que querríamos mejor." Existe el ejemplo de San Pablo, que pidió tres veces le fuese quitado el agujón (de la carne) y no le fue otorgado (2 Cor 12, 7-9).

III. Es útil, porque nos hace amigos de Dios: *Suba derecha mi oración como un perfume en tu presencia* (Sal 140, 2).

(*In Oration. Dominic.*)

La oración es un acto de religión, por el cual el hombre tributa veneración a Dios en cuanto se somete a él y reconoce, al pedirle, que tiene necesidad de él como autor de sus bienes.

Orando, entrega el hombre su alma a Dios, la que somete a él por respeto y, en cierto modo, la presenta; pues así como el alma humana es superior a los miembros exteriores o corporales, o a las cosas exteriores que se aplican al servicio de Dios, así también la oración aventaja a los otros actos de religión.

(2<sup>a</sup> 2<sup>ae</sup> q. LXXXIII, a. 3)

Ciertamente, Dios nos da muchas cosas por su liberalidad, aun las que no pedimos; pero otras quiere dárnoslas a requerimiento nuestro, lo cual es para nuestra utilidad, es decir, para que recibamos cierta confianza de recurrir a él y reconozcamos que es el autor de nuestros bienes. Por eso dice San Juan Crisóstomo: "Considera cuánta es la felicidad que se te ha dado, cuánta la gloria concedida, esto es: hablar con Dios en la oración, tener coloquios con Cristo, y poder pedir lo que quieras y lo que desees"<sup>37</sup>.

(2<sup>a</sup> 2<sup>ae</sup>, q. LXXXIII, a. 2)

## *Martes de la sexta semana de Pascua*

### **LA ORACIÓN DOMINICAL**

Posee la oración dominical cinco excelencias que se requieren en la oración. Pues la oración debe ser confiada, recta, ordenada, devota y humilde.

Confiada, esto es, que *lleguemos confiadamente oil trono de la gracia* (Hebr 4, 16); que además no desfallezca en la fe, como dice la Escritura: *Pídala con fe, sin dudar en nada* (Stg 1, 6). Esta oración dominical es segurísima, pues fue compuesta por nuestro abogado, que es demandante

---

<sup>37</sup> *Implic. hom. II; De orat. circa princ.; hom. XXX in Genes.*

sapientísimo, *en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia* (Col 2, 3). Por eso dice San Cipriano: "Teniendo a Cristo por abogado de nuestros pecados ante el Padre, empleemos las palabras de nuestro abogado, cuando pedimos por nuestros delitos"<sup>38</sup>.

Más segura aparece, porque quien nos enseñó a orar, escucha la oración con el Padre, según aquello del Profeta: *Clamará a mí, y yo le oiré* (Sal 90, 15). Por eso dijo San Cipriano: "Es una oración amiga, familiar y devota la del que ruega al Señor con su oración. Por lo cual nunca nos retirarnos sin fruto de esta oración, pues por ella se perdonan las faltas veniales"<sup>39</sup>.

Nuestra oración debe ser recta, es decir, que el que ora debe pedir a Dios lo que le conviene. Muchas veces no es escuchada la oración, porque se piden cosas inconvenientes. Es muy difícil saber lo que es menester pedir, como es muy difícil saber lo que se ha de desear, como dice el Apóstol: *No sabemos lo que hemos de pedir como conviene; mas el mismo Espíritu pide por nosotros* (Rom 8, 26). Pues si Cristo es quien da el Espíritu Santo, a él le corresponde enseñar lo que nos conviene pedir. Luego se piden rectísimamente las cosas que él mismo nos enseñó, a pedir.

La oración debe ser ordenada como el deseo, pues la oración es intérprete del deseo. El orden debido es que en los deseos y oraciones prefiramos lo espiritual a lo carnal, lo celestial a lo terreno. Esto mismo nos enseñó el Señor en esta oración, en la que primero se piden los bienes celestiales y después los terrenos.

La oración debe ser devota, porque la suavidad de la oración hace que el sacrificio de ésta sea acepto a Dios. *En tu nombre alzaré mis manos; como de grosura y de gordura sea rellena mi alma* (Sal 62, 5). Mas la devoción se debilita muchas veces a causa de la prolijidad de la oración; por eso el Señor enseñó a evitar la prolijidad superflua de la oración en estas palabras: *Cuando oréis, no habléis mucho* (Mt 6, 7). Y San Agustín dice: "Lejos de la oración el mucho hablar, pero que no falte el llamamiento múltiple, si persevera la intención ferviente. Por eso el Señor instituyó esta breve oración. La devoción es resultante de la caridad, que es el amor de Dios y del prójimo, en el que se inspira esta oración; porque para indicar el amor divino, llamamos Padre a Dios; para señalar el del prójimo, oramos comúnmente por todos diciendo: *Padre nuestro, y perdónanos nuestras deudas*; a lo cual nos incita el amor del prójimo."

---

<sup>38</sup> *De Orat. Dom.*

<sup>39</sup> *De Orat. Dom.*

La oración debe ser también humilde, como se dice en el Salmo: *Miró a la oración de los humildes* (Sal 101, 18); y en San Lucas con ocasión del fariseo y del publicano (Lc 16, 10 y sgtes.); y también, en Judit: *Siempre te agradó la oración de los humildes y de los mansos* (9, 16). Esa humildad tiene su lugar en esta oración; porque existe verdadera humildad cuando uno no presume en nada de sus fuerzas, sino que todo espera alcanzarlo de la virtud divina.

(*In Orat. Dominic.*)

### *Miércoles de la sexta semana de Pascua*

## **POR QUÉ LAS ORACIONES NO SON ESCUCHADAS ALGUNAS VECES**

*Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré* (Jn 14, 13).

¿Qué es lo que dice el Señor: *Todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, yo lo haré*, siendo así que vemos a muchos fieles pedir y no recibir? Según San Agustín, debe considerarse lo que aquí dice primero: *en mi nombre*, y lo que añade después; *yo lo haré*. El nombre de Cristo es nombre de salvación, como se dice en San Mateo: *Le pondrás por nombre Jesús porque él salvará a su pueblo de sus pecados* (1, 21). Luego el que pide alguna cosa que pertenece a la salvación, pide en nombre de Cristo. Mas acontece que uno pide cosas extrañas a su salvación, de dos maneras:

1º) Por mala disposición; por ejemplo, cuando pide algo a que tiene inclinación, lo cual impediría la salvación, si lo poseyera. Por lo tanto, quien así pide, no es escuchado, pues pide malamente, como dice Santiago: *Pedís y no recibís; y esto es porque pedís mal* (Stg 4, 3). Porque cuando alguno, por un afecto desordenado, va a usar mal de lo que quiere recibir, no lo recibe, por la misericordia del Señor, que no le escucha según su deseo, sino que obra para su bien, pues, el Señor de bondad niega muchas veces lo que pedimos, para concedernos lo que deberíamos preferir.

2º) Por ignorancia, cuando uno pide alguna vez lo que cree convenirle y, sin embargo, no le conviene. Pero Dios, mirando mejor por ellos, no hace lo que le piden. Así San Pablo, que había trabajado más que los otros, pidió tres veces al Señor que apartase de él el agujijón de la carne, y, sin embargo, no obtuvo lo que pidió, porque no le convenía, como puede verse en la II Epístola a los de Corinto (12, 7). Y en la carta a los Romanos dice: *No*

*sabemos lo que hemos de pedir como conviene; mas el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inexplicables (8, 26). Y el mismo Señor dice en San Mateo 20, 22: No sabéis lo que pedís.*

Es evidente, pues, que cuando pedimos en su nombre, es decir en nombre de Jesucristo, él lo hará. Pero dice: yo lo haré en futuro; mas no dice: lo hago, en presente, porque a veces difiere hacer lo que pedimos, para acrecentar nuestro deseo, y hacerlo en tiempo oportuno: *Os daré lluvias a sus tiempos (Lev 26, 3).*

A veces ocurre también que pedimos para otro, en favor del cual tal vez no somos escuchados, porque son un obstáculo sus méritos: *Así, pues, tú no ruegues por este pueblo... porque no te escucharé (Jer 7, 16);* y más adelante dice el Señor: *Aunque Moisés y Samuel se me pusiesen delante, no es mi alma para con este pueblo (Jer 15, 1).*

*(In Joan., XIV).*

## ***Jueves de la sexta semana de Pascua***

### **ASCENSIÓN DE CRISTO**

I. La Ascensión de Cristo fue sublime, porque subió a los cielos.

1º) Sobre todos los cielos corpóreos, como dice el Apóstol: *Ese mismo es el que subió sobre todos los cielos (Ef 4, 10).*

Y esto por vez primera comienza en Cristo. Porque anteriormente el cuerpo terreno sólo estaba en la tierra, a tal punto que el mismo Adán fue colocado también en el paraíso terrenal

2º) Subió sobre todos los cielos espirituales, esto es, las naturalezas espirituales: *Y colocándolo a su derecha en los cielos, sobre todo principado y potestad, y virtud, y dominación, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, mas aun en el venidero. Y todas las cosas sometió bajo los pies de él (Ef 1, 20-23).*

3º) Subió hasta el trono del Padre. *Fue recibido arriba en el cielo, y está sentado a la diestra de Dios (Mc 15, 19).* Lo cual ha de entenderse metafóricamente, porque, como Dios, se dice que está sentado a la diestra del Padre, es decir, en igualdad con el Padre, en cuanto a los mejores bienes. El diablo ambicionó también esto, como se lee en Isaías: *Subiré al cielo (14, 13).* Pero no llegó sino Cristo.

II. La ascensión de Cristo fue razonable, porque tiene por término los cielos.

1º) Porque el cielo le era debido a Cristo por su naturaleza; pues es natural que cada cual regrese al punto de su origen. El principio del origen de Cristo es Dios, que está sobre todas las cosas. Y aun cuando también los santos suben al cielo, no suben como Cristo, pues Cristo subió por su virtud, y los santos son llevados por Cristo. También puede decirse que ninguno sube a los cielos sino Cristo, porque los santos no suben sino en cuanto son miembros de Cristo, que es cabeza de la Iglesia.

2º) El cielo era debido a Cristo también por su victoria; puesto que Cristo fue enviado al mundo para pelear contra el diablo y lo venció, y por eso mereció ser exaltado sobre todas las cosas.

3º) Por su humildad. Porque ninguna humildad es tan grande como la humildad de Cristo, que, siendo Dios, quiso hacerse hombre, y siendo Señor, quiso tomar forma de siervo, *hecho obediente hasta la muerte* (Flp 2, 8), y descendió hasta el infierno. Por ello mereció ser elevado hasta el cielo, hasta el trono de Dios; ya que la humildad es el camino para la exaltación.

III. La ascensión de Cristo fue útil para tres cosas.

1º) Para conducirnos allá. Precisamente subió para conducirnos; pues no sabíamos el camino y él nos lo mostró; y para darnos seguridad de la posesión del reino celestial.

2º) Para nuestra seguridad; pues él subió para rogar por nosotros.

3º) Para atraer a sí nuestros corazones: *En donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (Mt 6, 21). Para que despreciemos las cosas temporales. *Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra* (Col 3, 1, 2).

(In Symb.)

### *Viernes de la sexta semana de Pascua*

## **UTILIDADES DE LA ASCENSIÓN DE CRISTO**

Aunque la presencia corporal de Cristo fue arrebatada a los fieles por la ascensión, sin embargo la presencia de su divinidad siempre permanece en ellos, según lo que él mismo dice: *Mirad que yo estoy con vosotros todos los*

*días hasta la consumación del siglo* (Mt 28, 20). Pues, como dice el papa San León, "el que sube a los cielos, no dejó abandonados a los que adoptó"<sup>40</sup>. Por el contrario, la misma ascensión de Cristo al cielo, que nos privó de su presencia corporal, nos fue más útil que lo hubiera sido su presencia corporal:

1º) A causa del aumento de la fe, que tiene por objeto lo que no se ve. Por eso, el mismo Señor dice a sus discípulos que el Espíritu Santo, cuando él viniere argüirá al mundo de justicia (Jn 16, 8), es decir, de los que creen, como dice San Agustín: "Pues la misma comparación es la vituperación de los infieles"<sup>41</sup>; por lo cual añade: "Porque voy al Padre, y ya no me veréis. Bienaventurados los que no ven, y creen. Luego será vuestra justicia de la que se argüirá al mundo, porque creéis en mí sin verme."

2º) Para excitar la esperanza; por lo que dice él mismo: *Si me fuere, y os aparejare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que en donde yo estoy, estéis también vosotros* (Jn 14, 3); pues lo mismo que Cristo colocó en el cielo la naturaleza humana que tomó, nos dio la esperanza de llegar allá; ya que *doquiera que estuviere el cuerpo, allí también se congregarán las águilas* (Lc 17, 37). *Subirá delante de ellos el que les abrirá el camino* (Miq 2, 13).

3º) Para excitar el amor de la caridad hacia las cosas del cielo. Por lo cual dice el Apóstol: *Buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra* (Col 3, 1). Y: *En donde está tu tesoro, allí también tu corazón* (Mt 6, 21). Como el Espíritu Santo es el amor que nos lleva a las cosas celestiales, por eso dice el Señor a los discípulos: *Conviene a vosotros que yo me vaya; porque si no me fuere, no vendrá a vosotros el Consolador; mas si me fuere, os lo enviaré* (Jn 16, 7). Lo cual San Agustín explica en estas palabras: "No podéis recibir el Espíritu mientras persistís en conocer a Cristo según la carne<sup>42</sup>. Pero al descender Cristo corporalmente, no solamente el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo estuvieron presentes en ellos espiritualmente" (*Tract. XCIV, super Joan*).

(3ª part., q. LVII, a. I ad 3<sup>um</sup>).

---

<sup>40</sup> *Serm. 2, De Resurrect.*, cap. 3.

<sup>41</sup> *Super. Joan.*, tract. 95.

<sup>42</sup> Alude a aquello del Apóstol: *Si conocimos a Cristo según la carne, mas ahora ya no le conocemos* (Cor 5, 16).

## **LA ASCENSIÓN DE CRISTO ES CAUSA DE NUESTRA SALVACIÓN**

*Conviene a vosotros que yo me vaya* (Jn 16, 7).

La ascensión de Cristo es causa de nuestra salvación de dos modos, por parte nuestra y por parte de él.

I. Por parte nuestra, en cuanto que por la ascensión de Cristo nuestro espíritu se mueve hacia él, pues por ella se da lugar a la fe, a la esperanza y a la caridad, y además se acrecienta con ello nuestra reverencia hacia él, dado que no lo consideramos ya como un hombre terreno, sino como Dios celestial; según dice también el Apóstol: *Si conocimos a Cristo según la carne* (2 Cor 5, 16), es decir, mortal, por lo que le juzgamos sólo como hombre, *mas ya ahora no le conocemos*.

II. Por parte suya, en cuanto a las cosas que él hizo, ascendiendo para nuestra salvación:

1º) Nos preparó, efectivamente, el camino para subir al cielo, como él mismo dice: *Voy a aparejaros el lugar* (Jn 14, 2). Y en Miqueas se lee: *Subirá delante de ellos el que les abrirá el camino* (2, 13). Pues siendo él nuestra cabeza, es necesario que los miembros sigan allí hacia donde fue la cabeza. Por eso se dice: *Para que en donde yo estoy, estéis también vosotros* (Jn 14, 3). Y en prueba de ello, llevó al cielo las almas de los santos que había sacado del infierno, según aquello: *Cuando él (Cristo) subió a lo alto; llevó cautiva la cautividad*<sup>43</sup> (Ef IV, 8), esto es, porque condujo consigo al cielo, como a lugar extraño a la naturaleza humana, a los que habían sido retenidos cautivos por el diablo, habiéndolos conquistado de la manera más gloriosa por la victoria que reportó sobre el enemigo.

2º) Porque así como el pontífice en el Antiguo Testamento entraba en el santuario para pedir a Dios por el pueblo, así también Cristo entró en el cielo *para interceder por nosotros* (Hebr 7, 25). Pues su misma presentación de la naturaleza humana que llevó consigo al cielo, es ya una intercesión por nosotros; pues por lo mismo que Dios exaltó de ese modo la naturaleza humana en Cristo, también se compadecería de aquéllos por los que el Hijo de Dios tomó la naturaleza humana.

---

<sup>43</sup> El Apóstol cita esas palabras del Salmo 67, 17.

3º) A fin de que, constituido como Dios y Señor sobre su trono celestial, derramase desde allí sobre los hombres los dones divinos, según aquello del Apóstol: *Subió sobre todos los cielos, para llenar todas las cosas* (Ef 4, 10), esto es, con sus dones.

La pasión de Cristo es causa de nuestra ascensión al ciclo, propiamente hablando, por la remoción del pecado, que nos impide ir allí, y por modo de mérito; pero la ascensión de Cristo es directamente la causa de nuestra ascensión, Como incoada en nuestra cabeza, a la que es necesario que se unan los demás miembros.

Cristo, al subir una vez al cielo, adquirió perpetuamente para sí y para nosotros el derecho y la dignidad de la mansión celestial; dignidad que, sin embargo, no deroga, si por alguna disposición desciende Cristo alguna vez corporalmente a la tierra, ya para manifestarse a todos, como en el juicio, ya para manifestarse especialmente a alguno, como a San Pablo.

(3ª, q. LVII, a. 6)

## *Séptimo Domingo de Pascua*

### **LA VIDA EN EL CIELO**

*Nuestra morada está en los cielos* (Flp 3, 20).

El apóstol nos enseña en estas palabras que la vida de los justos está en los cielos; y por eso, si queremos ser semejantes a ellos, no debemos vivir en las miserias de esta vida sino en los cielos.

I. Los santos moran en los cielos por tres razones:

1º) Por la seguridad, pues quien vive en el cielo está al abrigo de los peligros de esta miserable vida.

2º) Por la alegría. El que morará en el cielo, tendrá como un continuo gozo y alegría. *Ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo* (Sab 8, 16).

3º) Por las cosas transitorias de este mundo. Los santos saben que todo este mundo pasará presto. *Vendrá, pues, como ladrón el día del Señor; en el cual pasarán los cielos con grande ímpetu, y los elementos con el calor serán deshechos, y la tierra y todas las obras que hay en ella serán abrasadas. Pues como todas las cosas hayan de ser deshechas, ¿cuáles os conviene ser en santidad de vida y de piedad, esperando y apresurándoos*

*para la venida del día del Señor, en el cual los cielos, ardiendo, serán deshechos, y los elementos se fundirán con el ardor del fuego? Pero esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los que mora la justicia (2 Ped 3, 10-13).*

II. Los santos viven en el cielo de tres modos:

1º) Por el pensamiento continuo en los bienes del cielo.

2º) Por un deseo ininterrumpido. En la liturgia se dice de estas dos cosas: Este santo, digno de vivir en el recuerdo de los hombres, ha pasado al goce de los ángeles; porque, mientras vivió corporalmente en esta peregrinación de aquí abajo, moró en aquella patria celestial con el pensamiento y el deseo.

3º) Viviendo conforme a las costumbres del cielo. La vida de los santos es semejante a la vida de los Ángeles en tres cosas: en la pureza, en la sencillez sin dolo, en la caridad. Estas tres cosas se dan sobre todo en los Ángeles: la simplicidad en su esencia, la pureza en su naturaleza, la caridad en la gracia. 'También en estas tres cosas consiste la vida de los santos.

(Serm. CXXXVI).

### *Lunes de la séptima semana de Pascua*

## **EL PADRE CELESTIAL**

*Padre nuestro, que estás en los cielos (Mt 6, 9).*

Entre las cosas necesarias al que ora, tiene gran valor la confianza. Por eso, al enseñarnos a orar el Señor, comienza por aquellas palabras que engendran en nosotros la confianza, esto es, la bondad de Padre; por eso dice: *Padre nuestro*; y la grandeza de su poder; por eso dice: *que estás en los cielos*. Las palabras *en los cielos* pueden referirse a tres cosas:

1º) A la preparación del que ora. *Antes de la oración prepara tu alma (Eclo 18, 23)* de modo que se oiga *en los cielos*, esto es, en la gloria celestial. *Vuestro galardón muy grande es en los cielos (Mt 5, 12).*

Esta preparación debe hacerse: Por la imitación de las cosas celestiales; pues el hijo debe imitar al padre. *Así como trajimos la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial (1 Cor 15, 49).*

Por la contemplación de las cosas celestiales, pues suelen los hombres dirigir con mayor frecuencia el pensamiento adonde tienen al padre y las

demás cosas que aman. *En donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (Mt 6, 21). Por eso decía el Apóstol: *Nuestra morada está en los cielos* (Flp 3, 20).

Por el deseo de las cosas celestiales de modo que no busquemos del que está en los cielos más que las cosas celestiales, según aquello de la Epístola a los Colosenses (3, 1): *Buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo*.

2º) A la facilidad del que escucha, porque está cerca de nosotros; de modo que las palabras *que estás en los cielos* se entiendan en los santos, en los cuales habita Dios. *Tú, Señor, entre nosotros estás* (Jer 14, 9). Pues los santos se llaman *cielos*, según el profeta David: *Los cielos declaran la gloria de Dios* (18, 2). Mas Dios habita en los santos por la fe, como se dice a los efesios: *Para que Cristo more por la fe en vuestros corazones* (3, 17). También por el amor: *Quien permanece en caridad, en Dios permanece, y Dios en él* (1 Jn 4, 16). Por el cumplimiento de los mandamientos. *Si alguno me ama, guardará mi palabra; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él* (Jn 14, 23).

3º) A la eficacia del que escucha, de modo que por los cielos entendamos los cielos corpóreos. No porque Dios esté contenido en los cielos corpóreos, sino para significar que Dios es penetrante en el examen, pues ve desde lo alto; y además es sublime en el poder, y estable en la eternidad.

(*In Oration. Dominic.*)

## *Martes de la séptima semana de Pascua*

### **LA CONFIANZA EN EL PADRE CELESTIAL**

Por las palabras del Padre nuestro: *que estás en los cielos*, se nos anima a orar con confianza por tres motivos: el poder de aquel a quien pedimos, la familiaridad con nosotros y la oportunidad de nuestra oración.

I. El poder de aquel a quien pedimos está indicado, si entendernos por los cielos los cielos corpóreos. Y aun cuando Dios no esté circunscrito por lugares corpóreos, como está escrito: *¿acaso no lleno yo el cielo y la tierra?* (Jer 23, 24), sin embargo, se dice que está en los cielos corpóreos para indicar dos cosas: la virtud de su poder, y la sublimidad de su naturaleza. Lo primero va contra los que dicen que todas las cosas provienen

necesariamente del destino de los cuerpos celestes, y, según esta opinión, es inútil pedir algo a Dios por medio de la oración. Pero esto es una necedad, pues se dice que Dios está en los cielos como Señor de los cielos y de las estrellas. Lo segundo va contra los que en la oración se forjan de Dios imágenes corporales y fantásticas. Pero se dice *en los cielos*, para significar, por lo que hay de más elevado en las cosas sensibles, que la sublimidad divina excede a todas las cosas, aun al deseo y al entendimiento del hombre; por lo tanto, todo cuanto puede pensarse o desearse es menor que Dios. Por eso se dice en Job: *Ciertamente Dios es grande, que sobrepuja nuestro saber* (36, 26).

II. La familiaridad de Dios con nosotros está indicada, si por los cielos entendemos los santos. Pues, algunos dijeron que Dios, por razón de su elevación, no se ocupaba de las cosas humanas, según aquello de Job: *Las nubes son su escondrijo, ni repara en nuestras cosas, y se pasea por los polos del cielo* (22, 14); y contra éstos conviene decir y demostrar que él nos es más íntimo que nuestro íntimo mismo. Y esto da confianza a los que oran, por dos motivos:

1º) Por la proximidad de Dios, según aquello del salmo 144, 18: *Cerca está el Señor de todos los que le invocan*. Y San Mateo: *Mas tú cuando orares entra en tu aposento*, es decir, en el aposento de tu corazón.

2º) Por el patrocinio de los demás santos, en los cuales habita Dios; y éste es otro motivo de confianza para alcanzar lo que queremos por sus méritos.

III. La oportunidad o conveniencia de la oración se manifiesta si por los cielos se entienden los bienes espirituales y eternos, que constituyen la bienaventuranza. Y esto por dos motivos:

1º) Porque con ello se excita nuestro deseo hacia las cosas celestiales, ya que nuestro deseo debe dirigirse hacia donde tenemos un padre, pues allí está nuestra herencia. *Buscad las cosas que son de arriba* (Col 3, 1). *Para una herencia incorruptible, y que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros* (1 Ped 1, 4).

2º) Porque con ello se nos advierte que debemos llevar una vida celestial, que nos hace semejantes al Padre celestial, según aquello del Apóstol: *Cual el celestial, tales también los celestiales* (1 Cor 15, 48).

Estas dos cosas, el deseo celestial y la vida celestial, hacen aptos para pedir; y así nuestra oración se hace convenientemente.

*(In Oration. Dominic.)*

## *Miércoles de la séptima semana de Pascua*

### **LA FUENTE DE TODO CONSUELO**

*Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias, y Dios de toda consolación (2 Cor 1, 3).*

1. Nosotros bendecimos a Dios, y Dios nos bendice a nosotros, pero de distinta manera. Para Dios, decir es hacer, como dice la Escritura: *Él dijo, y fueran hechas las cosas* (Sal 32, 9). Para Dios, bendecir es hacer el bien y derramar el bien. Mas nuestro decir no es causal, reconoce solamente, expresa lo que existe. Para nosotros bendecir es lo mismo que reconocer el bien. Luego, cuando damos gracias a Dios, lo bendecimos, esto es, lo reconocemos como bueno y dador de todos los bienes.

Por consiguiente, el Apóstol rectamente da gracias al Padre, porque es misericordioso y consolador.

Los hombres necesitan sobre todo dos cosas:

1º) Que se le quiten los males, y esto lo hace la misericordia, que quita la miseria. El compadecerse es propio del Padre.

2º) Ser sostenido en los males que les sobrevienen, y esto se llama propiamente consolar, pues si el hombre no tuviese algo en que descansar su corazón, cuando le sobrevienen los males, no subsistiría. Entonces, alguien consuela a otro, cuando le lleva algún refrigerio con el que se alivia de los males. Y aun cuando en algunos males puede el hombre ser consolado, descansar y ser fortalecido, sin embargo, sólo Dios es el que nos consuela en todos los males. Por eso dice: *Dios de toda consolación*, porque sí pecas, te consuela Dios, pues es misericordioso. Si eres afligido, él te consuela, o sacándote de la aflicción con su poder, o juzgando con justicia. Si trabajas, te consuela recompensándote: *Yo soy tu galardón* (Gen 15, 1). Por eso se dice: *Bienaventurados los que lloran* (Mt 5, 5).

II. *Para que podamos también consolar a los que están en toda angustia* (2 Cor 1, 4).

Existe un orden en los dones divinos. Pues Dios da a algunos dones especiales, para que éstos, a su vez, los derramen para utilidad de los demás; así no da la luz al sol para que se alumbre a sí mismo, sino a todo el mundo; por eso quiere que recaiga sobre los otros alguna utilidad de todos nuestros bienes, ya sean riquezas, poder, ciencia, sabiduría. Y así dice el Apóstol: *El cual nos consuela en toda nuestra tribulación*; pero ¿para qué? No

únicamente para nuestro bien personal, sino para que ello aproveche a los demás. Por eso dice: *para que podamos también consolar*.

Podemos consolar a otro por el ejemplo de nuestra consolación; pues quien no ha experimentado consuelo, no sabe consolar. *El espíritu el Señor sobre mí... para consolar a todos los que lloran* (Is 61, 1-2).

Podemos consolar exhortando a la paciencia en los padecimientos, prometiendo premios eternos. Y de este modo nuestro consuelo se convierte en el consuelo de los otros.

(In II Cor., 1, 3)

### *Jueves de la séptima semana de Pascua*

## **PREPARACIÓN PARA RECIBIR AL ESPÍRITU SANTO**

*Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogare al Padre, y os dará otro Consolador* (Jn 14, 15-16).

I. Los discípulos tenían necesidad de una doble preparación: el amor del corazón y la obediencia en la acción. El Señor supone que ellos tenían una de las dos y por eso dice: *Si me amáis*, y esto se ve en que os entristecéis por mi partida. Pero les ordena otra cosa futura, diciendo: *Guardad mis mandamientos*, como si dijese: No mostréis el amor que me tenéis con lloros, sino con la obediencia a mis mandamientos, pues ésta es la señal evidente del amor. Esas dos cosas preparan al recibimiento del Espíritu Santo. Ya que, siendo el Espíritu Santo amor, no se da sino a los que aman. *Yo amo a los que me aman* (Prov 8, 17). También se da a los obedientes: *Sobre quien descansa mi Espíritu*, etc. (Is 11, 2).

II. Mas ¿por ventura la obediencia y el amor preparan? Parece que no, porque el amor con que amamos a Dios nos viene por el Espíritu Santo, así como también la obediencia nos viene del Espíritu Santo.

Mas conviene saber que en los dones de Dios quien usa bien de un don que le fue concedido, merece recibir un don nuevo y una gracia más grande; y quien usa mal, será privado de eso mismo que recibió. Al siervo perezoso se le quitó el talento que había recibido de su señor, porque no usó bien de él, y fue dado al que había recibido cinco. Lo mismo ocurre con los dones del Espíritu Santo.

Nadie puede amar a Dios, si no es por el Espíritu Santo. No somos nosotros los que prevenimos la gracia de Dios, es ella la que nos previene a nosotros. Por eso debe decirse que los Apóstoles recibieron efectivamente en primer lugar al Espíritu Santo para que amasen a Dios y obedeciesen a sus mandatos. Pero era necesario además que recibiesen más ampliamente al Espíritu Santo, para usar bien del don del Espíritu Santo anteriormente recibido, amando y obedeciendo. En este sentido debe leerse: Si me amáis, por el Espíritu que tenéis, y obedecéis mis mandatos, recibiréis más plenamente al Espíritu Santo, que ya poseéis.

(*In Joan.*, XIV)

### *Viernes de la séptima semana de Pascua*

## **EL ESPÍRITU SANTO NO SE DA AL MUNDO**

*A quien no puede recibir el mundo, porque ni lo ve, ni lo conoce* (Jn 14, 17).

El Señor llama aquí mundo a los amadores del mundo. Éstos, mientras aman al mundo, no pueden recibir al Espíritu Santo, que es amor de Dios. Nadie puede amar a Dios y al mundo con un amor que les considere como un fin, como dice San Juan: *Si alguno ama al mundo, la caridad del Padre no está en él* (1 Jn 2, 15). Pues dice San Gregorio: "El Espíritu Santo inflama todo lo que llena en el deseo de las cosas invisibles." Y porque los corazones mundanos solamente aman las cosas visibles, el mundo no recibe a aquél, pues no se mueve a amar lo invisible. Ciertamente, cuanto más se dilatan hacia afuera los corazones mundanos en sus deseos, más se estrechan para recibir al Espíritu Santo.

II. Cristo da la razón por la cual el Espíritu Santo no se da al mundo, cuando dice: *Porque ni lo ve, ni lo conoce*. Pues los dones espirituales no se dan si no son deseados. La divina sabiduría *toma la delantera a los que la codician* (Sab 6, 14). Pero los dones no son deseados si no son conocidos de algún modo.

No son conocidos por dos motivos: en primer lugar, porque el hombre no se aplica a conocerlos; en segundo lugar, porque uno es incapaz de ese conocimiento. Los mundanos no poseen ninguna de estas dos cosas.

Primero, porque no tienen voluntad para desearlos. Y en cuanto a esto, dice: *Porque no lo ve*, es decir, no dirige su intención a conocerlo. *Resolvieron fijar en tierra sus ojos* (Sal 16, 11).

Segundo, tampoco pueden conocerlos. Por eso agrega: *Ni lo conoce*. Pues, como dice San Agustín, el amor mundano no posee ojos invisibles, por los cuales el Espíritu Santo no puede ser visto sino invisiblemente. *El hombre animal no percibe aquellas cosas que son del Espíritu de Dios* (1 Cor 2, 14). Así como la lengua infectada no siente el buen sabor a causa de la corrupción del humor, del mismo modo el alma infectada por la corrupción del mundo, no gusta la dulzura de las cosas celestiales.

III. *Mas vosotros lo conoceréis, porque morará en vosotros, y estará en vosotros* (Jn 14, 17). Aquí enseña a quiénes se da el Espíritu Santo, es decir, a los fieles. De ahí estas palabras: *Mas vosotros*, que sois movidos por el Espíritu Santo, *lo conoceréis*. El Apóstol dice a los Corintios: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios* (2 Cor 2, 12). Y esto, porque despreciáis al mundo: *No atendiendo nosotros a las cosas que se ven, sino a las que no se ven* (2 Cor 4, 18).

La razón es: *porque permanecerá en vosotros*. Donde advierte primero la familiaridad del Espíritu Santo para con los apóstoles, *porque permanecerá en vosotros*, esto es, para vuestra utilidad; y segundo, una permanencia íntima del mismo Espíritu, porque *estará en vosotros*, esto es, en lo íntimo de nuestro corazón.

(In Joan., XVI).

### ***Sábado de la séptima semana de Pascua***

## **DIVERSAS OPERACIONES DEL ESPÍRITU SANTO**

*Y el Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas* (Jn 14, 26).

Aquí se advierten tres cosas.

I. Hay una descripción del mismo Espíritu Santo, pues es llamado Consolador, Espíritu y Santo. Es Consolador, porque nos consuela en las tristezas que proceden de las perturbaciones de este mundo. Y esto lo hace en cuanto es amor, que nos lleva a amar a Dios y nos da idea de su grandeza, lo cual nos mueve a padecer con alegría las afrentas, como se lee en los Hechos de los Apóstoles: *Pero ellos salieron gozosos de delante del*

*concilio, porque habían sido hallados dignos de sufrir afrentas por el nombre de Jesús* (Hech 5, 41). Porque, siendo el Espíritu Santo amor de Dios, nos hace despreciar las cosas terrenas y unirnos a Dios, por lo cual excluye de nosotros el dolor y la tristeza, y nos da la alegría de las cosas divinas. Nos consuela además de las tristezas de los pecados pasados; y esto lo hace en cuanto nos da la esperanza de perdón.

Es Espíritu, porque mueve los corazones a obedecer a Dios. Y porque este vocablo Espíritu envuelve cierta idea de impulsión, pues todo movimiento produce un efecto conforme a su principio, como la calefacción da calor, se deduce que el Espíritu Santo hace semejantes a aquél de quien es Espíritu, a aquéllos a quienes es enviado, y por lo tanto, siendo *Espíritu de la Verdad, enseña toda verdad*. Y como es el Espíritu del Hijo, hace hijos.

Es Santo, porque nos consagra a Dios; todas las cosas consagradas se llaman santas.

II. Se describe su misión: *Que enviará el Padre en mi nombre*. Se dice que el Espíritu Santo es enviado, no porque cambie de lugar, puesto que él llena todo el orbe, sino en el sentido de que comienza a habitar por la gracia de un modo nuevo en aquéllos a los que hace templo de Dios. *Enviará el Padre en mi nombre*, porque el Espíritu Santo es enviado por el Padre y el Hijo, como se expresa en el Apocalipsis: *Me mostró un río de agua de vida* (Apoc 22, 1), esto es, al Espíritu Santo, *que salía del trono de Dios y del Cordero*. Por eso, al hablar de la misión del Espíritu Santo, se hace mención del Padre y del Hijo, por los que es enviado con igual e idéntico poder.

III. Se describe su efecto: *Él os enseñará todas las cosas*. Porque así como el efecto de la misión del Hijo fue llevarnos al Padre, así el efecto de la misión del Espíritu Santo es conducir a los fieles hacia el Hijo. Siendo el Hijo la Sabiduría engendrada, es la misma Verdad. Por eso el efecto de tal misión es hacer a los hombres participantes de la divina sabiduría y conocedores de la verdad. El Hijo nos entrega la doctrina, puesto que es el Verbo; mas el Espíritu Santo nos hace capaces de esa doctrina; pues dice: *Él os enseñará todas las cosas*, porque cualquiera que sea la enseñanza exterior del hombre, si el Espíritu Santo no le da interiormente inteligencia, se trabaja en vano, ya que si el Espíritu Santo no está presente en el corazón del que escucha, será letra muerta el discurso del que enseña, y a tal punto que aun hablando el mismo Hijo por el órgano de su humanidad, no puede nada sin la asistencia del Espíritu Santo.

(*In Joan.*, XIV, 26).

## *Domingo de Pentecostés*

### **EL DON DE DIOS ALTÍSIMO**

I. Compete a una persona divina ser don y darse. Pues lo que se dona tiene aptitud y habitud, ya respecto de aquél por quien se da, ya de aquél a quien se da; toda vez que no sería dado por alguno si no fuera de él y además se da a uno para que sea de éste. Ahora bien, una persona divina se dice ser de alguien, o por razón de origen, como el Hijo es del Padre, o porque alguno la tiene. Tener decimos al disponer libremente y usar o disfrutar de algo a nuestro arbitrio. De este modo sólo la criatura racional unida a Dios puede tener una persona divina; las demás criaturas pueden ser movidas por una persona divina mas no hay en ellas aptitud para gozar de su posesión y usar de su efecto. La criatura racional llega alguna vez a ello, como cuando participa del Verbo divino y del Amor procedente, y hasta poder libremente conocer de verdad a Dios y amarlo como se debe.

Luego, sola la criatura racional puede poseer a una persona divina. Pero no puede llegar a poseerla de este modo por su propia virtud. Luego es necesario que esto le sea dado de lo alto. Pues se dice que se nos da lo que poseemos de afuera. En este sentido compete a una persona divina darse y ser don.

(1 par., q. XXXVIII, a. 1)

II. El Espíritu Santo es un don de Dios. Pues como el Espíritu Santo procede por el modo de amor con que Dios se ama a sí mismo, y como Dios por el mismo amor se ama a sí mismo, y a las otras criaturas a causa de su misma bondad, es evidente que el amor con que Dios nos ama corresponde al Espíritu Santo, como también el amor con que amamos a Dios, dado que nos hace amadores de Dios.

En cuanto a ambos amores conviene al Espíritu Santo el ser dado.

1º Por razón del amor con que Dios nos ama, de la misma manera que decimos de alguien que da su amor a otro cuando empieza a amarle. Aunque Dios no comienza a amar a nadie en el tiempo si tenemos en cuenta su divina voluntad con la cual nos ama, sin embargo el efecto de su amor se produce en alguno en el tiempo, cuando lo atrae a sí.

29 Por razón del amor con que nosotros amamos a Dios, pues este amor el Espíritu Santo lo obra en nosotros; de donde se sigue que por lo que

a este amor se refiere él habita en nosotros y nosotros lo tenemos a él como a alguien de cuya riqueza gozamos.

Y puesto que proviene al Espíritu Santo del Padre y del Hijo el que por el amor que obra en nosotros esté en nosotros y sea poseído por nosotros, dícese con razón que nos es dado por el Padre y por el Hijo. Dícese también que él mismo se nos da a nosotros en cuanto que el amor por el cual habita en nosotros él lo obra en nosotros juntamente con el Padre y el hijo.

(*Contra Gent.*, IV, XXIII).

III. El nombre propio del Espíritu Santo es don. Entiéndese por don aquello que se da para no ser devuelto, es decir, lo que no se da con idea de retribución. De aquí que envuelve la idea de donación gratuita, cuya razón de ser es el amor. Pues cuando damos algo gratuitamente a otro es porque le deseamos algún bien. Luego, lo primero que le damos es el amor con que le deseamos algún bien. De donde se sigue que el amor tiene carácter de primer don, por el cual son dados todos los dones gratuitos. Si, pues, el Espíritu Santo procede como amor, síguese que procede como primer don. Por consiguiente, por este don que es el Espíritu Santo los miembros de Cristo reciben muchos otros dones.

(1ª q. XXXVIII, c. II)

### *Lunes después de Pentecostés*

## **CÓMO NOS MUEVE EL ESPÍRITU SANTO HACIA DIOS**

I<sup>44</sup>. Cosa muy propia de la amistad es, sin duda, conversar con el amigo. Ahora bien, la conversación del hombre con Dios tiene lugar por medio de la contemplación, como decía el Apóstol: *Nuestra conversación está en los cielos*. Si, pues, el Espíritu Santo nos hace amadores de Dios, síguese que a él también debemos el llegar a ser contempladores de Dios, como leemos en la segunda carta a los Corintios, 3, 18: *Así todos nosotros, registrando a cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados de claridad en claridad en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor* (2 Cor 3, 18).

II. Es también propio de la amistad sentirse feliz en presencia del amigo, alegrarse de sus dichos y hechos, y encontrar en él consuelo en todas las aflicciones; por eso en las tristezas buscamos principalmente el consuelo

---

<sup>44</sup> En el calendario litúrgico actual aquí continúa de nuevo el Tiempo Ordinario.

en los amigos. Y como quiera que el Espíritu Santo nos constituye amigos de Dios, y hace que él habite en nosotros y nosotros en él, síguese que recibamos de Dios, por el Espíritu Santo, gozo y consuelo contra todas las adversidades y pruebas del mundo. Por eso el Espíritu Santo es llamado por el Señor Paráclito, esto es, Consolador.

III. Igualmente es propio de la amistad consentir en los deseos del amigo; mas la voluntad de Dios se nos manifiesta por medio de sus preceptos; corresponde, por tanto, al amor con que amamos a Dios cumplir sus mandatos. Y como el Espíritu Santo es quien nos hace amar a Dios, por él también en cierto modo somos movidos a cumplir los preceptos de Dios.

IV. Notemos, sin embargo, que los hijos de Dios son movidos por el Espíritu Santo, no como siervos, sino como libres. Porque siendo libre el que es causa de sí mismo, ejecutamos libremente lo que hacemos por nosotros mismos, esto es, lo que hacemos voluntariamente; y lo que hacemos contra nuestra voluntad no lo hacemos libremente sino servilmente. Mas el Espíritu Santo nos inclina a obrar de tal modo, que lo hacemos libremente, por lo mismo que nos hace amar a Dios. Así, pues, los hijos de Dios son movidos libremente por el Espíritu Santo a obrar por amor y no servilmente por el temor. Por eso dice el Apóstol: *No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos* (Rom 8, 15).

(*Contra Gentiles*, lib. 4, cap. 22)

### *Martes después de Pentecostés*

## **PROPIEDADES DEL ESPÍRITU SANTO**

*El Espíritu donde quiere sopla; y oyes su voz, mas no sabes de dónde viene, ni adónde va; así es todo aquél que es nacido de Espíritu* (Jn 3, 8).

I. Cuatro cosas se indican aquí acerca del Espíritu Santo:

1º) Su poder: *El espíritu donde quiere sopla*. Al libre albedrío de su potestad inspira donde quiere y cuando quiere, ilustrando los corazones. Si fuese ministro del Padre y del Hijo, no soplaría donde quisiese, sino donde le fuere ordenado.

2º) La manifestación del Espíritu Santo (cuando se dice: *Y oyes su voz*). Hay dos voces del Espíritu Santo: una que habla interiormente en el corazón del hombre, como dice el Profeta: *Oiré lo que el Señor Dios me hable* (Sal

84, 9). Otra con la que habla el Espíritu Santo en la Escritura, o por medio de los predicadores, según lo que se dice en San Mateo: *No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre, que habla en vosotros* (10, 20). Esta voz la escuchan también los infieles y pecadores.

3º) Su origen, que es oculto: *No sabes de dónde viene*, aun cuando oyes su voz, y esto, porque viene del Padre y del Hijo. Mas el Padre y el Hijo habitan en una luz inaccesible que ningún hombre ha visto ni puede ver.

4º) Su fin, que es oculto: *Ni adónde va*. Conduce a un fin oculto, es decir, a la bienaventuranza eterna. Por eso se le llama prenda de herencia. *Ojo no vid, ni oreja oyó*, etc. (1 Cor 2, 9).

O *no sabes de dónde viene*, esto es, de qué modo entra en el hombre; *ni adónde va*, es decir, a qué perfección le conduce.

II. *Así es todo aquél que es nacido de Espíritu*, que equivale a decir: es como el Espíritu Santo. No debe extrañarnos esto, porque en el varón espiritual se dan las propiedades del Espíritu Santo, del mismo modo que en el carbón encendido se dan las propiedades del fuego. Existen efectivamente en él las cuatro mencionadas propiedades del Espíritu.

1º) La libertad, como dice el Apóstol: *En donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad* (2 Cor 3, 17), porque el Espíritu del Señor conduce a lo que es recto, y libra de la servidumbre del pecado y de la ley.

2º) Toma su manifestación o señal por la voz de sus palabras; desde que se le oye, se conoce su espiritualidad. *De la abundancia del corazón habla la boca* (Mt 12, 34).

3º) Tiene un origen oculto y también sus fines, porque ninguno puede juzgar al espiritual.

O *no sabes de dónde viene*, el principio de su nacimiento espiritual, que es la gracia bautismal; o *adónde va*, es decir, de qué se hace digno, esto es, de la vida eterna, que todavía está oculta para ti.

(In Joan., III)

## *Miércoles después de Pentecostés*

### **MULTIPLICIDAD DE FRUTOS QUE DIMANAN DEL ESPÍRITU SANTO**

Son muchos los frutos que nos vienen del Espíritu Santo.

1º Purifica de los pecados. La razón de ello es que corresponde sanar a quien toca constituir.

El alma es creada por el Espíritu Santo, porque Dios lo hace todo por él; pues Dios creó todas las cosas por amor a su propia bondad. *Amas todas las cosas que son, y ninguna aborreces de aquellas que hiciste* (Sab 11, 25). San Dionisio dice: "El amor divino no permitió que él estuviese sin germen." Luego es necesario que sean restaurados por el Espíritu Santo los corazones de los hombres destruidos por el pecado. *Enviarás tu espíritu, y serán criados; y renovarás el semblante de la tierra* (Sal 103, 30). No es de admirar que purifique el Espíritu Santo, porque todos los pecados son perdonados por amor. *Perdonados le son sus muchos pecados, porque amó mucho* (Lc 7, 47). *La caridad cubre todas las faltas* (Prov 10, 12).

2º Ilumina la inteligencia, porque todo lo que sabemos lo conocemos por el Espíritu Santo, como dice el Evangelista: *El Consolador, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo aquello que yo os hubiera dicho* (Jn 14, 26). Y en otro lugar: *Su unción os enseña en todas las cosas* (Jn 2, 27).

3º Ayuda y en cierto modo obliga a guardar los mandamientos. Porque nadie puede observar los mandamientos de Dios sin amar a Dios. *Si alguno me ama, guardará mi palabra* (Jn 14, 23). Luego el Espíritu Santo nos hace amar a Dios. *Os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros; y quitaré el corazón de piedra de vuestra carne, y os daré corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros; y haré que andéis en mis preceptos, y que guardéis, y hagáis mis juicios* (Ez 36, 26-27).

4º Confirma la esperanza de la vida eterna, porque él es como la prenda de esta herencia, según el Apóstol: *Fuisteis sellados, con el Espíritu Santo, que era prometido, el cual es la prenda de nuestra herencia* (Ef 1, 13). Pues él es como las arras de la vida eterna. La razón es que la vida eterna se debe al hombre, en cuanto es hijo de Dios; y llega a serlo haciéndose semejante a Cristo: mas uno se asemeja a Cristo en cuanto tiene

el Espíritu de Cristo, que es el Espíritu Santo. *No habéis recibido el espíritu de servidumbre para estar otra vez con temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, por el cual clamamos: Abba (Padre). Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios* (Rom 8, 15, 16). Y en otro lugar dice el mismo Apóstol: *Y por cuanto vosotros sois hijos, ha enviado Dios a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: Abba, Padre* (Gal 4, 6).

5º) Enseña cuál es la voluntad de Dios: *El que tiene oreja, oiga lo que el Espíritu dice a las Iglesias* (Apoc 2, 7). *Para que le oiga como a maestro* (Is 50, 4).

(In Symbol.)

### *Jueves después de Pentecostés*

## **JESUCRISTO, SUMO Y ETERNO SACERDOTE**

*Teniendo, pues, aquel grande Pontífice que penetró los cielos, Jesús, el Hijo de Dios* (Hebr 4, 11.)

I. Cristo es sacerdote.

El oficio propio del sacerdote es ser mediador entre Dios y el pueblo, por cuanto entrega al pueblo las cosas divinas y por eso se le llama sacerdote, que quiere decir, en cierto modo, que da las cosas sagradas (*sacra dans*), según aquello de Malaquías: *La ley buscarán de su boca* (2, 7), esto es, del sacerdote. Además, en cuanto ofrece a Dios las plegarias del pueblo y satisface a Dios, en cierta manera, por sus pecados. Por eso dice San Pablo: *Porque todo pontífice tomado de entre los hombres es puesto a favor de los hombres en aquellas cosas que tocan a Dios, para que ofrezca dones y sacrificios por los pecados* (Hebr 5, 1).

Esto conviene principalmente a Cristo, porque por él han sido conferidos a los hombres los dones divinos, como dice el apóstol San Pedro: *Por el cual* (por Cristo) *nos ha dado muy grandes y preciosas promesas; para que por ellas seáis hechos participantes de la naturaleza divina* (2 Ped 1, 4.) También él mismo reconcilió con Dios al género humano según aquello: *Porque en él quiso hacer morar toda plenitud; y reconciliar por él, asimismo, todas las cosas* (Col 1, 19-20.) Luego compete muchísimo a Cristo ser sacerdote.

II. Es al mismo tiempo sacerdote y hostia.

Todo sacrificio visible es sacramento, esto es, signo sagrado de un sacrificio invisible. El sacrificio invisible es aquél por el cual el hombre ofrece a Dios su espíritu, como dice David: *Sacrificio para Dios es el espíritu atribulado* (Sal 50, 19), por lo tanto todo lo que se presenta a Dios, para que el espíritu del hombre sea elevado a Dios, puede llamarse sacrificio. Y el hombre necesita del sacrificio por tres razones.

1º) Para la remisión del pecado, por el cual el hombre se aparta de Dios, y por eso dice el Apóstol que al sacerdote pertenece *ofrecer dones y sacrificios por los pecados* (Hebr 5, 1).

2º) Para que el hombre se conserve en estado de gracia, unido siempre a Dios, en quien consiste su paz y salvación; razón por la cual también se inmolvaba en la antigua ley la víctima pacífica por la salvación de los que la ofrecían.

3º) Para que el espíritu del hombre se una perfectamente a Dios, lo cual ocurrirá principalmente en la gloria. Por eso en la ley antigua se ofrecía el holocausto, que era consumido enteramente en el fuego.

Todos estos bienes nos vinieron por la humanidad de Cristo.

1º) Nuestros pecados fueron destruidos; como dice San Pablo: *Fue entregado por nuestros pecados* (Rom 4, 25).

2º) Por él hemos recibido la gracia que nos salva, según aquello: Fue hecho autor de salud eterna para todos los que le obedecen (Hebr 5, 9).

3º) Por él hemos alcanzado la perfección de la gloria: *Teniendo confianza de entrar en el santuario* (esto es, en la gloria celestial) *por la sangre de Cristo* (Hebr 10, 19).

Por lo tanto, Cristo, en cuanto hombre, no sólo fue sacerdote, sino también hostia perfecta, siendo a la vez hostia por el pecado, hostia pacífica y holocausto.

(3ª, q. XXII, arts. 1 y 2.)

### *Viernes después de Pentecostés*

## **DESCENSO Y PERMANENCIA DEL ESPÍRITU SANTO**

*Vi el Espíritu que descendía... y reposó sobre él* (Jn 1, 32).

La presencia del Espíritu Santo en el bautismo de Cristo realizado por San Juan, se armoniza con el bautizado y el bautismo. Con el bautizado,

porque así como el hijo que procede del Padre manifiesta al Padre, como dice el Evangelista: *He manifestado tu nombre a los hombres* (Jn 17, 6), así el Espíritu Santo, que procede del Hijo, manifiesta al Hijo, según se lee en el Evangelio de San Juan: *Él me glorificará; porque de lo mío tomará* (16, 14).

La presencia del Espíritu Santo se armoniza con el bautismo, porque el bautismo de Cristo es la inauguración del nuestro. Mas nuestro bautismo es consagrado por la invocación de la Santísima Trinidad, luego lo que nosotros invocamos en nuestro bautismo estuvo presente en el bautismo de Cristo: El Padre en la voz, el Espíritu Santo en la paloma, el Hijo en la naturaleza humana.

Dice *que descendía*. Porque existe un doble espíritu: el del mundo y el de Dios. El espíritu del mundo es, efectivamente, el amor del mundo, que no procede de arriba, antes bien, desde abajo asciende hasta el hombre y hace descender a éste; pero el espíritu de Dios, es decir, el amor de Dios, descende de arriba hasta el hombre y lo hace subir con él: *Nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que es de Dios* (1 Cor 2, 12).

Dice después: *y reposó sobre él*, porque con la permanencia se designa el descanso. Y que el Espíritu Santo no descansa en uno se debe a dos causas:

Una se deriva del pecado. Porque todos los hombres, excepto Cristo, o están heridos por la llaga del pecado mortal, que ahuyenta al Espíritu Santo, o están oscurecidos por la mancha del pecado venial, que impide algunas acciones del Espíritu Santo. Pero en Cristo no existió ni el pecado mortal, ni el venial, ni el original. Por lo cual no fue inquietado en él el Espíritu Santo, sino que reposó sobre él, esto es, descansó.

Otra causa es que las gracias gratuitas no siempre dan a los santos el poder de obrar por ellas; no siempre tienen los santos el poder de hacer milagros, ni los profetas el espíritu de profecía. Pero Cristo poseyó siempre el poder de realizar todas las operaciones de las virtudes y de las gracias, y esto significa la expresión: *posó sobre él*. Y ésta fue la señal apropiada para conocer a Cristo. *Reposará sobre él el Espíritu del Señor* (Is 11, 2). Esto ha de entenderse de Cristo en cuanto al hombre.

(*In Joan., I*)

## **EFFECTOS ATRIBUIDOS AL ESPÍRITU SANTO CON RELACIÓN A LAS DÁDIVAS QUE DIOS NOS DA**

I. El Espíritu Santo es quien revela los misterios secretos. En efecto; es propio de la amistad revelar sus secretos al amigo. La amistad es una fusión de sentimientos; ella hace, por decirlo así, un solo corazón de dos corazones, y parece que no sacáramos del corazón lo que revelamos al amigo. Por eso dice el Señor a los discípulos: *No os llamaré ya siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; mas a vosotros os he llamado amigos, porque os he hecho conocer todas las cosas que he oído de mi Padre* (Jn 15, 15). Si, pues, por el Espíritu Santo somos constituidos amigos de Dios, convenientemente se dice que los misterios divinos son revelados a los hombres por el Espíritu Santo. Por eso dice el Apóstol: *Está escrito: Que ojo no vio, ni oreja oyó, ni en corazón de hombre subió lo que preparó Dios para aquéllos que le aman; mas Dios nos lo reveló a nosotros por su Espíritu* (1 Cor 2, 9-10).

II. Por el Espíritu Santo expresamos los misterios divinos. El hombre habla de lo que conoce; y es justo que por el Espíritu Santo el hombre hable de los misterios divinos, según aquello del Apóstol: *En espíritu habla misterios* (1 Cor 14, 2), y San Mateo dice: *No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros* (10, 20). Por eso se dice en el símbolo acerca del Espíritu Santo: que habló por los profetas.

III. El Espíritu Santo es quien nos comunica los bienes divinos. No sólo es propio de la amistad revelar al amigo sus secretos, a causa de la unión de los corazones, sino que esa unión exige también que todo lo que el amigo posee, lo comunique a su amigo. En efecto, el hombre considera al amigo como otro yo, y es menester, por consiguiente, que le ayude como a sí mismo, dándole participación en sus cosas. Por eso es propio del amigo hacer bien al amigo, según aquello de San Juan: *El que tuviere riquezas de este mundo, y viere a un hermano tener necesidad, y le cerrare sus entrañas, ¿cómo está la caridad de Dios en él?* (1 Jn 3, 17).

Esto sucede sobre todo con Dios, cuyo querer es eficaz en cuanto al efecto. Por eso se dice muy bien que todos los dones de Dios se nos dan por el Espíritu Santo, como afirma San Pablo: *A uno por el Espíritu Santo es dada palabra de sabiduría; a otro, de ciencia según el mismo Espíritu, y después de enumerar muchas otras cosas añade: Mas todas estas cosas obra*

*solo uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno como quiere* (1 Cor 12, 8-11).

(*Contra Gentiles*, lib. IV, cap. 21)

IV. Cristo es cabeza de la Iglesia, mas el Espíritu Santo es el corazón. La cabeza tiene una superioridad manifiesta sobre los demás miembros exteriores; pero el corazón tiene cierta influencia oculta; por eso es comparado al corazón el Espíritu Santo, que vivifica y une invisiblemente a la Iglesia; y el mismo Cristo es comparado a la cabeza por razón de su naturaleza visible, según la cual como hombre tiene la preferencia sobre todos los hombres.

(3<sup>a</sup> p., q. VIII, a. I, ad 3<sup>um</sup>)

### *Domingo después de Pentecostés*

## **LA SANTÍSIMA TRINIDAD**

Venida de la Trinidad al alma.

No solamente el Hijo, sino también el Padre y el Espíritu Santo vienen por la gracia al alma humana y habitan en ella, según aquello de San Juan: *Vendremos a él, y haremos morada en él* (Jn 14, 23).

El Padre viene por su poder, confortándonos. El que da fuerza al cansado (Is 40, 29), a lo que añade la Glosa; "fuerza de creer y de obrar".

El Hijo viene por su sabiduría, iluminándonos, porque es *luz verdadera que alumbraba a todo hombre* (Jn 1, 9).

El Espíritu Santo viene por su bondad, inflamándonos en su amor.

El Espíritu Santo derrama en nosotros su bondad inflamándonos en su amor; porque el amor de Dios es la fuente de todo bien. Él se nos comunica de una manera soberana. Pero está lleno de suavidad en nosotros, cuando nos alegra con el gusto interno de su dulzura. Por eso, sobre las palabras del Salmo (104, 9): *Suave es el Señor para con todos*, agrega la Glosa: "pero principalmente para los que le gustan". Y San Bernardo añade: "El solo Consolador es nuestro huésped, el Dios de caridad, el cual, aunque nunca abandona a los justos para hacerlos merecer, con frecuencia se ausenta, sin embargo, y se abstiene de consolarlos; aquello es más agradable, esto es más útil. Se le tiene, en verdad, pero oculto, cuando aquella suavidad poseída no toca la sensibilidad del corazón. Y así como el pueblo israelita, cuando al

principio el Señor le hizo llover el maná, decía admirado: *¿Manhú?*, que quiere decir: *¿Qué es esto?* (Ex 16, 15), así el alma devota se admira al experimentar en su interior la suavidad de la bondad divina, porque no la ha experimentado tal en las cosas creadas." Por eso dice San Anselmo: "Pensad cuál sea aquel bien que contiene el placer de todos los bienes, y no experimentáis en las cosas creadas, pero que difiere como el Criador de la criatura."

Además, la suavidad de esta bondad no se puede expresar con palabras, ni se enseña con la lengua sino con la gracia. *Al vencedor daré yo maná escondido* (Apoc 2, 17), porque no es descubierto por ningún lenguaje. Por lo cual dice San Bernardo: ¡Oh! que quien esté ansioso por saber qué es gustar del Verbo prepare, no su oído, sino el alma, porque no es la lengua la que lo enseña, sino la gracia."

Todavía más, sobrepasa a toda inteligencia y a todo deseo, lo cual es mayor, porque sabemos muchas cosas que no expresamos; pero la suavidad de la bondad divina es tan grande que no sólo no podemos expresarla con palabras, sino que aun somos impotentes para buscarla. Por eso dice el Profeta: *Me acordé de Dios, y me deleité* (en lo cual está la suavidad), *y me ejercité, y desmayó mi espíritu* (Sal 76, 4.) Y San Bernardo nos explica que la inteligencia no puede comprenderlo sino cuando tiene la experiencia.

Así deben entenderse las palabras del profeta que dice: *Maravillosas tus obras, y mi alma lo conoce mucho* (Sal 138, 14), esto es, maravillosos son el poder del Padre, la sabiduría del Hijo, y la dulzura del Espíritu Santo, que hacen desfallecer el alma cuando intenta conocer la grandeza del poder, la profundidad de la sabiduría y la abundancia de la dulce suavidad.

*(De Humanitate Christi.)*

### *Lunes después de la Santísima Trinidad*

## **LA IMAGEN DE DIOS EN EL HOMBRE**

### *1. Crió Dios al hombre a su imagen (Gen 1, 27).*

El hombre es en gran manera semejante a Dios en cuanto que la naturaleza intelectual puede imitar mucho a Dios. Pero en lo que más imita a Dios la naturaleza intelectual es en que Dios se conoce y se ama a sí mismo. Por consiguiente podemos considerar desde tres aspectos la imagen de Dios en el hombre:

Uno, en la aptitud natural que el hombre tiene para conocer y amar a Dios; y esta aptitud reside en la misma naturaleza del espíritu, que es común a todos los hombres.

Otro, en que el hombre conoce actual o habitualmente a Dios y lo ama, aunque de un modo imperfecto, y esta imagen surge de la conformidad que da la gracia.

Tercero, en que el hombre conoce a Dios en acto y le ama perfectamente; y ésta es la imagen según la semejanza que da la gloria. Por lo cual, sobre aquello: *Sellada está, Señor, sobre nosotros la imagen de tu rostro* (Sal 4, 7), distingue la Glosa tres clases de imagen: de creación, de restauración y de semejanza. La primera se encuentra en todos los hombres; la segunda, únicamente en los justos; la tercera, sólo en los bienaventurados.

(1ª, q. XCIII, a. 4)

II. La imagen de Dios está principalmente en nosotros, cuando en acto conocemos y amamos a Dios. Pues la criatura intelectual, se asemeja en gran manera a Dios por ser intelectual; ya que posee esa semejanza sobre las demás criaturas y esto incluye a todas las otras.

Por lo que hace al género de esta semejanza, más se asemeja Dios cuando lo conoce en acto que cuando lo conoce en hábito o en potencia, pues Dios es siempre inteligente en acto.

Y cuando conoce en acto, se asemeja en gran manera a Dios, por cuanto conoce al mismo Dios; y Dios conoce todas las otras cosas, conociéndose a sí mismo.

(*Contra Gentiles*, lib., III, cap. 23)

Así, pues, la imagen de la Trinidad se considera primaria y principalmente en el alma según sus actos, es decir, por el conocimiento que tenemos pensando, y del que formamos el verbo interno, del cual prorrum-pimos en amor; secundariamente y como por consecuencia según sus potencias y principalmente según sus hábitos, esto en cuanto incluyen virtualmente los actos.

(1ª, q. XCIII, a. 7)

III. La imagen de Dios en el hombre puede estar tan borrosa que sea casi nula, como en los que no tienen uso de razón; o bien oscura y deforme, como en los pecadores; o clara y hermosa, como en los justos (San Agustín, *De Trin.*, I. 14, c. 4).

(1ª, q. XCIII, a. 8, ad 3<sup>eum</sup>)

## *Martes después de la Santísima Trinidad*

### **EL AMOR Y CULTO DE LATRIA DEBIDOS A DIOS, SOBERANO E INFINITAMENTE BUENO**

1. *Amemos nosotros a Dios, porque Dios nos amó primero* (1 Jn 4, 19). Debemos amar a Dios de tres maneras:

1º) Que llenemos todo nuestro corazón con su amor. *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón* (Deut 6, 5).

2º) Que no amemos cosa alguna sino por él.

San Agustín dice: "Menos te ama quien contigo ama alguna cosa a la que no ama por ti."

3º) Que ninguna adversidad nos aparte de su caridad. *¿Quién nos separará del amor de Cristo?* (Rom 8, 35).

Debemos amar mucho a Cristo por tres motivos:

Por su bondad. San Bernardo comenta: "La causa de amar a Dios es Dios mismo. Su bondad es tan grande que, aun cuando no nos hubiese hecho ningún bien ni lo hubiere de hacer, deberíamos sin embargo amarlo siempre."

Por su caridad. *Amemos nosotros a Dios, porque Dios nos amó primero*. Y San Agustín exclama: "¡Miserable de mí! Cuánto debo amar a mi Dios que me hizo lo que no era, que me redimió cuando yo había perecido, cuando estaba vendido con mis pecados; él vino por mí, y tanto me amó que dio por mí el precio de su sangre."

Por nuestra utilidad. Pues dispuso bienes inenarrables para los que le aman. *Ojo no vio*, etc. (1 Cor 2, 9).

(*Serm. LXXVIII*)

II. Por el culto de latría confesamos nuestra dependencia de Dios, puesto que él nos creó. Por lo tanto, debemos el culto de latría en cuanto es nuestro Creador, nuestro fin y primera fuente de nuestro ser. Y porque es Creador, bueno, sabio y poderoso, y por otros atributos, le debemos el culto de latría y no sólo por uno de ellos.

Y porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Creador, les debemos también ese culto de latría, que es debido a Dios como Creador.

Por todos estos títulos debemos rendir a Dios culto de latría.

Existen en nosotros tres clases de bienes: el espiritual, el corporal y el externo. Y como todos ellos nos vienen de Dios, por todos ellos debemos ofrecer a Dios culto de latría. Por nuestra alma, le debemos un amor especial; por nuestro cuerpo, le ofrecemos postraciones y cánticos; por los bienes externos le ofrecemos sacrificios, luminarias, etcétera. No ofrecemos a Dios todo esto porque él lo necesite, sino para reconocer que todo lo recibimos de él. Y porque por todo le damos gracia, así también le honramos con todo.

(3 *Dist.* 9, *q.* 1, *a.* 3.)

### *Miércoles después de la Santísima Trinidad*

## **PECADO CONTRA EL PADRE, CONTRA EL HIJO Y CONTRA EL ESPÍRITU SANTO**

I. Pecar contra el Padre es pecado de debilidad. Pecar contra el Hijo es pecado de ignorancia. Pecar contra el Espíritu Santo es pecado de malicia. En otros términos, se peca contra el Padre no tributándole lo que le es debido por razón de su poder; contra el Hijo, cuando se desprecia su sabiduría, que es su atributo; contra el Espíritu Santo cuando se ofende su bondad, que es su atributo.

El pecado se comete de tres modos: por ignorancia, por pasión y por libre decisión. Por ignorancia, cuando se desconoce aquello cuyo conocimiento hubiese impedido el pecado, por lo cual la ignorancia es la causa en este caso. Es el pecado contra el Hijo. Por pasión, cuando ésta obscurece el juicio de la razón. Y esto es propiamente pecar por debilidad y contra el Padre. Por libre decisión cuando el hombre, después de deliberar, elige el pecado, no que él es vencido por la tentación, sino, porque el corazón está corrompido, y le place el pecado en sí. Esto es pecar por malicia, que es el pecado contra el Espíritu Santo. (2. *Dist.* 43, *q.* I, *a.* 1)

II. En cuanto al pecado contra el Espíritu Santo, se asignan seis especies, que se distinguen según el alejamiento o desprecio de las cosas que pueden impedir al hombre la elección del pecado. Estas cosas provienen, ya de parte del juicio divino, ya de parte de sus dones, ya también de parte del mismo pecado.

1º) El hombre se aparta de la elección del pecado o por consideración al juicio divino o por la esperanza que despierta la consideración de la mise-

ricordia que perdona los pecados y premia las cosas buenas, la cual se destruye por la *desesperación*; además por el temor, que surge al considerar la justicia divina, que castiga los pecados, el cual se destruye por la *presunción*; es decir, mientras uno presume que puede alcanzar la gloria sin méritos y el perdón sin penitencia.

2º) Los dones de Dios, que nos retraen del pecado, son dos: uno es el conocimiento de la verdad, al que se opone la *impugnación de la verdad conocida*, esto es, cuando uno combate la verdad conocida de la fe con el fin de pecar más libremente; otro es el auxilio de la gracia interior al que se opone la *envidia de la gracia fraterna*; esto es, cuando uno no sólo envidia a la persona del hermano sino también la gracia de Dios que se acrecienta en el mundo.

3º) Con relación al pecado dos son las cosas que pueden retraer al hombre de él: una es el desorden y fealdad del acto, cuya consideración suele producir en el hombre la penitencia del pecado cometido, y a esto se opone la *impenitencia*, que encierra el propósito de no arrepentirse. Otra es la pequeñez y brevedad del bien que se encuentra en el pecado, como dice el Apóstol: *¿Qué fruto tuvisteis entonces en aquellas cosas de que ahora os avergonzáis?* (Rom 6, 21). La consideración de esto suele inducir al hombre a que su voluntad no se afirme en el pecado, lo cual se destruye por la obstinación, cuando el hombre se aferra en su propósito de permanecer en pecado.

(2ª 2ªe, q. XIV, a. 2)

### *Jueves después de la Santísima Trinidad*

## **EL SANTÍSIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO**

*El pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo* (Jn 6, 52).

El efecto de este sacramento debe ser considerado:

1º) Por lo que en el sacramento se contiene, que es Cristo, quien, viniendo visiblemente al mundo le confirió la vida de la gracia, del mismo modo que viniendo al hombre sacramentalmente, obra la vida de la gracia, como dice el Evangelista: *El que me come, él mismo vivirá por mí* (Jn 6, 58). Por eso comenta San Cirilo: "El Verbo vivificante de Dios, uniéndose a su propia carne, la hizo vivificante. Pues convenía que se uniese de algún modo a nuestros cuerpos por su carne sagrada y su sangre preciosa, que recibimos

en el pan y en el vino como bendición vivificante."

2º) Por lo que en él se representa, esto es, la Pasión de Cristo, y en consecuencia, este sacramento obra en el hombre el mismo efecto que la Pasión de Cristo obró en el mundo. De ahí que, comentando las palabras: *Salió luego sangre y agua* (Jn 19, 34), diga San Crisóstomo: "Puesto que de aquí tienen su origen los sagrados misterios, cuando te acercares al tremendo cáliz, acércate como si hubieras de beber del mismo costado de Cristo"<sup>45</sup>. Por eso dice el mismo Cristo: *Ésta es mi sangre del nuevo Testamento que será derramada por muchos para remisión de pecados* (Mt 26, 28).

3º) Se considera el efecto de este sacramento por el modo con que es dado: como comida y bebida. Y por esto, todo el efecto que produce la comida y la bebida materiales en la vida corporal, es decir, que sustentan, acrecientan, reparan y deleitan, todo esto lo produce este sacramento en cuanto a la vida espiritual. Por esta razón dice San Ambrosio: "Este pan es el de la vida eterna, que sostiene la substancia de nuestra alma"<sup>46</sup>. San Juan Crisóstomo agrega: "Se nos da a los que lo deseamos para ser palpado, comido y abrazado"<sup>47</sup>.

Y son palabras del mismo Jesucristo: *Mi carne verdaderamente es comida; y mi sangre verdaderamente es bebida* (Jn 6, 56).

4º) Se considera el efecto de este sacramento por las especies en que se da. A este respecto dice San Agustín: "Nuestro Señor ha puesto su cuerpo y sangre en estas cosas que, de múltiples que ellas son, se reducen a una sola: porque la una, es decir, el pan, resulta como síntesis de muchos granos; la otra, es decir, el vino, se produce de muchas uvas, que forman un solo licor"<sup>48</sup>. Por lo cual exclama: "¡Oh sacramento de piedad, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad!"<sup>49</sup>. Y puesto que Cristo y su Pasión son causa de la gracia y refección espiritual, y la caridad no puede existir sin la gracia, se deduce de todo lo dicho que este sacramento confiere la gracia.

(3ª, q. LXXIX, a. 1)

---

<sup>45</sup> *Hom. 84 in Joan.*

<sup>46</sup> *De Sacramentis*, lib. IV, cap. 4.

<sup>47</sup> *Super Joan.*, hom. XLV.

<sup>48</sup> *Tract. 26 in Joan.*

<sup>49</sup> Lugar citado.

## QUÉ GRACIA CONFIERE LA EUCARISTÍA

1º) El sacramento de la Eucaristía tiene por sí mismo la virtud de conferir la gracia, y nadie tiene la gracia antes de recibirlo, a no ser por algún deseo, ya expresado por sí mismo, como los adultos, ya por la Iglesia, como los niños<sup>50</sup>. Por lo cual, debido a la eficacia de la virtud del mismo, resulta que también por el deseo de este sacramento alguno consigue la gracia que lo vivifica espiritualmente. Sucede, además, que cuando se recibe realmente este sacramento se aumenta la gracia y se perfecciona la vida espiritual, pero de modo distinto que con el sacramento de la Confirmación, en el que se aumenta y perfecciona la gracia para resistir a los ataques exteriores de los enemigos de Cristo, pues por la Eucaristía se aumenta la gracia y se perfecciona la vida espiritual, para que el hombre sea perfecto en sí mismo por su unión a Dios.

---

<sup>50</sup> Para aclarar este punto y evitar torcidas interpretaciones conviene hacer algunas advertencias. No hay duda de que la recepción *real* de este sacramento es necesaria para la salvación con necesidad de *precepto*, tanto divino como eclesiástico, ya en artículo de muerte, ya muchas veces en la vida. La existencia del precepto consta por el Evangelio de San Juan, cap. 6º, y por las leyes legítimas de la Iglesia que en esta materia obligan bajo grave en determinadas circunstancias. En cambio, no es necesaria dicha recepción real con necesidad de *medio*, ni tampoco *con voto propiamente dicho*. Pues sólo es necesario con necesidad de medio para la salvación, lo que se requiere como medio para la primera justificación, ya surja de la necesidad de la naturaleza de dicha cosa, ya de una positiva institución de Dios. Pero la Eucaristía no ha sido instituida regularmente para conferir la justificación primera, antes bien, la supone, pues es sacramento de vivos y no de muertos, y ¡ay de aquel que se acerque en pecado mortal a recibirlo! Luego no puede ser necesaria la recepción real del mismo con necesidad de medio para la salvación.

Pero si la recepción del *mismo sacramento* no es necesaria ni realmente ni en deseo, lo es en cambio *res sacramenti*, el efecto del sacramento de la Eucaristía para alcanzar la salvación. Porque el medio necesario para la salvación es la incorporación a Cristo que tiene lugar en la primera justificación, justificación que formalmente consiste en la primera gracia y en la caridad habitual, que es el mismo vínculo por el cual nos unimos *como miembros vivos* a Cristo y a su cuerpo místico. Es así que el efecto de este sacramento es precisamente la unidad perfecta del cuerpo místico, esto es, la unión perfecta del alma a Cristo y a sus miembros por la caridad. Luego el efecto de este sacramento (*res sacramenti*) es necesario con necesidad de medio, ya en realidad ya en deseo implícito o explícito. En este sentido hemos de entender las palabras de Santo Tomás que han motivado esta nota.

2º) Este sacramento confiere espiritualmente la gracia con la virtud de la caridad. Por eso San Juan Damasceno<sup>51</sup> compara este sacramento al carbón que vio Isaías (Is 6). Pues el carbón no es simple madera, sino leña, unida al fuego, y así también el pan de la comunión no es simple pan, sino que está unido a la Divinidad. Pero, como dice San Gregorio<sup>52</sup>, "el amor de Dios no es ocioso; porque obra grandes cosas cuando existe." Y por consiguiente, por este sacramento, según su propia virtud, no sólo se confiere el hábito de la gracia y de la virtud, sino también se excita a obrar, según aquello: *El amor de Cristo nos estrecha* (2 Cor 5, 14). De ahí que por la virtud de este sacramento se fortifique el alma espiritualmente, por cuanto se deleita espiritualmente, y se embriaga, en cierto modo, con la dulzura de la bondad divina, como dice el Cantar de los Cantares: *Comed, amigos, y bebed, embriagaos, los muy amados* (5, 1).

3º) Puesto que los sacramentos obran la salud que significan, se dice, por cierta analogía, que en este sacramento se ofrece el cuerpo por la salud del cuerpo, y la sangre por la salud del alma, aunque el uno y la otra obren por la salud de los dos, pues todo Cristo se contiene bajo ambos. Y aunque el cuerpo no sea el sujeto inmediato de la gracia, el efecto de ella redundando, sin embargo, del alma al cuerpo, al presente mientras exhibimos nuestros miembros como *instrumentos de la justicia de Dios*, y en el futuro cuando nuestro cuerpo alcance la incorrupción y la gloria del alma.

( 3ª, q. LXXIX, ad. 1.)

### *Sábado después del Corpus*

## **EFFECTO DE LA EUCARISTÍA ES LA CONSECUCIÓN DE LA GLORIA**

*Si alguno comiere de este pan, vivirá eternamente* (Jn 6, 52).

En este sacramento podemos considerar aquello que obra el efecto, o sea, el mismo Cristo en él contenido y su pasión en él representada, y aquello por lo cual tiene efecto, a saber, el uso del sacramento y sus especies. En cuanto a ambos extremos puede afirmarse que este sacramento causa la consecución de la vida eterna.

En efecto: el mismo Cristo por medio de su pasión nos abrió la entrada

---

<sup>51</sup> *Orth fid.*, lib. IV, cap. 14.

<sup>52</sup> *Hom. Pent. 30 in Evangelium.*

a la vida eterna, como se dice en la carta a los Hebreos, 9, 15: *Es mediador de un nuevo Testamento para que, interviniendo la muerte, reciban la promesa de la herencia eterna los que han sido llamados.*

Del mismo modo, la refección del manjar espiritual y la unidad significada por las especies del pan y del vino tienen lugar, ciertamente, en la vida presente, pero de manera imperfecta; perfectamente se dan en el estado glorioso. De donde dice San Agustín: "Los hombres cuando comen y cuando beben lo que buscan es no tener hambre ni sed; pero esto, en realidad, solamente lo proporciona esta comida y esta bebida que hace inmortales e incorruptibles a los que la toman, en la compañía de los santos, donde tendrá lugar la paz y la unidad plena y perfecta."

Y aunque este sacramento corresponda a los viadores, incapaces aún de la gloria, no se sigue que el efecto del mismo no sea la consecución de la gloria.

Se dice en Juan 6, 52: *El que come de este pan vivirá eternamente.* Pero la vida eterna es la vida de la gloria. Luego el efecto de este sacramento es la consecución de la gloria.

En este sacramento se puede considerar: aquello de donde procede el efecto, y que es el mismo Cristo contenido y su pasión representada; y aquello por lo que viene el efecto, o sea, el uso del sacramento y las especies sacramentales. Pues bien, bajo los dos aspectos es propio de este sacramento causar la consecución de la vida eterna. Porque fue el mismo Cristo quien nos abrió por su propia pasión las puertas de la vida eterna, según aquellas palabras de la carta a los Hebreos 6, 15: *Es el mediador de la nueva alianza, para que, por su muerte, reciban los llamados la promesa de la herencia eterna.* Por lo que en la forma de este sacramento se lee: *Este es el cáliz de mi sangre, de la nueva y eterna alianza.*

Y, de la misma manera, el sustento de la comida espiritual y la unidad significada por las especies del pan y del vino, ya se obtienen en la vida presente, aunque de modo imperfecto. Pero se obtendrán de modo perfecto en la gloria. Por lo que San Agustín, comentando las palabras de Juan 6, 26: *Mi carne es verdadera comida,* dice: Los hombres desean la comida y la bebida para no tener hambre y para no tener sed. Pero esta hartura, en realidad, no la otorgan más que esta comida y esta bebida, que convierten a sus consumidores en inmortales e incorruptibles en la sociedad de los santos, donde habrá paz y unidad plena y perfecta.

(3<sup>a</sup>, q. LXXIX, a. 2, c)

## *Domingo después del Corpus*

### **LOS PECADOS VENIALES NO IMPIDEN EL EFECTO DE ESTE SACRAMENTO**

I. San Agustín, comentando las palabras de Juan 5, 50-52: *Si uno come de este pan*, etc., dice: Comed espiritualmente el pan celeste, aportad inocencia al altar, que vuestros pecados, aunque sean cotidianos, no sean mortíferos. De donde se deduce que los pecados cotidianos, que se llaman pecados veniales, no impiden el alimento espiritual. Pero los que se alimentan espiritualmente reciben el efecto de este sacramento. Luego los pecados veniales no impiden el efecto de este sacramento.

II. Este sacramento no posee menos virtud que el bautismo. Pero el efecto del bautismo solamente es impedido por la ficción, en cuya categoría no están los pecados veniales, porque, como se dice en Sabiduría 1, 5: *El Espíritu Santo, que nos educa, huye de la doblez*, el cual, sin embargo, no huye con los pecados veniales. Luego tampoco los pecados veniales impiden el efecto de este sacramento.

III. Lo que queda eliminado por la acción de una causa, no puede impedir el efecto de esa causa. Pero los pecados veniales quedan eliminados por la acción de este sacramento. Luego no impiden su efecto.

Los pecados veniales pueden ser considerados de dos maneras: una, como pasados; otra, como actualmente cometidos. Bajo el primer punto de vista, los pecados veniales no impiden de ningún modo el efecto de este sacramento. Puede suceder, en efecto, que uno, después de cometer muchos pecados veniales, se acerque devotamente a este sacramento, y consiga el efecto de este sacramento plenamente.

Bajo el segundo punto de vista, los pecados veniales no impiden totalmente el efecto de este sacramento, sino sólo en parte. Ya se dijo, en efecto, que el efecto de este sacramento no es solamente la consecución habitual de la gracia y de la caridad, sino también un cierto sustento actual de dulzura espiritual. Un sustento que queda impedido cuando alguien se acerca a este sacramento con la mente entretenida en pecados veniales. Pero no impide el aumento de la gracia habitual o de la caridad.

Aquél que se acerca a este sacramento con el acto de pecado venial, come espiritualmente de una manera habitual (el pan celestial), mas no de un modo actual, y por tanto, percibe el efecto habitual de este sacramento, pero

no el actual.

Es cierto que los pecados veniales no impiden el efecto del Bautismo, pero no debe hablarse idénticamente de la Eucaristía y del Bautismo. Pues el Bautismo no se ordena del mismo modo al efecto actual, esto es, al fervor de la caridad, como este sacramento; porque el Bautismo es la regeneración espiritual por la que se adquiere la primera perfección, que es el hábito o la forma; mas este sacramento es la manducación espiritual que tiene delectación actual.

(3<sup>a</sup>, q. LXXIX, a. 8.)

### *Lunes después del Corpus*

## **LA EUCARISTÍA PRESERVA AL HOMBRE DE LOS PECADOS FUTUROS**

*Éste es el pan que descende del cielo; para que el que comiere de él no muera (Jn 6, 50.)*

El pecado es cierta muerte espiritual del alma. Por lo tanto, alguno es preservado del pecado futuro como lo es el cuerpo de la muerte futura; lo cual se verifica de dos modos: 1º, en cuanto la naturaleza del hombre se robustece interiormente contra los factores internos de corrupción, y de este modo es preservado de la muerte por la comida y por la medicina; 2º, porque se defiende de los ataques exteriores, y así es preservado por las armas de que está provisto su cuerpo.

De uno y otro modo preserva del pecado este sacramento:

1º) Por el mismo hecho de que una a Cristo por la gracia, y ésta robustezca la vida espiritual del hombre, como un manjar y medicina espiritual, según aquello: *El pan corrobore su corazón* (Sal 103, 15). Y San Agustín, dice: "Acércate con confianza, es pan, no veneno"<sup>53</sup>,

2º) En cuanto es una señal de la Pasión de Cristo, por la cual han sido vencidos los demonios, rechaza todo ataque de los demonios. Por lo cual dice San Juan Crisóstomo: "Como los leones que exhalan llamas, así nos retirarnos de aquella mesa, hechos terribles para el diablo"<sup>54</sup>.

Es cierto que muchos que se acercan dignamente a este sacramento,

---

<sup>53</sup> *Super Joan., tract. 26.*

<sup>54</sup> *Super Joan., hom. 45.*

caen después en el pecado, y la razón es que el hombre en estado de viador se halla en una condición tal, que, por su libre albedrío puede doblegarse al bien o al mal. Por lo cual, aunque este sacramento en sí mismo tenga una virtud preservativa del pecado, no quita, sin embargo, al hombre la posibilidad de pecar.

Y lo mismo hay que decir de la caridad. Pues la caridad en sí misma preserva al hombre del pecado; pero por la mutabilidad del libre albedrío ocurre que alguno, después de poseída la caridad, peca como después de haber recibido este sacramento.

Aunque este sacramento no se ordene directamente a disminuir el fomes de la concupiscencia, sin embargo lo disminuye por cierta consecuencia, en cuanto acrecienta la caridad, pues, como dice San Agustín, "el aumento de la caridad es la disminución de la concupiscencia". Afirma directamente el corazón del hombre en el bien, por lo que también es preservado del pecado.

(3<sup>a</sup>, q. LXXIX, a. 6)

### *Martes después del Corpus*

## **POR LA EUCARISTÍA SE PERDONA LA PENA DEL PECADO**

El sacramento de la Eucaristía es a la vez sacrificio y sacramento; es sacrificio en cuanto es ofrecido, y sacramento en cuanto se recibe. Y por esto el efecto como sacramento se produce en el que lo consume, y como sacrificio en el que lo ofrece o en aquéllos por quienes se ofrece.

Si, pues, se considera como sacramento, tiene dos clases de efectos: 1º, directamente por virtud del sacramento; 2º, como por cierta concomitancia. Por virtud del sacramento tiene directamente aquel efecto para el que ha sido instituido; y no lo ha sido para satisfacer, sino para alimentar espiritualmente por la unión a Cristo y a sus miembros, como también el nutrimento se une al que se nutre. Pero como esta unión se verifica por la caridad, por cuyo fervor uno consigue el perdón, no sólo de la culpa, sino también de la pena, de ahí resulta que, por cierta concomitancia con su efecto principal, el hombre consigue la remisión de la pena, no de toda ella, sino según el modo de su devoción y fervor.

En cuanto es sacrificio, tiene una virtud satisfactoria; pero en la

satisfacción se atiende más al afecto del oferente que a la cantidad de la oblación. Por eso el Señor dice acerca de la viuda que ofreció dos ases, que *echó más que todos los otros* (Mc 12, 43); así, aunque esta oblación baste por su cantidad para satisfacer por toda pena, sin embargo se hace satisfactoria para aquéllos por quienes se ofrece o también para los que la ofrecen, según la cantidad de su devoción y no por toda pena.

La virtud de Cristo, que se contiene en este sacramento, es infinita. Por consiguiente, el que sólo se quite por este sacramento parte de la pena, y no toda, no proviene del defecto de la virtud de Cristo, sino del defecto de la devoción del hombre.

(3ª q. LXXIX, a. 5)

### *Miércoles después del Corpus*

## **LA EUCARISTÍA PERDONA LOS PECADOS VENIALES**

En este sacramento pueden considerarse dos cosas: el sacramento mismo y la cosa del sacramento. Y de una y otra resulta que este sacramento tiene virtud para perdonar los pecados veniales.

Porque este sacramento se torna bajo la especie de manjar nutritivo; y la nutrición del manjar es necesaria al cuerpo para reparar lo que diariamente pierde por la acción del calor natural. Bajo el concepto espiritual hay en nosotros una pérdida diaria, que resulta del calor de la concupiscencia por medio de los pecados veniales, que disminuyen el fervor de la caridad. Y así, compete a este sacramento perdonar los pecados veniales; por lo cual dice San Ambrosio que "este pan cotidiano se torna para remedio de la debilidad cotidiana"<sup>55</sup>.

La cosa, sin embargo, de este sacramento es la caridad (no sólo en cuanto al hábito, sino también en cuanto al acto), que es excitada en este sacramento, por el cual son borrados los pecados veniales. Luego es evidente que por virtud de este sacramento se perdonan los pecados veniales.

Aun cuando los pecados veniales no sean contrarios a la caridad, considerada en cuanto al hábito, la contrarían, sin embargo, en cuanto al fervor del acto, que es excitado por este sacramento, en razón del cual son borrados los pecados veniales.

(3ª, q. LXXIX, a. 4)

---

<sup>55</sup> *De Sacramentis*, lib. V, cap. 4.

En virtud de este sacramento se verifica cierta transformación del hombre en Cristo, por el amor; y ésta es el efecto propio de este sacramento. Y como por el fervor de la caridad se perdonan los pecados veniales, porque le son contrarios; síguese que por la virtud de este sacramento son destruidos los pecados veniales.

Además, el fervor de la devoción puede ser tan grande que destruya todos los pecados veniales. Pues no hay inconveniente en que en un momento esté el hombre libre de todo pecado venial; aunque esto no puede durar mucho tiempo a causa de la dificultad de evitar los pecados veniales. Ni tampoco es necesario que siempre destruya todos los pecados veniales, sino que lo hace según la medida de la devoción; porque no es su efecto inmediato la destrucción de los veniales, sino una consecuencia.

(4, *Dist.* 12, *q.* II)

### *Jueves después del Corpus*

## **USO DE LA EUCARISTÍA**

### I. La Eucaristía debe recibirse frecuentemente.

Los efectos de este sacramento son análogos a los de la nutrición corporal. De continuo se verifica un desperdicio del humor natural por la acción del calor y el trabajo; y es necesario tomar frecuentemente alimento corporal para reparar lo perdido, de modo que el desgaste continuo no produzca la muerte.

Así, por la concupiscencia original y la ocupación en cosas exteriores, se verifica un desgaste de devoción y de fervor, con los que el hombre se recoge en Dios. Por consiguiente, es necesario reponer muchas veces lo perdido, para que el hombre no se aleje totalmente de Dios.

### II. ¿Es necesario comulgar diariamente?

En este sacramento dos cosas se requieren por parte del que le recibe; el deseo de unirse a Cristo, lo cual realiza el amor, y la reverencia al sacramento, que proviene del don del temor. Lo primero invita a la frecuencia cotidiana de este sacramento, pero lo segundo retrae.

Por lo cual si alguno sabe, por experiencia, que con la comunión diaria se acrecienta en él el fervor del amor, y que no se disminuye su reverencia, ese tal debe comulgar diariamente. Pero si la comunión diaria disminuye en

él la reverencia y no se acrecienta mucho el fervor, debe abstenerse algunas veces, para acercarse después con mayor reverencia y devoción.

Por consiguiente, cada cual debe, en esto, ser dejado a su criterio. Y esto es lo que dice San Agustín: "Si dijera a alguno que no debe recibirse diariamente la Eucaristía, y otro afirmara que debe tomarse todos los días, haga cada cual lo que piadosamente cree deba hacerse según su fe." Y lo prueba con los ejemplos de Zaqueo y del Centurión, uno de los cuales recibe gozoso al Señor, mientras el otro dice: *No soy digno de que entres en mi casa* (Mt 8, 8), y los dos alcanzaron misericordia, honrando ambos al Señor, aunque de manera distinta.

Sin embargo, el amor y la esperanza, a los cuales nos induce siempre la Escritura, son preferidos al temor: Por lo que habiendo dicho Pedro: *Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador* (Lc 5, 8), respondió Jesús: *No temas*. (Ibíd. 10).

A él nos acercamos ciertamente muchísimo por la humildad; pero no se sigue que sea más laudable abstenerse de este sacramento, como más meritorio; porque la caridad es la que nos une directamente a Dios, mientras que la humildad dispone a esta unión, ya que somete el hombre a Dios. Por lo que el mérito consiste más en la caridad que en la humildad.

(4, *Dist.*, 12, q. III, a. 2)

## *Viernes después del Corpus*

### **EL AMOR DE CRISTO**

*Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin* (Jn 13, 1).

Por estas palabras se recomienda el profundo amor de Cristo, y esto por cuatro cosas.

I. Fue preveniente, según aquello de San Juan: *No que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó primero a nosotros* (1 Jn 4, 10.) Y explicando esto, dice: *Habiendo amado a los suyos*, como indicando que los amó antes. Nos amó, es decir, antes de crearnos, pues, como dice la Sabiduría: *Amas todas las cosas que son* (Sab 11, 25). Nos amó antes de llamarnos. *Con amor perpetuo te amé; por eso te atraje, teniendo misericordia* (Jer 31, 3). Nos amó antes de redimirnos.

II. Fue su amor adecuado, porque amó a los *suyos*:

Se es suyo de diversas maneras; según esto son amados por Dios de diferentes modos. Se es suyo de tres maneras: Por creación, y a éstos los ama conservándoles los bienes de naturaleza: *A lo suyo vino, y los suyos*, por creación, *no le recibieron* (Jn 1, 2) Otros son suyos por consagración, como los que han nacido de Dios Padre por la fe, como dice el Evangelista: *Tuyos eran y me los diste a mí* (Jn 17, 6.) A éstos los ama conservándolos en los bienes de gracia. Otros son suyos por una especial devoción, como se lee en el Antiguo Testamento: *Hueso tuyo somos, oh David, y carne tuya* (1 Paral 11, 1.) A éstos los ama consolándolos especialmente.

III. El amor de Cristo fue necesario, porque *amó a los suyos, que estaban en el mundo*. Pues son suyos algunos que ya estaban en la gloria del Padre, porque también eran suyos los Padres antiguos, por la esperanza de ser librados por él. Pero éstos no necesitan tanto de su amor como los que estaban en el mundo. Y por eso dice: *que estaban en el mundo*, es decir, con el cuerpo, pero no con el corazón.

IV. Se recomienda el amor de Cristo como perfecto. De ahí estas palabras: *los amó hasta el fin*. El fin de la intención, al cual debe ordenarse la nuestra, es la vida eterna. Y éste debe ser también el fin de Cristo. Estos dos fines no son más que uno, porque la vida eterna no es otra cosa que el goce de Cristo en su divinidad, como dice el Evangelio: *Ésta es la vida eterna: Que te conozcan a ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste* (Jn 17, 3.) Según esto dice, pues: *los amó hasta el fin*, para conducirlos a sí mismo como fin, o a la vida eterna que es la misma cosa.

El fin de ejecución es aquello que es término de una cosa, y de este modo la muerte puede llamarse fin. Por eso se dijo: *los amó hasta el fin*, esto es, hasta la muerte. No en el sentido de que: los amó sólo hasta la muerte y no más allá; pues, esto sería falso. Lejos de nosotros el pensar que con la muerte dejó de amar el que no tuvo fin en la muerte. Otro significado de *los amó hasta el fin* es que el amor hacia ellos les llevó hasta la muerte.

Otra interpretación de *hasta el fin* es: que habiéndoles dado anteriormente muchas pruebas de amor, *al fin*, es decir, muy cerca de la muerte, les dio señales de mayor amor. *No os dije estas cosas al principio, porque estaba con vosotros* (Jn 16, 5), como diciendo: No fue entonces necesario a vosotros que yo os demostrase cuánto os amaba, sino al dejaros, para que de ese modo se imprimiesen más profundamente en vuestros corazones el amor a mí y el recuerdo de mí.

(In Joan., XIII.)

## *Sábado después del Corpus*

### **APARICIÓN DEL ESPÍRITU SANTO EN FIGURA DE PALOMA**

*Vi el Espíritu que descendía del cielo como paloma* (Jn 1, 32).

¿Por qué el Espíritu Santo apareció en figura de paloma más bien que en la de otra especie? Para simbolizar las cualidades de los bautizados:

1º) Por la sencillez de la paloma; porque la paloma es sencilla. *Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas* (Mt 10, 16). Mas porque el Espíritu Santo nos hace contemplar al que es uno, es decir, a Dios, nos hace sencillos; por esto aparece en figura de paloma. A la verdad, dice San Agustín, apareció también en figura de fuego sobre los apóstoles reunidos, porque hay algunos que son sencillos, pero tibios; otros son fervorosos, pero maliciosos. Para que los bautizados por el Espíritu Santo abandonen todo dolo, el Espíritu Santo aparece en figura de paloma; y para que su sencillez no se entibie con la frialdad, aparece en forma de fuego.

2º) Por la unidad de la caridad; pues la paloma tiene el amor ardiente. *Una sola es mi paloma* (Cant 6, 8). Para mostrar, pues, la unidad de la Iglesia, aparece el Espíritu Santo en figura de paloma.

3º) A causa de su gemido, pues el canto de la paloma es un gemido. Así dice San Pablo: *El Espíritu pide por nosotros con gemidos inexplicables* (Rom 8, 26).

4º) Por la fecundidad, porque la paloma es un animal fecundísimo; y para significar la fecundidad de la gracia espiritual en la Iglesia, el Espíritu Santo aparece en figura de paloma.

5º) Por la cautela de la paloma. Pues la paloma se posa sobre las riberas de los ríos, y cuando en ellas divisa al halcón que vuela, se guarda de él. *Sus ojos como palomas* (Cant 5, 12). Y como en el bautismo el Espíritu Santo es nuestra tutela y defensa, convenientemente aparece el Espíritu Santo en figura de paloma.

Corresponde a la figura del antiguo testamento. Así como la paloma, llevando una rama de olivo verde, mostró una señal de la clemencia de Dios a los que habían sobrevivido de las aguas del diluvio, así también en el bautismo, viniendo el Espíritu Santo en figura de Paloma, mostró la señal de la clemencia divina, que perdona los pecados a los bautizados y les confiere la gracia.

(In Joan., I).

## *Viernes posterior al II domingo después de Pentecostés*

### **EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS**

*Mi corazón se ha hecho como cera que se derrite en medio de mi vientre (Sal 21, 15.)*

El derretimiento pertenece al amor. *Mi alma se derritió* (Cant 5, 6). Antes que un cuerpo se derrita, es duro y compacto en sí mismo; al derretirse, se esparce y de sí tiende a otra cosa. También a veces se endurece el temor, cuando no es grande, y así ocurre con el amor; pues cuando sobreviene el amor el hombre tiende a otra cosa que antes estaba en él. Este derretimiento puede entenderse de Cristo en cuanto es cabeza de la Iglesia; porque este derretirse procede del Espíritu Santo, y está en el fondo de las entrañas, es decir, del corazón.

Por el corazón de Cristo puede entenderse también la sagrada Escritura, la cual nos revela el Corazón de Cristo.

Todo esto estaba cerrado antes de la Pasión, porque era obscuro, pero llegó a ser claro por la Pasión, porque los que comprenden, lo estudian, y discernen cómo deben ser expuestas las profecías.

(In Psal., XXXI)

II. *¿Qué cosa es el hombre para que lo engrandezcas o por qué pones sobre él tu corazón?* (Job 7, 17).

*¿Qué es el hombre?* Esto es: ¡qué pequeño y débil de cuerpo! *Lo engrandezcas* con gran honor entre las demás criaturas. *Pones sobre él tu corazón*, es decir, guardándolo y protegiéndolo con especial cuidado.

Aunque todas las cosas están sometidas a la divina Providencia, sin embargo, de distinta manera están dispuestas por Dios en relación con los demás seres del universo. Los seres que tienen cierta perpetuidad, concurren especialmente a la perfección del universo y son administrados por sí mismos por Dios; los que carecen de perpetuidad, pertenecen accidentalmente a la perfección del universo, y no son gobernados por sí mismos, sino por la conservación de la especie. Pero el hombre es perpetuo como especie y como individuo, y por eso Dios pone sobre él su corazón y provee a su bien.

¿Cómo pone Dios sobre él su corazón? Muéstralo cuando añade: *Le visitas de madrugada* (Job 7, 18), esto desde su nacimiento, procurándole con su Providencia las cosas necesarias a la vida y a su engrandecimiento tanto corporal como espiritual; *y de repente le pruebas*, es decir, por las adversidades, en las cuales aparece cómo hace pruebas de su virtud. El horno prueba las vasijas de barro; y la tentación de la tribulación, a los hombres justos. Se dice que Dios prueba al hombre, no para saber lo que es el hombre, sino para darlo a conocer a los otros, y para que él se conozca a sí mismo.

(*In Job.*, VIII)

### *Sábado posterior al II domingo después de Pentecostés*

## **EL INMACULADO CORAZÓN DE LA VIRGEN MARÍA**

I. La Bienaventurada Virgen María fue purísima. Pues era necesario que la Madre de Dios brillase por una máxima pureza. Ninguna cosa es receptáculo de Dios, si no está limpia, según aquello de David: *A tu casa conviene santidad, Señor* (Psal., XCII, 5.)

(1<sup>a</sup> 2<sup>ae</sup>, q. LXXXI, a. 5, ad 3<sup>eum</sup>)

La Bienaventurada Virgen no mereció la encarnación sino suponiendo que ella debía realizarse. Y así mereció que se verificase por ella, no ciertamente de condigno, sino por conveniencia; en cuanto que era conveniente que la Madre de Dios resplandeciese con tal pureza que no pudiera concebirse ninguna más grande después de la pureza divina, como dice San Anselmo.

(3. *Dist.*, 4, a. 4)

II. La Bienaventurada Virgen hizo voto de virginidad.

Ciertamente, las obras de perfección son más loables cuando se hacen por voto. La virginidad debió brillar principalmente en la Madre de Dios. Por lo tanto fue muy conveniente que su virginidad fuese consagrada por voto.

Refiriéndose a ello dice San Agustín: "María contestó al Ángel de la Anunciación: *¿Cómo será esto, porque no conozco varón?* (Lc 1, 34). Lo que no hubiera dicho si antes ella no hubiese ofrecido a Dios los votos de su virginidad."

Como la plenitud de la gracia existió perfectamente en Cristo, y, no obstante, algún principio de ella existió anteriormente en su Madre, así también la observancia de los consejos, que es efecto de la gracia de Dios, comenzó perfectamente en Cristo pero de algún modo fue incoada en la Virgen, su Madre.

(3<sup>a</sup>, q. XXVIII, a. 4)

## II. La Bienaventurada Virgen obtuvo la aureola de la virginidad.

La aureola es una recompensa privilegiada que corresponde a una victoria privilegiada. Por eso hay tres aureolas según las victorias privilegiadas en tres luchas, propuestas a todo hombre. En la lucha contra la carne, el que obtiene la victoria más preciosa es aquel que se abstiene de los deleites carnales, como la Virgen. En la lucha contra el mundo, la victoria principal es la del que soporta la persecución del mundo hasta la muerte. En la lucha contra el diablo, la victoria principal es la que se obtiene cuando uno arroja al enemigo no sólo de sí mismo, sino también de los corazones de los demás, lo cual se lleva a cabo por la doctrina de la predicación. Por consiguiente, la aureola se debe a los vírgenes, a los mártires y a los predicadores o doctores.

Luego la aureola es debida a la Bienaventurada Virgen, en la cual se da la virginidad perfectísima, que le ha valido el título de Virgen de las Vírgenes.

Algunos objetan que no se le debe aureola, porque no soportó ninguna lucha con respecto a la continencia. Además, dicen otros que la Bienaventurada Virgen no tiene aureola por premio de la virginidad, si la aureola se toma propiamente en su relación con la lucha, pero que posee una cosa mayor que la aureola, por el propósito perfectísimo de guardar virginidad. Pero otros dicen que posee aureola excelentísima; pues aunque no sintió lucha, conoció, sin embargo, alguna lucha de la carne, mas a causa de la vehemencia de su virtud le estuvo de tal modo sujeta la carne que esa lucha le fue insensible.

Esto no parece conveniente, pues la fe enseña que la Bienaventurada Virgen fue totalmente inmune del fomes del pecado y sus inclinaciones a causa de su perfecta santificación; y no es piadoso suponer que hubo en ella alguna lucha. Por lo cual debe decirse que posee propiamente aureola, para conformarse en esto con los demás miembros de la Iglesia, que son vírgenes; y si ella no tuvo que luchar contra las tentaciones de la carne, tuvo, sin embargo, que luchar contra la tentación del enemigo, que no respetó siquiera al mismo Cristo.

(4, *Dist.*, 49, q. V, a. 3, ad 2<sup>um</sup>)